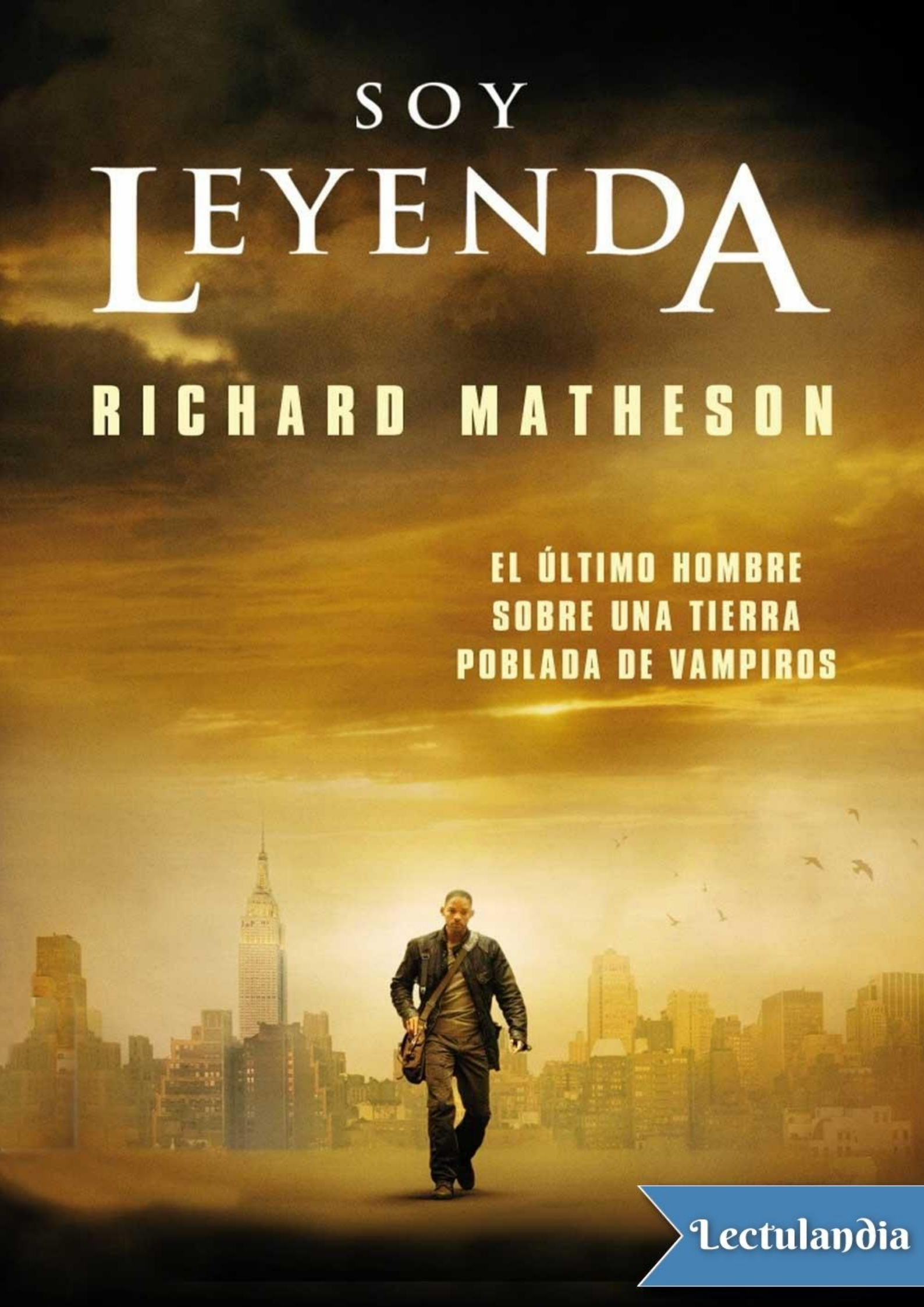
SOY LEYENDA

RICHARD MATHESON

EL ÚLTIMO HOMBRE
SOBRE UNA TIERRA
POBLADA DE VAMPIROS



Lectulandia

Robert Neville es el único superviviente de una guerra bacteriológica que ha asolado el planeta y convertido al resto de la humanidad en vampiros. Su vida se ha reducido a asesinar el máximo número posible de estos seres sanguinarios durante el día, y a soportar su asedio cada noche. Para ellos, el auténtico monstruo es este hombre que lucha por subsistir en un nuevo orden establecido. Todo un clásico en su género, éste es un perturbador relato sobre la soledad y el aislamiento y una reflexión sobre los binomios como normalidad y anormalidad, bien y mal, que se evidencian como una mera convención derivada del temor y el desconcierto ante lo diferente.

Lectulandia

Richard Matheson

Soy Leyenda

ePUB v3.1
ikero 04.07.12

más libros en lectulandia.com

I - Enero de 1976

1

En aquellos días nublados, Robert Neville no sabía con certeza cuándo se pondría el sol, y a veces ellos ya ocupaban las calles antes de que él regresara. Durante toda su vida, la hora del crepúsculo estaba relacionada con el aspecto del cielo, y por lo general, prefería no alejarse demasiado.

Paseaba alrededor de la casa, bajo una luz grisácea y débil, con un cigarrillo en la boca y un hilo de humo por encima del hombro. Comprobó que las ventanas no tuvieran alguna madera suelta. Los ataques más violentos dejaban tablones rotos o medio arrancados, y debía remendarlos. Odiaba esta tarea. Hoy afortunadamente, sólo faltaba un tablón.

Cuando estuvo en el patio revisó el invernadero y el depósito de agua. A veces los hierros que cubrían el depósito se aflojaban y las cañerías estaban retorcidas o rotas. A veces, en el invernadero, las piedras que arrojaban por encima del muro agujereaban los cristales y había que cambiarlos.

Pero el depósito y el invernadero estaban intactos en esta ocasión.

Regresó a la casa. Cuando abrió la puerta de calle apareció en el espejo una imagen de sí mismo absolutamente distorsionada. Hacía un mes que había colgado allí aquel espejo agrietado. Al cabo de pocos días, algunos trozos caían en el porche. Puede caer entero, pensó. No tenía idea de colgar allí otro maldito espejo; no valía la pena. En cambio, había puesto algunas cabezas de ajo. Darían mejor resultado.

Cruzó lentamente la sala, sumida en el más absoluto silencio, dobló por el oscuro pasillo de la izquierda, y entró en el dormitorio.

En otro tiempo, la habitación había estado abarrotada de adornos, pero ahora todo era completamente funcional. Como la cama y el escritorio ocupaban muy poco espacio, había convertido una pared en almacén.

En el estante se podía encontrar un serrucho, un torno y una piedra de esmeril. Y en la pared, un muestrario completo de herramientas.

Neville cogió el martillo y encontró, en medio del desorden de una caja, unos cuantos clavos. Volvió a salir, y clavó rápidamente el tablón que se había estropeado, arrojando los clavos restantes en la derrumbada puerta próxima.

Permaneció allí durante un rato, de pie en el jardín, contemplando la calle larga y silenciosa. Era un hombre alto, tenía treinta y seis años y su ascendencia era inglesa y alemana. En su rostro, nada llamaba especialmente la atención, excepto la boca, ancha y firme, y los brillantes ojos azules, que observaban ahora las ruinas de las casas vecinas. Las había quemado para evitar que se acercaran por los tejados.

Pasados algunos minutos, respiró hondo y volvió a entrar. Arrojó el martillo sobre el sofá de la entrada, encendió otro cigarrillo y tomó la copa de la media mañana.

Poco después entró en la cocina de mala gana. Debía deshacerse de la basura

acumulada en el vertedero. Debía también quemar los platos y vasos de papel, y quitar el polvo a los muebles, y lavar el fregadero y la bañera, y cambiar las sábanas y la funda de la almohada. Pero vivía solo, y esas cosas podían esperar.

A mediodía, Neville estaba en el invernadero recogiendo cabezas de ajo.

Al principio su estómago no podía soportar el olor de ajo. Ahora lo tenía impregnado en las ropas, y a veces pensaba que hasta en la piel, y casi no lo notaba.

Cuando le pareció que tenía suficientes volvió a casa y los colocó en el vertedero. Accionó el interruptor de la pared. La luz vaciló unos instantes antes de brillar normalmente. Neville dejó escapar un chasquido de disgusto entre las mandíbulas apretadas. Otra vez el generador. Tendría que repasar el maldito manual y comprobar los cables. Y si la reparación era demasiado complicada, debería comprar un nuevo generador.

Se sentó, malhumorado, en un taburete junto al vertedero y sacó un cuchillo. Primero, fue separando los pequeños dientes rosados entre sí, luego los cortó por la mitad. El acre y penetrante olor inundó la cocina. Puso en funcionamiento el acondicionador de aire y la atmósfera quedó bastante limpia.

Luego, con un punzón, practicó un agujero en cada mitad de diente y las atravesó con un alambre hasta formar unos veinticinco collares.

En un principio colgaba estos collares en los cristales, pero la pedrea le había obligado a tapar todos los cristales con madera terciada. Finalmente había sustituido estas maderas por tablones, con lo que la casa se había convertido en un lúgubre sepulcro; pero había puesto fin a aquella lluvia de piedras y vidrios rotos que entraba todas las noches en las habitaciones. Y una vez instalados los tres acondicionadores de aire, se pudo respirar mejor. Un hombre puede acostumbrarse a todo.

Cuando tuvo terminados los collares, salió y los clavó en los tablones de las ventanas, y retiró luego los viejos porque ya habían perdido casi todo el olor.

Realizaba este trabajo dos veces por semana. No había otra forma de defenderse mejor que ésta, por el momento.

¿Defenderse?, pensaba a menudo. ¿Para qué? Durante la tarde pasó el rato haciendo estacas.

Con la ayuda del torno reducía los tarugos de madera a estacas de veinte centímetros. Luego les afilaba la punta en la piedra de esmeril.

Era un trabajo agobiante y monótono, y el aserrín flotaba en el aire con su tibio olor y le penetraba los poros y los pulmones, y le provocaba la tos.

Pero las estacas nunca alcanzaban, independientemente de las que hiciese. Y los tarugos escaseaban cada vez más. Pronto tendría que usar tablas. Pensó, irritado, que eso sería el colmo.

Todo era demasiado deprimente y debía pensar en cambiarlo. ¿Pero cómo, si no podía dedicar ni un minuto a pensar?

Mientras torneaba, el altavoz del dormitorio dejaba llegar el sonido de la Tercera, la Séptima y la Novena de Beethoven. Con la música llenaba el terrible vacío del tiempo.

A partir de las cuatro de la tarde empezó a contemplar el reloj de pared. Trabajaba en silencio, con los labios apretando el cigarrillo, los ojos clavados en el taladro que mordía la madera sembrando el suelo de un polvo blanquecino.

Las cuatro y cuarto. Las cuatro y media. Las cinco menos cuarto.

Sólo faltaba una hora y los asquerosos bastardos rodearían la casa. Tan pronto como se pusiera el sol, aparecerían.

Se detuvo ante la enorme nevera para elegir su cena. Los ojos indecisos se pasearon por las carnes, los vegetales congelados, los panes y los pasteles, las frutas y cremas.

Sacó al fin dos costillas de cordero, unos guisantes y una botella de zumo de naranja. Luego, empujó la puerta con el codo para cerrarla y se acercó a las latas de conserva que se apilaban hasta el techo. Tomó una de jugo de tomate y salió de la habitación. En otro tiempo Kathy dormía allí. Ahora era el refugio de su estómago.

Cruzó la sala. El mural que tapizaba la pared del fondo mostraba un acantilado, con un hermoso océano verde y azul. Las olas se rompían contra unas rocas negras. Muy arriba, en el cielo azul, las gaviotas estaban suspendidas en el aire, y a la derecha un árbol torcido colgaba sobre el abismo y las ramas oscuras quedaban recortadas contra el cielo.

Neville entró en la cocina y dejó caer los alimentos sobre la mesa, con los ojos fijos en el reloj. Las seis menos veinte. Faltaba poco.

Puso un poco de agua en una olla y esperó a que hirviera. Luego quitó el hielo a la carne y la colocó en la parrilla. Cuando el agua estuvo a punto, metió los guisantes en la olla. El mal funcionamiento del generador, sin duda, era debido a la cocina eléctrica.

En la mesa cortó dos rebanadas de pan y se sirvió un vaso de jugo de tomate. Se quedó mirando el segundero que giraba lentamente en la esfera del reloj.

Después de beber el jugo de tomate fue hasta la puerta y salió al porche. Dio unos pasos más, atravesó el césped y llegó a la acera.

El cielo se estaba ennegreciendo y soplaba un frío viento. Miró a lo largo de la calle. Llegarían de un momento a otro.

Oh, en realidad, no eran peores que aquellas malditas tormentas de arena. Se encogió de hombros, atravesó el jardín y volvió a entrar en la casa. Cerró la puerta con llave y colocó la tranca en su lugar correspondiente. Regresó a la cocina, dio la vuelta a las costillas de cordero y apagó la placa en donde hervían los guisantes.

Estaba sirviéndose la cena cuando se detuvo para mirar el reloj. Hoy habían llegado a las seis y veinticinco. Ben Cortman gritaba:

–¡Sal, Neville!

Neville se sentó y empezó a comer, suspirando.

Después de cenar, en la sala, trató de leer. Se había preparado un whisky con soda y lo tenía en la mano mientras hojeaba un texto de fisiología. Del altavoz instalado en la puerta del vestíbulo le llegaba a gran volumen una obra de Shoenberg.

No suena bastante alto, pensó. Los oía aún afuera. Oía sus murmullos y sus pasos, sus gritos, sus gruñidos y sus peleas. De vez en cuando una piedra o un ladrillo golpeaban la casa. A veces ladraba un perro.

Y todos se reunían allí para lo mismo.

Cerró los ojos por un instante. Luego encendió un cigarrillo con resignación y dejó que el humo le llenara los pulmones.

Si tuviese tiempo aislaría la casa y evitaría los ruidos. Todo sería mejor si no tuviera que escucharlos. Aún después de seis meses le destrozaban los nervios.

Ya ni siquiera los miraba. Al principio había abierto una mirilla en la puerta para espiarlos. Pero un día las mujeres se dieron cuenta y le incitaban a salir de la casa con ademanes obscenos.

Dejó el libro y clavó los ojos en la alfombra, escuchando la música de Verklärte Nacht. Podía ponerse tapones en los oídos y no oiría los ruidos de la calle; pero entonces tampoco oiría la música, y no quería quedarse encerrado en un caparazón.

Volvió a cerrar los ojos. La presencia de las mujeres complicaba las cosas, pensó; las mujeres, como muñecas lascivas en la noche. Esperaban provocarle y que se decidiera a salir.

Se estremeció. Todas las noches sucedía lo mismo: empezaba a leer y a escuchar música. Luego pensaba en aislar la casa, y finalmente pensaba en las mujeres.

De nuevo aquel calor insoportable en las entrañas. Conocía muy bien aquella sensación y le enfurecía no poder dominarla. El calor era cada vez más fuerte, hasta que tenía que incorporarse y pasearse por la sala con los puños apretados. Entonces encendía el proyector y veía una película, o comía mucho, o bebía mucho, o aumentaba el volumen de la música hasta lastimarse los oídos.

Sintió que el estómago se le retorcía como un alambre. Recogió el libro e intentó leer, concentrándose en cada palabra.

Pero un segundo después el libro estaba otra vez sobre sus rodillas. Miró hacia la biblioteca. Aquella sabiduría no calmaría nunca su fuego; siglos y siglos de palabras no podían satisfacer aquel deseo imperativo e irracional.

Se sintió enfermo, humillado. Se le habían terminado todas las posibilidades. Lo habían obligado al celibato, y debía asumirlo.

Extendió la mano, aumentó el volumen de la música y trató de leer una página entera sin detenerse. Leyó algo sobre corpúsculos sanguíneos que atraviesan membranas, y pálidas linfas y nódulos linfáticos, y linfocitos y fagocitos…

…para terminar en el hombro izquierdo, cerca del tórax, en una de las venas largas del sistema circulatorio…

Cerró el libro de un golpe.

¿Por qué no le dejaban tranquilo? ¿Creían que sería de todos? ¿Eran tan estúpidos? ¿Por qué venían todas las noches? Después de cinco meses podían haber desistido y probar suerte en otro lugar.

Fue hasta el bar y se sirvió otra copa. Mientras volvía a su sitio oyó que unas piedras rodaban por el tejado y caían entre los arbustos del fondo de la casa. Además del ruido de las piedras, se oían los acostumbrados gritos de Ben Cortman:

–¡Sal, Neville!

Algún día agarraré a ese bastardo, pensó mientras bebía de un sorbo el amargo líquido. Algún día lo encontraré y le clavaré una estaca, justo en el centro de su maldito pecho.

Mañana. Mañana aislaría la casa. No quería pensar más en las mujeres. Si la aislaba quizá dejaría de pensar en ellas.

La música cesó y Neville sacó los discos del plato y los guardó en sus fundas. Ahora los sonidos de la calle le llegaban claramente. Cogió un disco cualquiera, lo puso en el tocadiscos y elevó el volumen.

El año de la plaga, de Roger Leie, le llenó los oídos. Los violines chirriaban y gemían; los tambores sonaron como los latidos de un corazón agonizante; las flautas tocaron una extraña melodía átona.

Sacó, furioso, el disco, y lo rompió en su rodilla derecha. Hacía tiempo que deseaba hacerlo. Caminó luego rígidamente hasta la cocina y echó los pedazos al cubo de basura. Allí permaneció un rato, en la oscuridad, con los ojos cerrados y apretando los dientes, tapándose los oídos con los puños. Dejadme sólo, dejadme solo, ¡dejadme solo!

Era inútil. No podía vencerlos de noche. Era inútil intentarlo; la noche les pertenecía. Estaba comportándose como un estúpido. Haría mejor mirando una película, pero no, no tenía ganas de instalar el proyector. Se iría en seguida a la cama con tapones en los oídos. Al fin y al cabo, así terminaban todas sus noches.

Rápidamente, tratando de no pensar en nada, entró en el dormitorio y se desnudó. Se puso los pantalones del pijama y fue al cuarto de baño. Nunca usaba chaqueta para dormir. Se había acostumbrado en Panamá, durante la guerra.

Se miró en el espejo mientras se lavaba. Contempló el pecho ancho y velludo y el tatuaje que le habían hecho en Panamá, una noche. durante una borrachera. Qué estúpido era en esa época, pensó. Bueno, quizá aquella cruz adornada le había dado suerte.

Se cepilló los dientes cuidadosamente. Ahora era su propio dentista. Muchas cosas podían irse al diablo, pero su salud era muy importante. ¿Por qué no dejo

también el alcohol?, pensó, ¿Por qué no acabo con aquel infierno?

Antes de irse a la cama recorrió la casa, apagando luces. Contempló el mural durante unos minutos y trató de pensar que era realmente el océano. ¿Pero cómo podría concentrarse con todos aquellos chillidos y gritos nocturnos?

Apagó la luz de la sala y entró en el dormitorio.

Una mueca de disgusto se dibujó en su cara. El aserrín cubría las sábanas. Lo sacudió con la mano pensando que debía separar el almacén del dormitorio. Sería mejor hacer esto, sería mejor hacer aquello, pensó cansadamente. Había tanto que hacer. Nunca resolvería el verdadero problema.

Se puso los tapones en los oídos y se hundió en el silencio. Apagó la luz y se deslizó entre las sábanas. Eran poco más de las diez. Qué más da, pensó, me levantaré más temprano.

Tendido en la cama, aspiró profundamente en la oscuridad, esperando que le viniera el sueño. Pero el silencio no era una gran ayuda. Aún los tenía grabados; hombres de caras blancas que se arrastraban por la calle, buscando incesantemente cómo llegar a él. Algunos, quizá en cuclillas, acechando como perros, chirriaban los dientes y se balanceaban hacia adelante y hacia atrás, hacia adelante y hacia atrás.

Y las mujeres… ¿Pero iba a pensar otra vez en ellas? Se acostó boca abajo profiriendo una maldición y apretó la cabeza contra la almohada. Así se quedó durante un rato, respirando pesadamente, retorciéndose.

Todas las noches pronunciaba mentalmente el mismo deseo: ¡Que llegue la mañana. Dios, haz que llegue la mañana!

Soñó con Virginia y gritó durante el sueño y los dedos se le clavaron en la colcha como garras.

2

El despertador sonó a las cinco y media. Neville estiró el brazo entumecido y lo paró.

Buscó los cigarrillos, encendió uno, y se sentó a fumar en la cama. Al cabo de un rato se levantó, cruzó la sala y espió por la mirilla.

Afuera, en el césped, las oscuras figuras se alzaban como guardianes.

Mientras miraba algunas empezaron a alejarse, y se oían murmullos de descontento. Otra noche llegaba a su fin.

Volvió al dormitorio, encendió la luz y empezó a vestirse. Mientras se ponía la camisa oyó el grito de Ben Cortman:

–¡Sal, Neville!

Y eso fue todo. En seguida se alejarían, más débiles que antes. Quizá se habían atacado entre ellos, lo que ocurría a menudo. Nada los unía. Obedecían sólo a una necesidad.

Una vez vestido, Neville se sentó en la cama y escribió la lista de los recados del día:

Torno en Sears.
Agua.
Generador.
Madera (?).
Rutina.

Terminó rápidamente el desayuno: un vaso de zumo de naranja, una tostada y dos tazas de café. No podía acostumbrarse a comer con tranquilidad.

Arrojó el vaso y el plato de papel en el cubo de basura y se cepilló los dientes. Conservaba ese hábito, y eso le consoló.

Cuando llegó a la puerta, alzó los ojos. El cielo estaba claro, casi sin nubes. Hoy podía salir. Fantástico.

En el suelo del porche tropezó con algunos pedazos del espejo. Bueno, seguía rompiéndose. Lo limpiaría luego.

Había un cuerpo sin vida en la acera y otro entre las ruinas de la casa vecina. Ambas eran mujeres. Eran casi siempre mujeres las víctimas.

Abrió la puerta del garaje y sacó marcha atrás su furgoneta Willys. Bajó luego y abrió la puerta trasera. Se puso unos gruesos guantes y se acercó a la mujer de la acera.

Mientras arrastraba los cuerpos por el césped y los arrojaba a la lona pensó que a la luz del día no eran en absoluto atractivas. No había ni una gota en ellas; tenían el color del pescado. Cerró la caja.

Recorrió el jardín recogiendo en un saco todos los ladrillos y piedras que le

habían arrojado. Lo llevó al coche y se quitó los guantes. Luego entró de nuevo en la casa, se lavó las manos y preparó unos bizcochos y un termo de café caliente.

Entró en el dormitorio y recogió el haz de estacas. Se lo cargó al hombro, cogió un martillo de la pared y volvió a salir.

Esa mañana no trataría de encontrar a Ben Cortman. Había otras cosas que hacer. Durante un instante recordó su intención de aislar la casa. Bueno, al diablo con eso. Lo haría otro día, quizá algún día que estuviera nublado.

Se metió en la camioneta y releyó su lista. El torno era imprescindible. Pero antes debía librarse de los cuerpos.

Puso el motor en marcha y retrocedió rápidamente hacia el bulevar Compton. Desde allí se dirigió al este. Las casas se alzaban a ambos lados de la calle, silenciosas y vacías; los coches estaban aparcados a lo largo de las aceras.

Bajó la vista un momento y examinó el indicador del combustible. Aún quedaba medio depósito, pero sería bueno detenerse en la avenida Western y llenarlo. Por el momento, no había motivo para utilizar la gasolina almacenada en el garaje.

Entró en la callada gasolinera. Acercó un bidón y con la manguera comenzó a llenar el depósito hasta que éste desbordó y el líquido se desparramó por el cemento.

Revisó el aceite, el agua, la batería y los neumáticos. Todo estaba en orden. Así sucedía casi siempre, porque lo cuidaba mucho. Si se le estropeara alguna vez y no pudiese regresar antes del crepúsculo…

Bueno, no había motivo para preocuparse. Si eso ocurriera, sería el fin.

Continuó por el bulevar Compton hasta dejar atrás la gasolinera y las otras calles muertas. No se veía a nadie.

Pero Neville sabía dónde estaban.

El fuego aún ardía. Cuando estuvo más cerca se puso los guantes y la máscara de gas y se quedó mirando la oscura columna de humo que oscilaba sobre la tierra. Todo el campo, desde junio de 1975, era un gran pozo.

Detuvo el coche y bajó rápidamente de un salto, ansioso por terminar cuanto antes. Abrió la puerta trasera, tiró de uno de los cuerpos y lo arrastró hasta el borde del pozo. Allí lo levantó y le dio un empujón.

El cuerpo bajó rodando hasta el fondo ceniciento y humeante.

Regresó a la furgoneta jadeando, a pesar de la máscara de gas.

Empujó el otro cuerpo al pozo y tiró el saco de ladrillos y piedras, y se alejó de allí a toda prisa.

Cuando se hubo alejado un kilómetro, se sacó la máscara y los guantes y los echó atrás. Abrió la ventanilla y se puso a respirar a bocanadas el aire frío. Sacó un frasco de la guantera y tomó un largo trago de whisky. Luego encendió un cigarrillo y aspiró profundamente el humo. En ocasiones, debía ir todos los días al pozo, durante varias semanas, y siempre se sentía enfermo.

En algún lugar, allá abajo, estaba Kathy.

Camino de Inglewood se detuvo en un mercado en busca de agua mineral.

Cuando entró en el silencioso almacén sintió de pronto el fétido olor de los alimentos putrefactos. Empujó rápidamente el carrito a lo largo de los silenciosos y polvorientos almacenes.

Por fin encontró las botellas de agua. En el fondo, una puerta se abría a unos pocos escalones. Metió las botellas en el carrito y subió. El propietario del mercado debería estar en el piso de arriba.

Eran dos. En el vestíbulo, recostada en un sofá, había una mujer de unos treinta años, enfundada en una bata roja. Respiraba lentamente, tenía los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el estómago.

Neville buscó el martillo y la estaca. Siempre era difícil clavársela cuando estaban vivos, especialmente a las mujeres. De nuevo sintió aquella urgencia insensata que le endurecía los músculos.

La mujer no profirió sonido alguno, excepto un ronco estertor. Mientras entraba en la alcoba, Neville oyó algo similar a un ruido de agua. Bueno, ¿qué otra cosa podía hacerse?, se preguntó. No sabía aún si se habría equivocado.

Se detuvo en la entrada de la habitación, mirando fijamente la cama, con el pecho agitado y respirando con dificultad. Luego, obedeciendo a un impulso, se acercó y miró a la niña.

¿Por qué todas me recuerdan a Kathy?, pensó, sacando la segunda estaca con manos temblorosas.

Siguió su camino, y mientras se acercaba lentamente a Sears trató de olvidar, pensando en el efecto de las estacas.

Cruzó, preocupado, la desierta avenida. Sólo se oía el apagado gruñido de su motor. Parecía increíble que ahora, después de cinco meses, comenzara a preocuparse.

¿Y cómo sabía que siempre acertaba en el corazón? Tenía que ser en el corazón, lo había dicho el doctor Busch. Sin embargo, él, Neville, no tenía conocimientos de anatomía.

Frunció el ceño. Era irritante haber actuado en todo ese odioso proceso sin haber titubeado una sola vez.

Sacudió la cabeza. Debo pensar detenidamente en todo esto, ordenar las preguntas antes de respondérmelas. Hay que hacer las cosas de un modo científico.

Sí, sí, sí, pensó, sombras del viejo Fritz. Neville estaba en desacuerdo con su padre, y había luchado contra su pensamiento mecánico y lógico. El viejo Fritz había muerto negando violentamente la existencia de los vampiros, hasta el último instante.

Encontró el torno en Sears. Lo cargó en la furgoneta y luego registró el edificio.

Vio a cinco en el sótano, escondidos en oscuros lugares, y halló uno en una

nevera. Cuando vio al hombre metido allí, en ese ataúd de porcelana, no pudo contener la risa.

Más tarde se dio cuenta de que sólo un mundo sin humor justificaba esa risa.

Hacia las dos se detuvo y almorzó. Todo parecía tener sabor a ajo.

Era sorprendente el efecto del ajo. El olor debía alejarlos, ¿pero por qué?

Había muchos puntos oscuros: que no salieran de día, que no soportaran el ajo, que los mataran definitivamente las estacas, que temieran las cruces y que evitaran los espejos.

Según la leyenda, eran invisibles en los espejos o se transformaban en murciélagos. Pero la ciencia y la realidad habían logrado vencer aquellas supersticiones. Asimismo, era disparatado creer que se transformaban en lobos. Sin duda alguna, existían perros vampiros; los había visto y oído fuera de la casa, de noche. Pero sólo eran perros.

Neville apretó los labios. Olvídalos, se dijo a sí mismo; no estás preparado aún. Algún día podrás entender todo esto, pero ahora no. Hay cuestiones más urgentes que resolver.

Después del almuerzo, fue de casa en casa y utilizó todas las estacas. Cuarenta y siete.

3

'La fuerza del vampiro reside en que nadie cree en él'.

Gracias, doctor Van Helsing, pensó Neville dejando a un lado su ejemplar de Drácula. Se quedó con los ojos fijos en la biblioteca, escuchando el segundo concierto para piano de Brahms, con un vaso de whisky en la mano derecha y un cigarrillo en la izquierda.

En efecto. El libro era un compendio de supersticiones y convencionalismos simples pero esa línea decía la verdad. Nadie había creído en ellos, ¿y cómo se podían luchar contra algo inverosímil?

Así había sido. Algo oscuro y nocturno se había cruzado en las sombras medievales. Algo imposible e inconsistente, algo que sólo existía en hechos e ideas, en las páginas de la literatura fantástica. Los vampiros pertenecían a otra época, como los idilios de Summers o los melodramas de Stoker. Eran apenas unas líneas en la Enciclopedia Británica o quizás material para escritores o películas de mediana calidad. Una débil leyenda que se había transmitido de siglo en siglo.

Bueno, pues ahora era cierto.

Tomó un sorbo de whisky y cerró los ojos, dejando bajar el líquido helado por la garganta hasta calentarle el estómago. Era cierto, pensó, pero nadie había podido averiguarlo. Oh, sabían que existía algo, pero de ninguna manera podía ser eso. Eso era algo imaginario, una mera superstición, no había nada semejante en la vida real.

Y antes de que la ciencia hubiese destruido la leyenda, la leyenda devoraría la ciencia y todo lo demás.

Ese día no había buscado madera. No había revisado el generador. No había recogido los trozos de espejo rotos. Ni siquiera había cenado; no tenía apetito. Sucedía a menudo. No podía hacer aquello y comer luego despreocupadamente. Ni aún después de cinco meses.

Pensó en los niños que había visto aquella tarde y apuró su bebida.

Parpadeó y las paredes de la habitación bailaron un poco ante él. Te estás emborrachando, hombre, se dijo a sí mismo. ¿Y qué importa?, replicó. ¿Tenía alguien más derecho?

Lanzó el libro al otro extremo del cuarto. Adiós, Van Helsing, y Mina, y Jonathan, y tú, conde de ojos sanguinolentos. Ficciones, extrapolaciones estúpidas de un tema sombrío.

Tosió atragantándose. Afuera, Ben Cortman lo invitaba a salir una noche más. Espera ahí, Benny, no te vayas, pensó. Espera a que me ponga el smoking.

Espera, Benny. Bueno, ¿por qué no?, se preguntaba. ¿Por qué no salir ahora? Sólo así podría librarse definitivamente de ellos.

Convirtiéndose en uno de ellos.

Se rió entre dientes. Era muy simple. Se incorporó y se acercó tambaleándose al bar. ¿Por qué no? ¿Por qué sufrir tanto cuando con sólo abrir una puerta y bajar unos escalones se solucionaría todo en seguida?»

Había, por supuesto, una ínfima posibilidad de que existieran otros como él en alguna parte, intentando sobrevivir, esperando poder encontrar algún día a gentes de su especie. ¿Pero cómo podía encontrarlos si vivían a más de un día de viaje?

Encogiéndose de hombros, se llenó de nuevo el vaso con whisky. ¿Cuál era su actividad desde hacía meses? Poner collares de ajo en las ventanas, redes en el invernadero, quemar los cuerpos, quitar las piedras y, poco a poco, ir reduciendo aquella multitud. ¿Por qué engañarse a sí mismo? Nunca había encontrado a nadie más.

Se dejó caer pesadamente en el sofá. Aquí estoy, comodísimo, acosado por un regimiento de sedientos de sangre que sólo aspiran a sorber libremente la mía. Tomen un trago, caballeros, éste es realmente por mí.

Una mueca de odio apareció en su rostro. ¡Bastardos! ¡Los mataré a todos antes que ceder! Apretó con fuerza la mano derecha y el vaso estalló en pedazos.

Bajó los ojos y miró turbiamente los cristales en el suelo, el resto todavía seguía en su mano, y la sangre diluida en whisky goteaba lentamente.

¿Les gustaría verla?, se preguntó. Se incorporó, furioso, de un salto, y casi abrió la puerta. Sería bueno frotarles la cara con la mano y oírlos aullar.

Cerró en seguida los ojos, sacudiéndose. Contrólate, amigo, pensó. Ve a vendarte esa condenada mano.

Entró en el cuarto de baño dando un traspiés y se lavó cuidadosamente la mano, estremeciéndose cuando la tintura de yodo entraba en la herida. Se vendó luego torpemente. Respiraba con dificultad y el sudor le bañaba la frente. Deseaba un cigarrillo.

Volvió a la sala, cambió Brahms por Bernstein y encendió un cigarrillo. ¿Qué haré si un día me faltan los clavos para los ataúdes?, se preguntó observando la lenta columna de humo azul. Bueno, sería difícil que eso ocurriera. Tenía mil cajas en el armario de Kathy…

En la despensa, se corrigió, la despensa, la despensa. El cuarto de Kathy.

Miró con ojos apagados el mural mientras La edad de la ansiedad le invadía los oídos. Edad de la ansiedad, meditó. Te creías ansioso, Lenny. Lenny y Benny, ustedes dos debían conocerse. Compositor, le presento al cadáver. Mamá, cuando sea mayor quiero ser un vampiro como papá. Oh, querido mío, Dios te bendiga, claro que llegarás a serlo.

El whisky gorgoteó en el vaso. Hizo una mueca de dolor y cambió de mano la botella.

Se sentó y bebió. Apuremos el gastado filo de la sobriedad, pensó.

Arrastremos la desmenuzada visión de la realidad cuanto antes. Los odio.

El cuarto comenzó a girar sobre sí mismo y el suelo se onduló bajo la silla.

Una agradable neblina cubrió todas las cosas. Neville miró el vaso, los discos.

Reposó la cabeza primero a un lado y luego al otro. Afuera ellos rondaban, murmuraban y esperaban a que saliera. Pobres vampiros, pensó, pobres criaturas, tan abandonadas, paseándose frente a mi casa como gatitos sedientos.

Tuvo una idea. Alzó el meñique, que apareció tembloroso ante sus ojos.

Amigos, me acercaré a vosotros para discutir sobre los vampiros. Un representante de la minoría siempre lo hubo.

Pero voy a esbozar concretamente las bases de mi tesis: los vampiros son víctimas de un prejuicio.

La explicación de dicho prejuicio es ésta: Se los desprecia porque se los teme; por lo tanto…

Neville siguió bebiendo.

Una vez, en las noches de la Edad Media, los vampiros habían sido muy poderosos y enormemente temidos. Se los consideraba anatema, y todavía lo eran. La sociedad los perseguía sin descanso.

¿Pero son sus necesidades más detestables que las de otros animales e incluso las de algunos hombres? Realmente, reflexiona, ¿es tan malo el vampiro?

A fin de cuentas, sólo bebe sangre.

¿Por qué entonces ese profundo odio, esa condenación eterna? ¿Por qué el vampiro no era libre de elegir su vivienda? ¿Por qué debía estar siempre oculto? ¿Por qué exterminarlos? Ah, ¿te das cuenta? El desamparado inocente ha terminado convirtiéndose en un animal perseguido. El vampiro carece de medios propios para subsistir, no puede educarse. Se le niega el derecho del voto. No es extraño que arrastre una existencia nocturna y depredadora.

Neville dejó escapar un gruñido. Claro, todo es cierto, pero no permitiría que mi hermana se casase con uno de ellos.

Era un callejón sin salida, pensó, encogiéndose de hombros.

La música cesó. La aguja siguió patinando sobre los surcos negros. Neville sintió que un frío le subía por las piernas. Eso le pasaba cuando bebía demasiado. Uno deja de saborear las delicias de la bebida. Ya no hay consuelo en el alcohol. El derrumbe se adelanta a la dicha. El cuarto estaba volviendo a su lugar original. Los sonidos de la calle le aturdían de nuevo.

–¡Sal, Neville!

Se le hizo un nudo en la garganta y exhaló un ronco suspiro. Sal. Las mujeres esperaban allí, con los vestidos abiertos o desnudas. Su piel espera mi roce, sus labios esperan… mi sangre, ¡mi sangre!

Como si no se tratara de su propia mano, Neville se miró el puño pálido que se

alzaba lenta y temblorosamente, para caer luego sobre su pierna. El dolor le hizo aspirar el aire enrarecido. Por todas partes se olía a ajo. En la ropa, los muebles y en la comida, y aun en el whisky. Sírvame un poco de ajo con soda, por favor. El chiste murió rápidamente.

Se levantó y comenzó a pasearse. ¿Qué haré ahora? ¿Caeré en la rutina de todas las noches? Leer, beber, pensar en aislar la casa, pensar en las mujeres. Las mujeres, desnudas, anhelantes y sedientas de sangre, desplegaban ante él los cálidos cuerpos. No, no eran cálidos.

Un quejido tembloroso le subió por el pecho y la garganta. ¿Qué esperaban aquellos malditos? ¿Suponían que iba a sucumbir y entregarse?

Quizá estaban en lo cierto. Ya estaba levantando la tranca de la puerta.

Muchachas, humedézcanse los labios que voy ahora mismo.

Afuera, oyeron el ruido de la tranca y un alarido de anticipación llenó la noche.

Neville giró sobre sí mismo, retrocedió y golpeó con los puños la pared con tal fuerza que agrietó el yeso y se lastimó la piel.

Después de un rato logró recuperar la calma. Puso la tranca en la puerta y se dirigió al dormitorio. Se dejó caer en la cama, de espaldas, gimiendo. La mano izquierda golpeó una vez, débilmente, el cabezal de la cama.

¡Dios mío!, pensó ¿hasta cuándo, hasta cuándo?

4

Neville no pensó en poner el despertador y el timbre no sonó aquella mañana. Durmió toda la noche a pierna suelta, el cuerpo inmóvil, como forjado en hierro. Cuando por fin abrió los ojos, eran las diez.

Se incorporó con un murmullo de disgusto, sacando las piernas fuera de la cama. Le latían las sienes como si el cerebro quisiera salir del cráneo. Fantástico, pensó, esto es la borrachera de anoche. No necesitaba más averiguaciones.

Se levantó, y quejándose, fue arrastrándose hasta el cuarto de baño, y se remojó la cara y la cabeza en agua bien fría. No es suficiente, protestó, no. Me siento realmente mal. El hombre que se reflejaba en el espejo era flaco, barbudo, y aparentaba más de cuarenta años. Amor, tu mágico encanto alcanza a todos los hombres. Estas palabras ininteligibles le golpearon en el cerebro como sábanas mojadas en el viento.

Cruzó lentamente el vestíbulo y desatrancó la puerta de calle. Una maldición salió de sus labios cuando vio a otra mujer tendida en la acera. Sintió que la ira le invadía el cuerpo, pero eso aumentó los latidos del cráneo y se controló. Estoy enfermo, pensó.

El cielo era de un gris plomizo. ¡Bien!, dijo. ¡Otro día encerrado en esta covacha! Dio un portazo con rabia, pero en seguida se arrepintió, gimiendo. El golpe se le había metido en el cerebro. Afuera oyó caer los últimos restos del espejo. Apretó los labios haciendo una débil mueca.

Las dos tazas de café sólo empeoraron las cosas todavía más. Dejó la taza y regresó al vestíbulo. Al diablo con todo, pensó. Volveré a emborracharme.

Pero el alcohol le sabía a trementina. Visiblemente contrariado, arrojó el vaso contra la pared y se quedó contemplando cómo el líquido mojaba la alfombra. Demonios, me voy a quedar sin vasos. La idea lo enfureció.

Se hundió en el sofá y se quedó allí sacudiendo la cabeza con suavidad.

Era inútil; se sentía vencido. Los oscuros bastardos lo habían vencido.

De nuevo le atacaba aquella inquietante sensación. Sentía como si su cuerpo se expandiera y que la casa se contraía sobre él, y que en cualquier momento el armazón volaría en pedazos; maderas, yeso y ladrillos. Se levantó y se dirigió rápidamente hacia la puerta.

Se detuvo en el césped, respirando profundamente el aire húmedo, de espaldas a la casa. Pero las otras casas no eran menos desagradables, y también las odiaba, así como el pavimento y las aceras y los jardines y toda la calle.

Y de pronto se dio cuenta de que debía irse de allí. Estuviera nublado o no, debía salir inmediatamente.

Cerró la puerta de la calle, sacó el candado del garaje y alzó la pesada puerta. No se entretuvo en bajarla. Volveré pronto, pensó. Será sólo un momento.

Sacó rápidamente la furgoneta, e hizo marcha atrás hasta la calle. Dio vuelta y apretó el acelerador, entrando en el bulevar Compton. No llevaba rumbo alguno.

Dobló la esquina a unos sesenta kilómetros por hora y antes de cruzar la próxima bocacalle ya corría a más de noventa. El coche saltaba hacia adelante.

La pierna tensa de Neville apretaba el acelerador a fondo. Las manos eran de hielo en el volante. Por el bulevar vacío y muerto alcanzó los ciento veinte kilómetros por hora: un impresionante rugido quebraba aquella opresiva quietud.

La hierba del cementerio había crecido tan aprisa que ya se doblaba sobre sí misma, crujiendo bajo los pesados zapatos de Neville. No se oía más sonido que el de sus pisadas y el desafortunado canto de los pájaros. En un tiempo creí que cantaban porque todo estaba bien en el mundo, reflexionó Neville. Me equivoqué. Cantan porque son débiles mentales.

Había recorrido diez kilómetros antes de descubrir a dónde se dirigía. Era raro cómo se lo había ocultado. En principio sólo estaba enfermo y deprimido y necesitaba salir de la casa. No se había dado cuenta de que iba a visitar a Virginia.

Pero había venido directamente y a toda velocidad. Había detenido la furgoneta junto a la acera, cruzando a pie la herrumbosa puerta, y ahora caminaba entre aquellas hierbas crecidas.

¿Cuándo había sido la última visita? Hacía un mes por lo menos. Hubiera podido traer algunas flores, pero hasta llegar a la verja no comprendió lo que estaba haciendo.

Apretó los labios al sentir de nuevo el persistente dolor. ¿Por qué Kathy no estaba descansando también allí? ¿Cómo se había dejado dominar por aquellos estúpidos, siguiendo sus reglas? Si por lo menos estuviese allí junto a su madre…

Tenso, se acercó a la cripta. La puerta de hierro estaba entornada. Oh, no se habrán atrevido, pensó. Echó a correr entre las hierbas húmedas. Si la han tocado quemaré la ciudad, anunció. Lo juro, quemaré la ciudad hasta sus cimientos.

Abrió bruscamente la puerta y el hierro golpeó con un sonido hueco y resonante la pared de mármol. Echó una rápida ojeada a la losa y el ataúd.

Se tranquilizó, suspirando con alivio. Todavía seguía intacta. En seguida vio al hombre. Estaba echado en un rincón de la cripta, con el cuerpo doblado sobre el suelo.

Furioso, Neville corrió hacia el cuerpo, y agarrándolo por la chaqueta, lo sacudió, lo arrastró por el suelo y lo arrojó violentamente fuera de la cripta. El cuerpo rodó sobre sí mismo, quedando de cara al cielo.

Neville volvió a la cripta, jadeante. Con los ojos cerrados, puso las manos sobre el ataúd.

Estoy aquí, pensó. He vuelto. Recuérdame.

Tiró las flores que había traído en la última visita y sacó las hojas que el viento

había arrastrado hasta la cripta.

Luego se sentó junto al ataúd y apoyó la frente en el frío metal. Era como sentir la caricia de las suaves manos del silencio.

Podría morirme ahora, pensó, así, dulcemente, sin llantos ni temblores. Si pudiese estar con ella. Si tuviera la certeza de que estaré con ella.

Cerró lentamente las manos y dejó caer la cabeza. Virginia. Llévame contigo.

Una lágrima cristalina se deslizó sobre sus manos inmóviles.

No sabía cuánto tiempo nabía transcurrido desde que llegó allí. Al fin, pensó, aun el dolor más profundo se mitiga, la desesperación más intensa cede. La maldición del verdugo: el preso se acostumbra a sus cadenas.

Se puso de pie. Todavía vivo, reflexionó; mi corazón late insensatamente; la sangre corre por inercia; huesos y músculos funcionan sin motivo.

Echó una última mirada a la tapa del ataúd, y al fin se volvió con un suspiro y dejó la cripta cerrando la puerta silenciosamente.

Había olvidado al hombre y casi tropezó con él. Se desvió murmurando una maldición y se alejó del cuerpo.

De repente, se dio la vuelta con brusquedad.

¿Cómo podía ser? Miró, incrédulo, el cuerpo del hombre. Estaba muerto, realmente muerto. El cambio había sido inmediato, parecía como si llevase varios días muerto.

Se sintió súbitamente excitado. Algo había matado al vampiro, algo brutalmente eficaz. Ni estacas, ni ajos, y sin embargo…

De pronto lo comprendió. Claro, ¡la luz del día! ¡Durante cinco meses había visto que no salían durante el día, pero no se le había ocurrido preguntarse el porqué! Cerró los ojos asombrado de su propia estupidez.

Tenían que ser los rayos del sol; los rayos infrarrojos y ultravioletas. ¿Pero por qué? Nada sabía sobre los efectos de la luz solar en el cuerpo humano.

Y, además, aquel hombre había sido realmente un vampiro, un cadáver viviente. ¿Tendría la luz el mismo efecto sobre los que todavía estaban vivos?

Por primera vez en meses se sentía excitado. Corrió a la furgoneta.

Cuando estuvo en el interior del vehículo pensó si no sería mejor llevarse el cadáver. ¿Quizás atraería a los otros, que podrían invadir la cripta? No, no se atreverían a acercarse al ataúd; estaba sellado con ajo. Además, la sangre del hombre ahora estaba muerta…

¡Seguro, los rayos del sol modificaban de algún modo la sangre de los vampiros!

¿Era posible, entonces, que todo guardara relación con la sangre? ¿El ajo, las cruces, el espejo, la estaca, la luz del día, e incluso la tierra en que algunos dormían?. No comprendía la razón, y sin embargo…

Le quedaba mucho por leer, mucho por investigar. Lo había pensado algún

tiempo, pero últimamente no se había dedicado a ello. Ahora esta idea le daba nuevas fuerzas.

Puso en marcha el coche y se dirigió calle arriba, entrando en un barrio de residencias, y se detuvo ante la casa más próxima.

Se dirigió hasta la puerta, pero la encontró cerrada con llave. Con un suspiro de impaciencia intentó lo mismo en la casa vecina. La puerta estaba aquí abierta y Neville cruzó el vestíbulo a toda prisa y subió los alfombrados escalones de dos en dos.

Encontró a la mujer en el dormitorio. Sin titubear, la agarró por las muñecas. El cuerpo golpeó contra el suelo y se oyó un débil gemido. Neville la arrastró escaleras abajo.

Cuando atravesaban el vestíbulo, la mujer comenzó a moverse. Sus manos apretaron las muñecas de Neville y el cuerpo se retorció sobre la alfombra. No abrió los ojos, pero jadeaba y murmuraba intentando liberarse.

De pronto clavó sus oscuras uñas en la carne de Neville, que se apartó y profiriendo una maldición la agarró por los cabellos. Habitualmente, le hubiera parecido casi intolerable hacer estas cosas; aquellas personas habían sido como él. Pero ahora se sentía animado por un nuevo fervor, el fervor experimental.

Aún así, cuando llegaron a la calle se estremeció al oír el entrecortado grito de horror de la mujer.

La apoyó en la acera. La mujer agitaba las manos; estiraba los labios manchados de rojo. Neville la miraba tensamente.

Sintió que algo le ahogaba. Bueno, sufre, es verdad; pero es un vampiro y si pudiese me mataría con placer. Hay que verlo de este modo, el único modo. Mordiéndose los labios se quedó allí hasta que la vio morir.

La mujer dejó de agitarse, dejó de murmurar, y sus manos fueron abriéndose lentamente como capullos blancos sobre el cemento. Neville le auscultó el corazón. No latía. La carne empezaba a enfriarse.

Se incorporó con una débil sonrisa, subió al coche y se alejó de allí. Después de tanto tiempo descubría un método más eficaz. No necesitaría más estacas.

De pronto, se le cortó el aliento. ¿Cómo podía saber si la mujer estaba muerta? ¿Cómo podía averiguarlo antes del crepúsculo?

La ira lo dominaba de nuevo, una ira impaciente. Todas las preguntas parecían anular las posibles respuestas.

Detuvo la furgoneta en un supermercado y se sentó a beber un jugo de tomate.

¿Cómo iba a saberlo? No podía quedarse con la mujer hasta que anocheciera.

Podía llevarla a su casa.

Estaba irritado consigo mismo. Hoy no lograba acertar una respuesta. Ahora tenía que desandar el camino y encontrar el cadáver, y no se acordaba de dónde estaba la

casa exactamente.

Puso en marcha el motor echando una mirada a su reloj. Las tres. Tenía tiempo. Apretó el acelerador y la camioneta empezó a correr.

Tardó media hora aproximadamente en encontrar la casa. La mujer seguía en la acera, tal como la había dejado. Neville se puso los guantes, abrió las puertas de la camioneta, se acercó a la mujer y la metió en la caja. Después se sacó los guantes. Alzó la muñeca. Miró el reloj. Sólo eran las tres. Tenía tiempo… ¡Las tres!

Sacudió el reloj y se lo acercó al oído, con el corazón en un puño. El reloj se había parado.

5

Neville hizo girar la llave del motor con dedos temblorosos. Las manos sujetaban rígidamente el volante, y dando media vuelta, apuntó hacia Gardena.

¡Qué estúpido había sido! Por lo menos había tardado una hora en llegar al cementerio. Había permanecido en la cripta durante horas. Luego, el viaje en busca de aquella mujer, y el viaje al supermercado, y luego de nuevo en busca de la mujer.

¿Cuánto tiempo había pasado?

¡Insensato! Sintió frío en las venas al imaginarlos esperándole ante la casa. ¡Oh, Dios mío, y la puerta del garaje había quedado abierta! La gasolina, los equipos, ¡el generador!

Con un gemido entrecortado pisó a fondo el acelerador y la camioneta echó a correr. La aguja del cuentakilómetros osciló, y saltó de los noventa hasta los cien, y luego hasta los ciento veinte. ¿Qué ocurriría si ya estaban esperándolo? ¿Cómo podría entrar en casa?

Trató de calmarse. No podía derrumbarse ahora. Tenía que entrar. No hay por qué preocuparse, entrarás, se dijo a sí mismo. Pero no se le ocurría el sistema.

Se pasó la mano nerviosamente por el pelo. Fantástico, fantástico, pensó. Afrontas todo esto para seguir vivo, y el día menos pensado no vuelves a tiempo. Merecía cualquier castigo por haber olvidado dar cuerda al reloj. Y ellos se encargarían gustosamente de castigarlo.

Las silenciosas calles desfilaban rápidamente. Neville miraba de vez en cuando las puertas de las casas. Empezaba a oscurecer aparentemente, pero sin duda era su imaginación. No podía ser tan tarde.

Acababa de pasar la esquina de Western y Compton cuando un hombre salió corriendo de un edificio y gritó. A Neville se le heló la sangre. El grito del hombre quedó resonando en el aire.

No podía ir más aprisa. En cualquier momento reventarían los neumáticos, o se rompería el eje de la dirección, y el coche iría a estrellarse contra cualquier casa. Le temblaban los labios. Cerró la boca con fuerza. Las manos se le entumecían en el volante.

Tuvo que reducir la velocidad al llegar a la esquina de Cimarrón. Por el retrovisor, vio un hombre que salía de una casa y corría detrás de él.

Los neumáticos chirriaron al doblar la esquina. Neville ahogó un grito.

Estaban todos esperándole frente a la casa.

Sintió un nudo de terror en la garganta. No quería morir. Podía haberlo imaginado. Pero no quería morir. Por lo menos, no de este modo.

Habían oído rugir el motor y las caras blancas se iban volviendo hacia él.

Algunos salieron corriendo del garaje. Neville apretó con furia las mandíbulas.

¡Qué forma tan estúpida de morir!

Venían ya hacia él, cruzando la calle. Neville comprendió de pronto que no podía detenerse. Apretó el acelerador, y un instante después la camioneta los iba atrepellando, derribándolos como si fueran bolos. Sintió temblar el chasis con el impacto. Los rostros blancos pasaron ante la ventanilla con gritos desgarradores.

Los dejó atrás, y vio por el espejo retrovisor cómo corrían persiguiéndolo. Tuvo una idea. De repente, aminoró la velocidad hasta cuarenta y luego treinta kilómetros por hora.

Volvió la cabeza. Las caras de un blanco grisáceo estaban cada vez más cerca, con los ojos clavados en el coche y en él.

De pronto, se giró sobresaltado. Alguien había gruñido muy cerca. Miró por la ventanilla y vio el rostro enloquecido de Ben Cortman junto al coche.

Apretó rápidamente el pedal del gas, pero el otro pie resbaló sobre el embrague. La camioneta se detuvo. Un sudor frío le bañó la frente. Se inclinó hacia el botón de arranque. La mano de Ben Cortman se le clavó en el hombro.

Neville profirió una maldición y apartó aquella mano blanca.

–¡Neville! ¡Neville!

Ben Cortman lo alcanzó de nuevo, con sus frías garras de hielo. Neville logró librarse otra vez y siguió accionando el botón. Detrás se oían los gritos excitados de los que se acercaban.

Por fin el motor se puso en marcha en el instante en que las uñas de Ben Cortman se clavaban en la mejilla de Neville.

–¡Neville!

El dolor le hizo cerrar la mano, y el puño rígido se dirigió hacia el rostro de Cortman. Cortman cayó de espaldas contra el suelo y el coche se alejó a toda prisa. Otro había subido a la parte trasera de la camioneta. Durante unos instantes Neville vio el rostro ceniciento, apretado contra la ventanilla. Se dirigió hacia la esquina y dobló bruscamente; salió el hombre despedido y se puso a correr trastabillando por el césped, con los brazos en alto, yendo a golpear violentamente el frente de una casa.

Neville se sentía entumecido y frío. El corazón le saltaba en el pecho. La sangre le bajaba por la mejilla. Se pasó una mano temblorosa por la cara.

Dobló en la esquina, a la derecha. Fue hasta la calle Haas y dobló de nuevo a la derecha. ¿Qué sucedería si cruzaban los terrenos baldíos y bloqueaban la calle?

Los vio seguirle, como una manada de lobos, y redujo un poco la velocidad, para volver a acelerar inmediatamente. Contaba con que todos le siguieran. ¿Sospecharían lo que tramaba?

La camioneta alcanzó rápidamente la otra esquina. Neville dobló a ochenta por hora, llegó a la calle Cimarrón y dobló otra vez a la derecha.

Retuvo el aliento. No había nadie a la vista. Quizá podía salvarse, pero debería

abandonar la camioneta.

Se acercó a la acera y abrió la portezuela. Mientras bajaba, algunos gritos se acercaban por la esquina.

Intentaría cerrar el garaje. De lo contrario podían destruir el generador; no habían tenido tiempo aún. Corrió por la acera.

–¡Neville!

Se detuvo bruscamente. Cortman salió de entre las sombras del garaje y chocó contra él, casi derribándolo. Sintió sus manos frías y fuertes apretándole el cuello y un fétido aliento que le bañaba el rostro. Neville retrocedió trastabillando hacia la acera. La boca blanca y fungosa le buscó la garganta.

Neville alzó bruscamente el puño derecho y lo dejó caer con toda su fuerza sobre el pecho de Cortman. Se oyó un sonido sordo. Un hombre apareció por la esquina, corriendo y gritando.

Neville agarró violentamente a Cortman por los sucios y largos cabellos y lo arrastró por la acera hasta el coche. La cabeza de Cortman golpeó el estribo.

No tenía tiempo para ocuparse del garaje. Neville subió rápidamente los escalones del porche y se detuvo de pronto. ¡Dios mío, las llaves!

Sintió que le faltaba el aliento. Inspiró y echó a correr hacia el coche.

Cortman se incorporó gruñendo sordamente. Neville le golpeó la cara con la rodilla, y Cortman cayó de nuevo contra la acera. Las llaves estaban en la guantera.

Cuando Neville salió de la camioneta uno de ellos saltó hacia él.

Retrocedió apoyándose en el asiento, y el hombre, tropezando con sus piernas, rodó pesadamente por la acera. Neville dio un salto, cruzó el césped, y alcanzó el porche.

Se detuvo para buscar la llave y otro hombre subió tras él. El impacto llevó a Neville contra la casa. Otra vez aquel aliento fétido y la boca entreabierta sobre su cuello. Hundió la rodilla en el vientre del hombre y luego, apoyándose contra la pared, alzó bruscamente el pie. El hombre, doblado sobre sí mismo, cayó sobre otro que se acercaba por el césped.

Neville abrió la puerta, entró, y se volvió para cerrarla cuando un brazo alcanzó a pasar por la abertura. Neville apretó con todas sus fuerzas hasta oír cómo se quebraban los huesos. Luego abrió, apartó el brazo roto y cerró de un portazo. Puso la tranca con manos temblorosas.

Apoyado en la pared, fue resbalando lentamente hacia el suelo y se tendió de espaldas. Se quedó allí en la oscuridad, con el pecho agitado y los brazos y las piernas extendidos e insensibles. Afuera se oían gritos furiosos y golpes violentos. Piedras y ladrillos Viyeron sobre la casa.

Al cabo de un rato Neville se dirigió al bar. Parte del whisky se derramó sobre la alfombra. Bebió apoyando el cuerpo en el mueble, con un nudo apretándole la

garganta y los labios temblorosos.

Sintió bajar el calor del líquido hasta el estómago y se sintió reconfortado. Respiró despacito.

Afuera se oyó un estruendo.

Neville corrió a espiar por la mirilla. Piedras y ladrillos rompían el parabrisas de la camioneta, volcada en medio de la calle, y algunos hombres provistos de garrotes golpeaban el motor con todas sus fuerzas. Neville sintió furia en las venas, una corriente como un ácido le recorrió todo el cuerpo.

De pronto se acordó del generador y trató de encender la lámpara. No había luz. Corrió a la cocina. El refrigerador no funcionaba. Fue de una habitación a otra. Todos los alimentos se estropearían. La casa era una casa muerta.

–¡Basta! – gritó en un estallido de cólera.

Revolvió las ropas de la cómoda con impaciencia hasta que las manos se encontraron con las armas.

Cruzó la sala y sacó la tranca de la puerta dejándola caer al suelo. Los de afuera lo oyeron y empezaron a aullar. ¡Ya salgo, bastardos!, gritó Neville en su mente.

Abrió la puerta de par en par y disparó contra el primero en la cara. El hombre giró en redondo y cayó desde el porche al césped, en donde dos mujeres con los vestidos rotos lo recibieron en sus brazos. Neville vio cómo los cuerpos se retorcían con las balas y oyó gritos desgarradores.

Disparó hasta agotar las balas. Luego siguió allí, en el porche, golpeándolos ciegamente con las culatas de las armas, y observando aterrorizado cómo volvían a él los mismos que había herido. Y cuando le arrebataron las pistolas, recurrió a los puños y los codos, y los alejó cabezazos y a patadas.

Sólo cuando sintió aquel intenso dolor en el hombro se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Apartando a un lado a dos mujeres, llegó hasta la puerta. El brazo de un hombre le rodeó el cuello. Neville se dobló hacia adelante haciendo saltar al hombre por encima de su cabeza.

Antes de que lo alcanzasen otra vez, cerró la puerta en seguida y atrancó.

Apoyándose contra la pared, de pie en la fría oscuridad de la casa Neville volvió a escuchar los gritos de los vampiros. Casi sin fuerzas golpeó el yeso de la pared; las lágrimas le corrían por las barbudas mejillas; la mano lastimada le dolía intensamente. Todo estaba perdido todo.

–Virginia -sollozó como un niño perdido y asustado-. Virginia. Virginia.

II - Marzo de 1976

6

La casa, al fin, era confortable otra vez.

Aún más que antes en realidad, pues después de tres días de trabajo había logrado aislar las paredes. Ahora podían gritar y aullar a su gusto. Era un descanso no tener que oír nuevamente a Ben Cortman.

Le había llevado tiempo y trabajo. En primer lugar tuvo que buscar una nueva camioneta. No había sido tarea fácil.

Había tenido que ir hasta Santa Mónica. No conocía otra casa Willys, nunca había conducido otras marcas y no era momento para experimentos.

Como no podía ir andando hasta Santa Mónica buscó otro coche por los alrededores, pero la mayor parte no funcionaban, por un motivo u otro; la batería descargada, la bomba de aceite rota, falta de gasolina, neumáticos deshinchados.

Por fin, a un kilómetro de su casa, encontró un coche en buen estado y corrió a Santa Mónica en busca de otra camioneta. Le puso una batería nueva, llenó el depósito de gasolina, cargó algunos bidones y volvió a la casa. Llegó una hora antes del anochecer.

Por suerte no habían estropeado el generador. Aparentemente, los vampiros no conocían su importancia. Neville sólo había encontrado un cable roto y las huellas de algunos garrotazos. Lo arregló en seguida, durante la mañana siguiente al ataque, evitando así que la comida se estropeara. Se alegró realmente, pues ahora que faltaba electricidad en el pueblo hubiese sido imposible conseguir alimentos congelados.

Después, había arreglado el garaje sacando restos de bombillas, fusibles, cables, repuestos de motor y una caja de semillas que había guardado allí hacía años.

La lavadora no funcionaba y la había cambiado. Pero todo esto no había sido difícil. En cambio, le había costado volver a llenar los bidones de gasolina. En esto se han superado a sí mismos, pensó con irritación mientras limpiaba el combustible derramado en el suelo.

En el interior de la casa había arreglado el yeso de la pared y, como nuevo estímulo, había cambiado el mural, dando así una apariencia distinta a la sala.

Había puesto entusiasmo en su trabajo, una vez empezado. Era algo en qué ocuparse, algo en lo qué consumir los restos de ira. De ese modo rompía la monotonía de las tareas diarias; el traslado de los cadáveres, las reparaciones del exterior, los collares de ajo.

En esos días bebía poco; trataba de no probar el whisky durante el día, y de que las copas nocturnas fueran simplemente para acompañar en los momentos de descanso y no un suicidio camuflado. Tuvo más apetito y aumentó dos kilos. Hasta durmió por las noches, profundamente, y sin pesadillas.

Durante un día o dos abrigó la idea de mudarse a un lujoso apartamento de algún

hotel, pero la abandonó al valorar todo el trabajo que sería necesario para acondicionarlo. No, ya estaba bien en su casa.

Ahora, sentado en el vestíbulo, escuchaba Júpiter, de Mozart, y pensaba sobre cómo y dónde comenzaría su investigación.

Conocía algunos detalles, pero eran sólo pequeñas señales en un terreno desconocido. Sin duda alguna, la respuesta residía en otra parte. Quizá en algún hecho familiar, no valorado debidamente y sin relación aparente con el resto.

¿Pero qué?

Recostado en la silla, con una copa en la mano derecha, observaba el mural.

Era un paisaje canadiense: bosques profundos, estáticos y misteriosos, de sombras verdes, donde reinaba el profundo silencio de la naturaleza indomable.

Neville clavó pensativamente su mirada en las sombras verdes del mural.

Aquella noche, hacía tiempo, se había desatado una tormenta de arena. El viento había sacudido la casa, colándose por las rendijas, y hasta por los poros del yeso, cubriendo los suelos y los muebles con una fina capa de polvo que reposaba sobre la cama y se metía en los ojos y bajo las uñas.

Neville había pasado media noche despierto, tratando de oír la pesada respiración de Virginia, pero sólo le llegaba el fragor de la tormenta. Durante un rato, suspendido entre el sueño y la vigilia, había llegado a sentir como si ruedas gigantescas trituraran la casa y unas terribles superficies abrasivas corroyeran su esqueleto.

No llegaba a acostumbrarse a las tormentas de arena, no soportaba aquel sonido sibilante de los torbellinos. Cuando empezaban, apenas podía dormir, y al día siguiente iba a la fábrica con un gran cansancio en el cuerpo y en la mente.

Y ahora, además, la preocupación por Virginia.

A las cuatro de la mañana se desveló y advirtió que la tormenta había cesado. El sonido del silencio le silbaba en los oídos.

Mientras se movía para acomodarse el retorcido pijama, se dio cuenta de que Virginia estaba despierta. Acostada boca arriba, miraba el cielo raso.

–¿Qué te pasa? – le preguntó somnoliento.

Virginia no contestó.

–Querida…

La mujer se volvió hacia él.

–Nada -dijo-, duerme.

–¿Cómo te encuentras?

–Igual.

–Oh.

Neville la miró un rato.

–Bueno -dijo al fin, y dándose vuelta trató de dormir.

El despertador sonó a las seis y media. Casi siempre lo apagaba Virginia, y en

algunas ocasiones Neville, estirando el brazo por encima del cuerpo inmóvil de su mujer. Virginia seguía boca arriba, mirando al techo.

–¿Qué te pasa? – preguntó Neville preocupado. Virginia lo miró y sacudió la cabeza.

–No lo sé -dijo-, no puedo dormir.

–¿Porqué?

La mujer se encogió de hombros.

–¿Te sientes débil aún? – preguntó Neville. Su mujer intentó sentarse y no pudo-. Trata de no moverte. – Neville le acercó una mano a la frente-. Parece que no tienes fiebre -le dijo.

–No me encuentro mal -dijo Virginia-. Sólo… cansada.

–Estás muy pálida.

–Ya sé. Parezco un espectro.

–No te levantes.

Virginia se había incorporado.

–No voy a morirme de ésta -dijo-. Vamos, vístete.

–No te levantes si no te sientes bien, querida. Virginia le palmeó el hombro y sonrió.

–Se me pasará pronto. Prepárate.

Neville estaba afeitándose cuando oyó los pasos de Virginia arrastrando las zapatillas. Abrió la puerta y la vio cruzar la sala muy despacio, abrigada con una bata y tambaleándose ligeramente. Neville volvió a cerrar la puerta sacudiendo la cabeza. No debería levantarse.

El polvo también cubría la palangana. Había polvo por todas partes. Neville había tenido que improvisar una carpa sobre la cama de Kathy. La lona estaba colgada de la pared, junto al cabezal de la cama, y dos maderas la sostenían en el suelo.

La arenisca había impregnado el jabón y Neville no había podido afeitarse bien. Pero ya era tarde, y no podía perder más tiempo. Se lavó la cara, cogió una toalla limpia del armario del pasillo y se secó.

Antes de volver a su habitación, miró en el cuarto de Kathy.

Dormía aún. La cabecita rubia descansaba relajada sobre la almohada. El sueño le había coloreado las mejillas. Neville pasó un dedo por la lona y le quedó gris de polvo. Sacudió la cabeza disgustado y salió del cuarto.

–Si estas condenadas tormentas de arena terminasen de una vez -dijo al entrar en la cocina, unos minutos después-. Me parece que…

Se calló. Habitualmente Virginia estaba de pie junto a la cocina, friendo unos huevos, o preparando unas tostadas, o haciendo café. Hoy estaba sentada a la mesa sin nacer nada. Sobre la cocina hervía el café, solamente.

–Querida, si no te encuentras bien, vuelve a la cama -le dijo Neville-.

Yo me ocuparé del desayuno.

–No, déjalo -dijo Virginia-. Sólo estaba descansando. Lo siento. Enseguida te prepararé unos huevos.

–Descansa -replicó Neville-. No soy un inútil. Se acercó a la nevera y la abrió.

–Me gustaría saber qué tengo -dijo Virginia-. La mitad de los vecinos tiene lo mismo y tú dices que en la fábrica está de baja la mayor parte del personal.

–Quizá se trate de algún virus.

–No sé.

–Entre las tormentas, los mosquitos y las enfermedades, la vida va haciéndose difícil -dijo Neville sirviéndose zumo de naranja de una botella-. Es algo diabólico.

En el zumo de naranja había una mota negra.

–No entiendo cómo entran en el refrigerador -comentó Neville.

–No me sirvas a mí, Bob -dijo Virginia.

–¿No quieres un poco?

–No.

–Te haría bien.

–No, gracias, querido -dijo la mujer, tratando de sonreír. Neville volvió la botella a su lugar y se sentó frente a ella con el vaso en la mano.

–¿No te duele nada? – preguntó-. ¿La cabeza? ¿O algo?

Virginia negó con un ademán.

–Si supiera qué me pasa… -dijo.

–Llama hoy mismo al doctor Busch.

–Lo haré -dijo Virginia incorporándose. Neville le acarició la mano.

–No, no, querida, no te muevas.

–Pero no hay motivo para estar así.

Parecía enfadada. Siempre había sido así desde que Neville la conocía. La enfermedad la irritaba, de algún modo le parecía como un insulto.

–Vamos -dijo Neville levantándose-. Te ayudaré a volver a la cama.

–No, estaré aquí contigo. Ya me acostaré cuando Kathy salga para la escuela.

–Bueno. ¿No necesitas nada?

–No.

–¿Un poco de café? Virginia negó con la cabeza.

–Vas a enfermar de veras si no comes.

–No tengo apetito.

Neville terminó su naranjada y se volvió para freír unos huevos. Rompió las cascaras en el borde de la sartén, y echó yemas y claras en la manteca derretida. Sacó luego el pan de un cajón y volvió a la mesa.

–Dame. Lo pondré en la tostadora -dijo Virginia-. Ocúpate tú… Oh, Dios.

–¿Qué te pasa?

La mujer sacudió débilmente una mano ante su cara.

–Un mosquito -dijo con una mueca.

Neville se acercó y aplastó al mosquito entre las palmas de las manos.

–Mosquitos -dijo Virginia-. Moscas. Moscas de arena.

–Entramos en la era de los insectos -dijo Neville.

–No me gusta -continuó Virginia. Traen pestes. Tendremos que poner también una mosquitera en la cama de Kathy.

–Sí, sí -dijo Neville volviendo a la cocina y moviendo la sartén para que los huevos no se pegaran-. Ya lo había pensado.

–No creo que ese insecticida sirva -dijo Virginia. – ¿No?

–No.

–Dios, dicen que es uno de los mejores. Neville puso los huevos en un plato.

–¿De veras no quieres café? – preguntó.

–No, gracias.

Neville se sentó y su mujer le acercó la tostada con mantequilla.

–Espero que no estemos criando una raza de superbichos -dijo Neville-.

¿Recuerdas aquellos saltamontes gigantes que encontraron en Colorado?

–Sí.

–Quizá los insectos son… ¿Cómo los llaman? Mutantes. – ¿Qué quiere decir?

–Oh, significa que… cambian. Evolucionan saltando fases intermedias, y llegan a desarrollarse como nunca lo harían si no fuese por…

Silencio.

–¿Los bombardeos? – preguntó la mujer. – Podría ser.

–Bueno, por lo menos provocan las tormentas. Y quizá otras cosas. Virginia suspiró fatigada y sacudió la cabeza.

–Y dicen que ganamos la guerra -dijo. – ¿Quién la ganó?

–Los mosquitos la ganaron.

Neville sonrió débilmente.

–Me parece que tienes razón -dijo.

Callaron un momento. Sólo se oía el tenedor de Neville en el plato y el de la taza en el platillo.

–¿Te levantaste anoche para ver a Kathy? – preguntó al fin la mujer.

–Acabo de verla ahora. Estaba dormida.

–Bueno.

Virginia miró a Neville atentamente.

–He estado pensando, Bob -dijo-. Quizás deberíamos enviarla al Este, a casa de tu madre, hasta que mejore. Puede ser contagioso.

–Quizá sí -dijo Neville, dudando-. Pero si es contagioso, en casa de mi madre no estará mejor.

–¿Estás seguro? – preguntó Virginia. Parecía preocupada. Neville se encogió de hombros.

–No sé, querida. Pienso que aquí está a salvo. Si las cosas empeoran en el barrio, dejará de ir a la escuela.

Virginia empezó a decir algo, pero en seguida se detuvo.

–Bueno -dijo. Neville miró su reloj.

–Será mejor que me vaya.

Virginia asintió con la cabeza y Neville terminó rápidamente su desayuno. Estaba a punto de tomar el café cuando Virginia le preguntó si tenían el periódico del día anterior.

–Está en la sala -dijo Neville.

–¿Algo nuevo?

–No. Lo de siempre. Ha invadido todo el país, un poco en cada lugar. No han descubierto aún de qué germen se trata.

Virginia se mordió el labio inferior.

–¿Nadie sabe nada?

–Lo dudo. Si alguien lo supiese supongo que ya lo habrían dicho.

–Pero deben tener alguna idea.

–Todos tienen ideas, pero…

–¿Qué dicen?

Neville se encogió de hombros.

–Se hacen todo tipo de comentarios, empezando por la guerra bacteriológica.

–¿Puede ser?

–¿Guerra bacteriológica?

–Sí.

–La guerra ha terminado -dijo Neville.

–Bob -dijo Virginia de pronto-. ¿Crees que debes ir al trabajo? Neville sonrió.

–¿Qué otra cosa puedo hacer? – preguntó-. Tenemos que comer.

–Ya sé, pero…

Neville, estirándose sobre la mesa, cogió la mano de su mujer. Estaba helada.

–Todo se resolverá, querida -dijo.

–¿Mando a Kathy a la escuela?

–Sí, no te preocupes. Mientras las escuelas sigan abiertas, no hay motivo para dejarla en casa. No está enferma.

–Pero los otros chicos…

–Creo que es lo mejor para ella -dijo Neville.

Virginia dejó escapar un sonido entrecortado. Luego dijo: -Bueno, si te parece…

–¿No quieres nada antes de irme? – preguntó Neville. Virginia sacudió la cabeza.

–No salgas hoy -le dijo Neville-, y acuéstate.

–Así lo haré -dijo ella-. Cuando Kathy se vaya.

Neville le apretó la mano. Afuera sonó una bocina. Neville terminó el café de un sorbo y fue al cuarto de baño a lavarse los dientes. Luego cogió la chaqueta del armario y se la puso.

–Hasta luego, querida -le dijo a Virginia besándola-. Quédate tranquila.

–Hasta luego -dijo ella-. Ten cuidado.

Neville cruzó el jardín. Sintió entre los dientes el polvo del aire. Podía olerlo y le producía picazón en la nariz.

–Buenos días -dijo cuando entró en el coche.

–Buenos días -respondió Ben Cortman.

7

"Destilado del Allium estivum, género de liliáceas en el que están comprendidos el ajo, el puerro, la cebolla, el cebollino. Es de color pálido y olor penetrante, y contiene varios sulfures. Composición: agua, 64,6%; proteínas,6.8%; grasa,0.1%;hidratos de carbono, 26.3%; fibras, 0.8%; ceniza, 1.4%".

Eso era. Neville se quedó mirando el diente de ajo, rosado y correoso, en la palma de la mano. Durante siete meses había fabricado varios cientos de collares y los había colgado fuera de la casa. Era el momento de descubrir por qué alejaba a los vampiros.

Dejó el diente en el borde del fregadero. Puerros, cebollas, cebollinos. ¿Serían tan efectivos como el ajo? Si fuera así, se sentiría realmente tonto. Había recorrido kilómetros en busca de ajos y en cambio se encontraban cebollas por todas partes.

Machacó el diente hasta conseguir una masa pulposa y olió el fluido acre en el filo de la cuchilla.

Muy bien, ¿y entonces? No había nada revelador en el pasado, excepto charlas y apuntes sobre insectos y virus.

El pasado sólo traía el dolor del recuerdo. Cada palabra que recordaba era como la punta de un cuchillo que se clavaba en la carne; una vieja herida que se abría otra vez. Debía aceptar el presente tal como era, dejando a un lado el pasado. Pero sólo el alcohol lograba borrar en ocasiones aquella profunda tristeza.

Sacudió la cabeza. Bueno, maldita sea, se dijo a sí mismo, muévete.

Miró nuevamente el texto: El agua. ¿Podía ser? No, era ridículo. Todas las cosas tenían agua. ¿Proteínas? No era eso. ¿Grasa? No. ¿Hidratos de carbono? Tampoco. ¿Fibra? No. ¿Cenizas? No. ¿Qué era entonces?

'El olor y sabor que caracterizan al ajo se deben a un aceite esencial que corresponde a un 0.2% del peso, y que consiste fundamentalmente en sulfuro de alilo y en isoticianato de alilo'.

Quizá era esta la respuesta.

'El sulfuro de alilo puede obtenerse a partir de calentar aceite de mostaza y sulfuro de potasio hasta una temperatura de cien grados'.

Neville se arrellanó en el sillón de la sala resoplando contrariado. ¿Y dónde diablos encontraré aceite de mostaza o sulfuro de potasio? ¿Y los elementos químicos?

Empezó a andar, pero se dio de narices contra el suelo.

Se levantó y se encaminó hacia el bar. Pero, mientras se servía una copa, retiró bruscamente la botella. No, no pensaba ir a ciegas hasta que la vejez o un accidente terminaran con él. Encontraría la respuesta o lo dejaría todo, incluso la vida.

Miró el reloj. Las diez y veinte de la mañana. Tenía tiempo. Fue resueltamente hasta el pasillo y consultó la guía telefónica. Había un lugar en Inglewood.

Cuatro horas más tarde levantaba la cabeza de la mesa de trabajo, con el cuello agarrotado. Miró el líquido en la aguja hipodérmica: sulfuro de alilo. Por primera vez sentía que desde el principio de su forzado aislamiento había conseguido algo.

Excitado, corrió al coche y fue más allá del área ya limpia y señalada con tiza. Era probable que algunos nuevos vampiros se hubieran ocultado allí. Pero no tenía tiempo para buscarlos.

Acercó el coche a la acera, entró en una casa y se dirigió al dormitorio. Una mujer joven yacía en la cama, con un hilo de sangre en la boca.

Neville volvió de espaldas a la mujer y le levantó el camisón para inyectarle el sulfuro de alilo. Luego la volvió otra vez y dio un paso atrás. Durante media hora se quedó allí, mirándola.

No ocurrió nada.

Nada de esto tiene sentido, argüyó mentalmente. Si cuelgo ajos alrededor de la casa, los vampiros no se acercan. Y el ajo caracteriza por ese aceite que le he inyectado. Y sin embargo no ha pasado nada. ¡Maldita sea, no ha pasado nada!

Tiró la jeringa al suelo y temblando de rabia y frustración volvió a su refugio. Antes de que empezara a oscurecer instaló un armazón de madera en el césped y colgó allí unas ristras de cebollas. Pasó la noche desvelado.

Por la mañana fue a mirar el armazón de madera.

Otro símbolo: la cruz. Tenía una dorada en la mano que brillaba a la luz de la mañana. Esto también alejaba a los vampiros.

¿Por qué? ¿Tenía que existir una respuesta lógica, algo que pudiera aceptar sin caer en la superstición?

Solo podía saberlo de un modo.

Sacó a la mujer de la cama, sin reparar en que siempre experimentaba con mujeres. No le preocupaba admitir que la observación fuese válida. Era el primer vampiro con que había tropezado, nada más. Es cierto que había un hombre en el vestíbulo, pero no iba a violar a la mujer. Aunque a veces se sorprendía a sí mismo. La conciencia de otro tiempo se había transformado en una molesta compañía.

La llevó a su casa, y durante la tarde no estuvo con ella. Estuvo en el garaje revisando la camioneta.

Por fin llegó la misericordiosa noche. Neville cerró el garaje, entró en la casa y atrancó la puerta. Luego se sirvió una copa y se sentó en el sillón, frente a la mujer.

Del techo, justo sobre su cara, pendía una cruz.

Hacia las seis y media la mujer abrió los ojos, de pronto, como el que despierta con una obligación determinada y no entra en vigilia perezosamente, sino con movimientos claros y precisos.

Tan pronto como vio la cruz, apartó los ojos, con un ronco jadeo, agitándose en la silla.

–¿Por qué le asusta? – preguntó Neville, sobresaltándose ante el sonido de su propia voz.

La mujer miró a Neville. Le brillaron los ojos y la lengua lamió los labios como si no formara parte de la boca. El cuerpo se le contraía tratando de acercarse a él. Profirió un gruñido gutural. Parece un perro cuando defiende su hueso, pensó Neville estremeciéndose.

–La cruz -preguntó nerviosamente-. ¿Por qué le tiene miedo?

La mujer trató de librarse de sus ataduras, las manos en los bordes de la silla. No hablaba, sólo respiraba jadeando.

–¡La cruz! – gritó Neville furiosamente.

Se puso de pie. El vaso cayó y se derramó sobre la alfombra. Cogió la cruz con dedos rígidos y se la acercó a la cara. La mujer apartó la cabeza con un sordo grito de horror y se retorció en la silla.

–¡Mírela! – aulló Neville.

El terror paralizaba a la mujer. La mirada extraviada se paseaba por el cuarto; ojos grandes y blancos con pupilas negras como el hollín.

Neville le tocó el hombro pero en seguida retiró la mano, ensangrentada, con los dientes marcados.

Sintió un nudo en el estómago. Rápidamente, la abofeteó hasta doblarle la cabeza.

Minutos más tarde arrojaba el cuerpo a la calle y cerraba la puerta inmediatamente. Permaneció un rato apoyado en la puerta, respirando pesadamente. A pesar del aislamiento de las paredes, los oyó aullar como chacales, disputándose los restos.

Poco después fue al cuarto de baño y se limpió las heridas con alcohol, gozando con el dolor.

8

Neville se agachó y cogió un puñado de tierra. La dejó escapar por entre los dedos, deshaciendo los negros terrones. ¿Cuántos, se preguntaba, duermen en la tierra, como dice la leyenda?

Algunos.

Entonces, ¿qué porcentaje de la leyenda era realidad?

Con los ojos cerrados, soltó lentamente la tierra oscura. ¿Existía alguna respuesta? Si por lo menos tuviera la certeza de que quienes dormían en la tierra habían regresado de la muerte, podría elaborar alguna teoría.

Pero no lo sabía. Otro problema irresoluble. Como el que se había planeado la noche anterior.

¿Cómo reaccionaría un vampiro mahometano ante la visión de una cruz?

Se sorprendió al oír su propia risa: un ronco ladrido en la mañana silenciosa. Dios mío, pensó, hace tiempo que no me río. Ya lo había olvidado. Recordaba la tos de un perro enfermo. Bueno, eso es lo que soy ahora, al fin y al cabo: un perro muy enfermo.

Había habido un principio de tormenta hacia las cuatro de la mañana, y los recuerdos volvieron a su memoria. Virginia, Kathy, aquellos horribles días.

Trató de distraerse. Era peligroso. Pensar en el pasado era terminar bebiendo.

Aunque no se explicaba por qué había elegido vivir. Probablemente, pensó, no hay un motivo concreto. Estoy demasiado aturdido para acabar con todo.

Bueno… Juntó las manos como si por fin hubiese decidido algo. ¿Qué haría ahora? Miró alrededor como si sucediera algo interesante en la calle silenciosa.

Muy bien, decidió impulsivamente, veré si el truco del agua da resultado.

Escondió una manguera en una zanja y la llevó así hasta una artesa de madera. El agua pasaba por la artesa, pasaba por otro agujero a una segunda manguera, y llegaba al subsuelo.

Cuando finalizó la tarea, entró y se dio una ducha. Luego se afeitó y se quitó la venda de la mano. La herida había cicatrizado bien. Pero esto no le quitaba el sueño. El tiempo había demostrado que estaba inmunizado.

A las seis y veinte se instaló en la sala, frente a la mirilla. Al rato se desperezaba; le dolían todos los músculos. Se sirvió un whisky.

Cuando se acercó a la mirilla, Ben Cortman ya cruzaba el césped.

–Sal, Neville -murmuró Neville, y Cortman, como si le oyese, le devolvió las mismas palabras en un grito.

Neville siguió allí, inmóvil, observando a Cortman.

En general, no había cambiado mucho de aspecto. Tenía el pelo todavía negro, seguía siendo corpulento y con el rostro pálido. Pero ahora llevaba barba y un grueso

bigote. Esta era la diferencia fundamental. Antes, cuando le esperaba para ir juntos a la fábrica, Ben estaba siempre perfectamente afeitado y olía a colonia.

Resultaba extraño verlo ahora: un Ben completamente desconocido. En otro tiempo había conversado con aquel hombre, había ido con él al trabajo, comentando los partidos de baseball o los asuntos políticos, y después de la enfermedad y de cómo estaban Virginia y Kathy, y de cómo estaba Freda Cortman, y…

Neville sacudió la cabeza. Era inútil seguir con eso. El pasado estaba tan lejos como el verdadero Cortman.

Sacudió nuevamente la cabeza. El mundo está al revés, pensó. Los muertos caminan por las calles, y no me sorprende. El retorno de los cadáveres se ha convertido en algo cotidiano. ¡Con qué rapidez se acepta lo increíble si se ve con frecuencia!

Tragó un poco de whisky y trató de pensar a quién se parecía Cortman. Durante un tiempo estuvo convencido de que Cortman le recordaba a alguien, pero no sabía a quién.

Se encogió de hombros. ¿Qué importancia tenía eso?

Dejó el vaso en el suelo y fue a la cocina para abrir el grifo del agua. Cuando volvió a vigilar por la mirilla vio a otro hombre y una mujer en el césped. Nunca hablaban entre sí. Daban vueltas y vueltas, infatigablemente, como si se tratase de lobos, sin cruzar jamás una mirada, los ojos hambrientos clavados en la casa y en la presa que había dentro.

De pronto Cortman vio el agua que corría por la artesa y se quedó mirándola. Después de un rato levantó la cara y sonrió mostrando los dientes.

Neville se quedó rígido.

Cortman saltaba de un lado al otro de la artesa. Neville sintió un nudo en la garganta. ¡Él bastardo sabía!

Caminó de prisa hasta el dormitorio y temblando cogió las pistolas del cajón de la cómoda.

Cortman estaba pisoteando los bordes de la artesa cuando la bala lo hirió en el hombro derecho.

Retrocedió trastabillando y cayó en el cemento, con las piernas hacia arriba. Neville volvió a disparar y la bala dio contra la acera a unos centímetros de su cuerpo.

Cortman se incorporó gruñendo y la tercera bala le alcanzó el pecho.

Neville, con el humo acre de la pistola aún en el ambiente, volvió a mirar. La mujer apareció entonces ante Cortman y comenzó a levantarse la falda.

Neville cerró la mirilla. No quería ver eso. Había bastado un segundo para sentir aquel dolor ardiente en su interior.

Al cabo de un rato volvió a mirar y Cortman estaba paseándose, llamándolo.

Y, bajo la luz de la luna, de pronto recordó a quién se parecía Cortman.

¡Dios mío, era como Oliver Hardy! Los dos cortos que había pasado en su proyector. Cortman era el eco muerto del gran cómico. Un poco más delgado, solamente. Hasta el bigote era igual.

Oliver Hardy cayendo de espaldas bajo el impacto de las balas. Oliver Hardy volviendo siempre a por otra ración, no importaba qué ocurriese. Agujereado por las balas, pinchado por cuchillos, aplastado por automóviles, chocando contra paredes, hundido en el mar, pasado por chimeneas. Y volviendo siempre, paciente y amoratado. Eso era Ben Cortman. Un maligno y detestable Oliver Hardy aporreado y resistente.

¡Dios mío! No podía parar de reírse. Más que ganas de reírse, era un alivio, una salida. Las lágrimas le rodaban por las mejillas. Con las sacudidas el vaso se derramó y el líquido le mojó de arriba a abajo, provocándole todavía más risa. El vaso por fin cayó a la alfombra, y Neville también, retorciéndose con espasmos de incontenible diversión. La risa incesante llenó la sala.

Más tarde fue el llanto.

Introdujo la estaca en el estómago, en el hombro. En el cuello con un solo martillazo. En los brazos y piernas, y siempre sucedía lo mismo: la carne blanca quedaba cubierta por la sangre roja.

Creía haber encontrado la solución. Había que desangrarlos: una hemorragia.

Pero luego, cuando encontró a la mujer en la casita blanca y verde, y le clavó la estaca, la disgregación fue tan rápida que tuvo que huir, y ya no pudo probar el desayuno.

Cuando se recuperó, y se atrevió a volver, sólo encontró sobre la colcha una línea de algo parecido a sal y pimienta, una línea tan larga como el cuerpo. Nunca había visto nada parecido.

Sacudido por la escena, salió despacito de la casa y se sentó en el coche durante una hora, bebiendo hasta vaciar la botella. Pero ni siquiera el alcohol podía borrar aquella impresión.

Había sido todo tan rápido… El martillazo aún le sonaba en los oídos, y ya la mujer no era más que una línea.

Recordó una charla con un negro, en la fábrica. El hombre conocía el asunto y le había hablado de mausoleos y gente metida en cajones herméticos, donde se conservaban con la misma apariencia de siempre.

–Pero deje usted entrar un poco de aire -le había dicho el negro-, y ¡bum!, se transforman en una línea de sal y pimienta. Así de fácil. – Y el negro hacía chasquear los dedos.

La mujer, pues, llevaba mucho tiempo muerta. Quizá, se le ocurrió, era uno de los vampiros originarios de la plaga. Sólo Dios sabía cuánto tiempo había escapado de la

muerte.

Neville se sintió demasiado deprimido, y ese día, y los siguientes, no hizo nada. Se quedó en casa, bebiendo y tratando de olvidar, y dejó que los cuerpos se apilaran en la hierba, y el frente sin reparar.

Durante varios días, sentado en el sillón, con el vaso en la mano, pensó en su mujer. Y no importaba la cantidad de alcohol ingerida. Seguía pensando en su mujer. Se veía a sí mismo entrando en la cripta, levantando la tapa del ataúd.

Pensó que algo se estaba destruyendo en él. Se sentía tan paralizado, tan sereno y tan frío. ¿Sólo eso quedaría de ella?

9

Por la mañana. Una soleada quietud amenizada por el canto de los pájaros. Ni un poco de brisa que moviera los pequeños capullos alrededor de las casas, los arbustos o las cercas de hojas oscuras. Una silenciosa nube de calor suspendida sobre el ambiente.

El corazón de Virginia se había parado.

Neville miraba aquel pálido rostro, y acariciaba tímidamente los dedos de su mujer. Sentado al borde de la cama, inmóvil, había quedado insensible como un bloque de carne y huesos. No parpadeaba, y respiraba tan lentamente que parecía muerto.

Algo le había pasado a su mente.

Desde el instante en que había dejado de latir el corazón de Virginia sintió la cabeza como si fuera de piedra. La calcificación había comenzado por el cerebro, interesando luego a su alrededor. Lentamente, con los miembros aflojados, se había hundido en la cama. Y ahora no entendía cómo aguantaba sentado allí, cómo la desesperación no lo arrojaba al suelo. Pero no podía quedarse postrado. Unas tenazas sujetaban el tiempo. Todo se había parado. La vida y el mundo había hecho un alto, junto con Virginia.

Pasaron así treinta minutos, después cuarenta.

Luego, poco a poco, como si estuviese haciendo un descubrimiento, sintió que el cuerpo le temblaba. No era un temblor localizado, un nervio aquí, un músculo allá. Temblaba todo el cuerpo, convulsivamente, como un saco de nervios imposible de dominar. Y su mente, lo que se había salvado de su mente, supo que ésta era su reacción.

Siguió así durante más de una hora, con la mirada fija en el rostro de Virginia.

Luego, de pronto, algo le sacudió el pecho, y aquello terminó. Neville se levantó de la cama y salió de la habitación.

Al servirse el whisky derramó la mitad en el fregadero. Bebió el resto de un trago. Se apoyó contra la pared. Volvió a llenar el vaso con manos temblorosas y bebió compulsivamente.

Es sólo un sueño, se dijo. Fue como si una voz pronunciara las palabras en su interior.

–Virginia…

Volvió la cabeza a ambos lados. Sus ojos examinaban la cocina como si tuviera que descubrir algo, como si buscase la salida en aquella casa de horror.

Apretó las temblorosas manos una contra otra. Las formas bailaban ante sus ojos. Sintió que una náusea le subía por la garganta y apartó las manos con fuerza.

–Virginia.

Dio un paso adelante y trastabilló. Se le escapó un grito. Sintió un fuerte dolor en la rodilla derecha, y luego se le extendió a toda la pierna. Se arrastró tambaleándose hasta la sala. Se quedó allí como un superviviente de un terremoto, con los ojos clavados en la puerta de la alcoba, volviendo a presenciar aquella escena.

El incendio con sus feroces llamas rojas y amarillas, y la densa columna de humo que subía hacia el cielo. El cuerpo de Kathy en sus brazos. Y un hombre que, acercándose, le arrebataba a Kathy y se la llevaba como si fuese un muñeco de trapo. Y él allí, de pie, soportando aquellos golpes de horror.

De pronto había saltado hacia adelante con un grito ronco: -¡Kathy!

Unos brazos lo sujetaron, unos hombres con máscaras y delantal. Se lo llevaron a rastras; sus pies dejaron las huellas en la arena.

Luego sintió aquel dolor en la mandíbula, y la oscuridad de las nubes nocturnas anularon el día. El licor que le bajaba por la garganta, la tos, el jadeo, y luego el coche de Ben Cortman, y él sentado al volante, rígidamente, mientras se alejaban. La intensa humareda cubría el cielo como el negro fantasma de la desesperación terrestre.

Recordó y cerró los ojos.

–No.

No permitiría que echaran allí a Virginia. No, aunque le costase la vida.

Llegó a la puerta y salió al porche. Cruzó el césped seco y amarillento y caminó en dirección a la casa de Ben Cortman. El resplandor del sol le cegaba. Caminaba con los brazos colgando a lo largo del cuerpo.

El timbre tocaba Qué seco estoy. Neville sintió deseos de romperlo. Se acordó de que Ben había instalado las campanillas pensando que sería gracioso.

Esperó rígido ante la puerta, sintiendo aún el pulso en la cabeza. No importa lo que diga la ley, no importa que negarme signifique morir, ¡no la echaré allí!

Golpeó la puerta con el puño.

–¡Ben!

Silencio. Las cortinas blancas colgaban inmóviles en las ventanas del frente. Se podía ver el sofá rojo y la lámpara de pie con su pantalla de flecos.

Neville parpadeó. ¿Qué día era? Lo había olvidado, había perdido la noción del tiempo.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho. Una furia de impaciencia le invadía el cuerpo.

–¡Ben!

Golpeó la puerta de nuevo con los nudillos. Maldita sea, ¿dónde se ha metido Ben? Apretó el timbre con el dedo muy tieso y las campanillas volvieron a tocar la canción, repetidamente: "Qué seco estoy, qué seco estoy, qué seco estoy…"

Jadeando empujó con fuerza la puerta, que se abrió de par en par. Estaba sin la llave echada. Neville entró en el vestíbulo silencioso.

–Ben -exclamó-. Ben, necesito tu coche.

Él y su mujer estaban en el dormitorio, acostados en las camas gemelas, silenciosos e inmóviles en su estado de coma diurno. Ben, en pijama; Freda, en camisón de seda.

Se quedó un momento mirándolos. En el cuello blanco de Freda había algunas heridas, con unas costras de sangre. Neville miró a Ben. No mostraba heridas. Oyó una voz interior que decía: ojalá despertase de esta pesadilla.

Sacudió la cabeza. No, no era posible despertar.

Encontró las llaves del coche en el escritorio. Las cogió y abandonó la silenciosa casa. Sería la última vez que los veía muertos.

El motor roncó pesadamente, y Neville lo dejó calentar algunos minutos mientras esperaba sentado al volante con los ojos fijos en el polvoriento parabrisas. Una mosca de cuerpo redondo volaba alrededor de su cabeza en el cálido y cerrado interior del coche. Neville miró la tapicería, de color verde, sintiendo en el cuerpo los temblores del motor.

Al fin puso el coche en marcha y salió a la calle.

La casa estaba fresca y en silencio. Neville pisó suavemente la alfombra, y luego sus pasos resonaron en la sala.

Se detuvo en el umbral y contempló a Virginia. Estaba tumbada de espaldas, con las manos tendidas a los costados, los dedos blancos ligeramente cerrados. Parecía dormir.

Neville volvió a la sala. ¿Qué podía hacer? Una cosa u otra. Todo era igual. De cualquier modo, la vida dejaba de tener sentido.

Se detuvo ante la ventana con los ojos perdidos en la calle inundada de sol.

¿Para qué fui a buscar el coche, entonces?, se preguntó. No puedo quemarla. No quiero. ¿Y qué otra cosa es posible? No hay servicios fúnebres. Todos, sin excepción, deben ser llevados a los fuegos en seguida. No había otro sistema, a primera vista, de evitar el contagio. Sólo las llamas podían destruir las bacterias.

Neville lo sabía. Sabía que así era la ley. ¿Pero cuántos la cumplían? ¿Cuántos maridos arrojaban allí a sus mujeres? ¿Cuántos padres incineraban a sus hijos? ¿Cuántos hijos mandaban a sus padres a aquella inmensa hoguera?

No, aunque no existiera nada más no quemaría a su mujer. Pasó una hora, y Neville se decidió al fin.

Buscó aguja e hilo.

Cosió la manta hasta que sólo dejó asomar el rostro de Virginia. Luego, con dedos temblorosos y un nudo en el estómago, cosió la manta sobre la boca. Sobre la nariz y sobre los ojos.

Luego fue a la cocina y tomó otro trago de whisky.

Volvió al dormitorio tambaleándose. Durante un buen rato se quedó allí

respirando pesadamente. Luego se inclinó y la cogió en brazos.

–Vamos, nena -murmuró.

Las palabras parecieron aflojarlo todo. Sintió que temblaba, y que las lágrimas le bajaban lentamente por las mejillas. Atravesó la sala con el cuerpo en los brazos y salió a la calle.

La colocó en el asiento de atrás y subió al coche. Suspiró profundamente y buscó la llave del arranque.

El coche corrió unos metros marcha atrás y se detuvo. Neville bajó y fue al garaje para buscar una pala.

Sintió que las fuerzas le abandonaban. Cruzaba la calle lentamente. Neville dejó la pala en la parte trasera y entró en el coche.

–¡Espere!

Fue un grito seco. El hombre empezó a correr, pero se detuvo en seguida, jadeando.

Neville esperó en silencio hasta que el hombre estuvo cerca. – ¿Podría usted… llevar… a mi madre? – dijo el hombre.

–Yo… yo…

La mente de Neville estaba bloqueada. Pensó que rompería a llorar de nuevo, pero se contuvo, enderezándose.

–No voy a… allá -dijo.

El hombre lo miró sin entender.

–Pero su…

–¡No voy al fuego, he dicho! – estalló Neville, y giró la llave de contacto.

–Pero su mujer -dijo el hombre-. Su esposa ha…

Neville pisó el embrague.

–Por favor… -suplicó el hombre.

–¡No voy allá! – contestó Neville sin mirarlo.

–¡Pero es la ley! – gritó el hombre, furioso.

El coche retrocedió rápidamente y Neville dobló hacia el bulevar Compton. Mientras se alejaba vio al hombre de pie en la acera. No, no voy a arrojar a Virginia al fuego, se dijo mentalmente.

Las calles habían quedado desiertas. Dobló a la izquierda y se encaminó hacia el este. No podía ir a los cementerios porque estaban cerrados y vigilados. Los hombres que habían intentado enterrar a sus familiares habían muerto a tiros.

Dobló a la derecha en la calle siguiente, y luego de nuevo a la derecha, entrando en una calle tranquila que bordeaba un baldío. A los cincuenta metros detuvo el motor y dejó que el coche siguiera en silencio el resto del trayecto.

Nadie lo vio descargar el bulto y entrar con él en el terreno cubierto de matorrales. Tampoco lo vio nadie cuando depositaba el cuerpo en el suelo y se

inclinaba, desapareciendo entre las hierbas.

Cavó lentamente, clavando la pala en la tierra blanda. El sol brillante calentaba el pequeño claro y el aire era tibio. El sudor le corría en líneas por la cara. Sintió el olor húmedo y penetrante de la tierra removida.

Por fin terminó la fosa. Dejó la pala a un lado y se arrodilló. Había temido tanto este momento.

Pero no podía perder más tiempo. Si lo descubrían, averiguarían lo que hacía. No importaba la muerte, pero no estaba dispuesto a que la quemaran. Apretó las mandíbulas. No.

Suavemente, la metió en la fosa, cuidando que la cabeza no diera contra el suelo.

Se puso en pie y miró un rato el cuerpo envuelto en la manta. Por última vez, pensó. Se acabó la charla, no más amor. Once maravillosos años enterrados en un agujero. Comenzó a temblar. No, se dijo a sí mismo, no queda tiempo para eso.

Unas lágrimas interminables empañaron el mundo y Neville echó la tierra cálida sobre el cuerpo inmóvil.

Vestido y tumbado en la cama miraba el cielo raso. Estaba medio borracho y en la oscuridad brillaban las luciérnagas.

Extendió el brazo derecho sin mirar. La mano tropezó con la botella y los dedos reaccionaron demasiado tarde. Siguió tumbado en la oscuridad de la noche escuchando cómo el whisky salía a borbotones de la botella y se derramaba por el suelo.

Volvió la cabeza sobre la almohada y miró la hora. Eran las dos de la mañana. Habían pasado dos días desde que la enterró. Dos ojos que miraban el reloj, dos oídos que escuchaban el zumbido eléctrico, dos labios apretados, dos manos sobre la cama.

Sacudió la cabeza para aclararse, pero el mundo entero parecía organizarse de pronto en un sistema de pares: dos personas muertas, dos ventanas, dos escritorios, dos alfombras, dos corazones que…

Aspiró profundamente el aire nocturno, lo retuvo unos instantes, y luego lo expiró relajando el cuerpo. Dos días, dos manos, dos ojos, dos piernas, dos pies…

Bajó las piernas de la cama y se quedó sentado. Se metió de pies en el charco de whisky y sintió que se le empapaban los calcetines. Un viento frío frío golpeaba los cristales.

En medio de la oscuridad se preguntó a sí mismo: ¿Qué me queda al fin y al cabo?

Se incorporó cansadamente y entró a trompicones en el cuarto de baño, dejando huellas húmedas. Se lavó la cara y buscó una toalla.

¿Qué me queda? ¿Qué…?

Se enderezó rígidamente en la fría oscuridad. Alguien estaba abriendo la puerta de calle.

Sintió un escalofrío que le corría por la espalda. Es Ben, se dijo. Viene a por las llaves del coche.

La toalla le cayó al suelo. Unos nudillos golpearon la puerta, débilmente, como si estuvieran tocando la madera.

Neville se dirigió lentamente hacia la sala, el corazón le golpeó el pecho.

A continuación un débil puño golpeó la puerta. ¿Qué pasa?, pensó Neville. No está echada la llave. Por la ventana abierta entraba un aire helado.

–¿Quién…? – preguntó incapaz de abrir.

Trastabilló, dio un paso atrás, se volvió y se apoyó de espaldas en la puerta, respirando jadeante.

No ocurrió nada. Neville se contuvo.

En seguida sintió que se ahogaba. Alguien se movía afuera, murmurando. Neville cruzó los brazos sobre el pecho y luego, de pronto, abrió la puerta de un tirón y los rayos de la luna iluminaron el umbral.

Ni siquiera gritó. Se quedó allí, clavado en el suelo, mirándola inexpresivamente.

–Rob…ert -dijo Virginia.

10

El departamento de ciencias estaba en el segundo piso. Los pasos de Neville sonaron a hueco en los escalones de mármol de la Biblioteca Pública de Los Angeles. Era el 7 de abril de 1976.

Se le había ocurrido, después de pasar varios días sumido en borracheras, disgustos e investigaciones inconcretas, que estaba perdiendo el tiempo. Era indudable que los experimentos aislados no llevaban a ninguna parte. Si había alguna solución racional al problema (y debía creer que sí) no la encontraría de ese modo.

En su nuevo y ordenado programa había decidido estudiar la sangre. El primer paso era, pues, buscar algunos libros sobre el tema.

En la biblioteca, el silencio era total. Afuera se oía a veces el canto de los pájaros, y aun cuando éstos callasen parecía seguir oyéndose alguna especie de canto. Era inexplicable, pero el silencio parecía más fúnebre dentro que fuera.

Especialmente aquí, en este enorme edificio de piedra gris que albergaba toda la literatura de un mundo muerto. Quizá, pensó, estoy rodeado meramente por muros psicológicos. Pero esto no era gran cosa. No había psiquiatras para tratar neurosis sin fundamento y alucinaciones auditivas. El último hombre del mundo estaba absolutamente encerrado en sus ilusiones.

Neville entró en el departamento de ciencias.

Era un cuarto de techo alto, con amplios ventanales. Cerca de la puerta se alzaba el escritorio donde en otro tiempo quedaban registrados los libros.

Neville se detuvo allí un momento, paseando la mirada por la silenciosa sala, sacudiendo lentamente la cabeza. Muchos libros, pensó: testimonio de la inteligencia de un planeta, migajas de mentes fútiles, mezcla de sistemas inútiles para impedir la muerte del hombre.

Se acercó a las estanterías de la izquierda y sus zapatos golpearon las oscuras baldosas. Miró las tarjetas que clasificaban los libros de los estantes. Astronomía, leyó, libros sobre el cielo. Pasó de largo. No le interesaba ya el cielo. Aquella antigua curiosidad había muerto junto con otras. Física, Química, Ingeniería. Siguió adelante y entró en la sección que ocupaba su interés.

Se detuvo y alzó los ojos. En el techo había dos hileras de luces apagadas, y el cielo raso estaba dividido en grandes cuadrados profundos, decorados con mosaicos indúes, al parecer. La luz del día entraba por las ventanas polvorientas, y unas motas grises quedaban suspendidas en los rayos de sol.

Observó las largas mesas de madera y las hileras de sillas. Todo estaba en su sitio. El último día, pensó, alguna bibliotecaria solterona había recorrido la sala colocando las sillas en el lugar correspondiente, con una laboriosa precisión.

Se imaginó a la mujer que había muerto solitaria para volver, quizá, condenada a

terribles vagabundeos, y sacudió la cabeza. Basta, se dijo, no hay tiempo para divagaciones románticas.

Pasó ante otros libros hasta que llegó a Medicina. Está era la sección que le interesaba. Miró los títulos y encontró libros sobre higiene, fisiología (general y especial), terapéutica. Un poco más allá, bacteriología.

Sacó cinco obras de fisiología general y varios libros que trataban temas relacionados con la sangre y los dejó sobre una mesa. ¿Le interesaban también algunos textos sobre la bacteriología? Durante un rato miró indeciso los títulos.

Al fin se encogió de hombros. Bueno, ¿en qué se diferenciaban? Sacó varias obras al azar y las añadió al montón. Tenía nueve libros, suficientes para empezar. Podía volver en cualquier momento. Cuando salía de la sala miró el reloj sobre la puerta. Las manecillas rojas se habían parado a las siete y veinticinco. Neville se preguntó qué día se habrían detenido. Dios mío, ¿qué importancia tiene ahora todo esto? se dijo con desprecio. Aquella nostálgica preocupación por el pasado cada vez le irritaba más. Era una debilidad, lo sabía, una debilidad que no debía permitirse. Sin embargo, de cuando en cuando, se sorprendía meditando ampliamente sobre algún aspecto del pasado reciente.

Desde dentro tampoco pudo abrir las puertas grandes. Estaban bien cerradas con llave. Tuvo que salir por la ventana rota, dejando caer los libros en la acera, uno a uno. Llevó luego los libros al coche.

Mientras ponía en marcha el motor vio que había aparcado en un lugar prohibido, junto a una acera pintada de rojo. Miró arriba y abajo de la calle.

–¡Policía! – se descubrió gritando-. ¡Eh, policía!

Se rió durante un kilómetro, sorprendido de que aquello le pareciera tan divertido.

Dejó el libro. Había estado releyendo los temas referentes al sistema linfático. Recordó vagamente haberlos leído meses atrás, durante el tiempo que ahora calificaba de 'período congelado'. Pero aquella lectura, sin aplicación posible, no le había interesado suficientemente.

Ahora podía encontrar algo en esas páginas.

Las delgadas paredes de los capilares permitían que el plasma sanguíneo penetrara en los tejidos junto con los glóbulos rojos y blancos. Estos elementos retornaban eventualmente al sistema circulatorio a través de los vasos linfáticos, llevados por el claro líquido llamado linfa.

Durante el camino de vuelta, la linfa atravesaba nódulos linfáticos que interrumpían el paso de la corriente y filtraban las partículas de desecho, evitando que pasaran al caudal sanguíneo.

Bien.

Había dos cosas que activaban el sistema linfático: 1º, la respiración: el diafragma comprimía el abdomen, haciendo subir la sangre y la linfa; 2º, el movimiento físico:

los músculos comprimían los vasos linfáticos, haciendo circular la linfa. Un complejo sistema de válvulas impedía el retroceso de la corriente.

Pero los vampiros no respiraban; por lo menos los muertos. Eso podía significar que la mitad de la corriente linfática había quedado interrumpida. Y algo más: que una cantidad importante de productos de desecho no quedaban liberados en el sistema linfático del vampiro.

A Neville le venía a la memoria el olor fétido de aquellos seres. Siguió leyendo.

"Las bacterias pasan a la corriente sanguínea, donde… los glóbulos blancos desempeñan un papel importante en la defensa contra las bacterias… La luz solar mata muchos gérmenes y… algunas enfermedades humanas pueden ser transmitidas por moscas, mosquitos… Y allí, estimulados por el ataque de las bacterias, los productores de fagocitos introducen nuevos corpúsculos en la corriente sanguínea…".

Neville dejó el libro sobre sus rodillas. Le resbaló por las piernas y cayó en la alfombra.

Siempre parecía existir relación entre las bacterias y las enfermedades de la sangre. Sin embargo, aún se burlaba de los que habían muerto denunciando los gérmenes y rechazando a los vampiros.

Se levantó para prepararse una copa. Pero, de pie ante el bar, se quedó mirando fijamente la pared, mientras golpeaba con el puño la tabla del bar, lenta y rítmicamente.

Gérmenes.

Hizo una mueca. Bueno, en nombre de Dios, se dijo desanimado, el peligro no reside en las palabras.

Respiró hondo. Bien, se dirigió a sí mismo, ¿hay algo que se oponga a los gérmenes?

Se alejó del bar como si dejara el problema allí. Fue a la cocina y se sentó mirando la cafetera humeante. Gérmenes. Bacterias. Virus, Vampiros. ¿Por qué me niego? pensó. ¿Es sólo una terquedad reaccionaria, o quizás es que la tarea excede mis límites?

No sabría decirlo. Podría intentar un nuevo camino: el del compromiso. Una teoría no era necesariamente contraria a la otra.

Las bacterias podían explicar la existencia de los vampiros. Y de pronto todo pareció aclararse.

Era como si se tratara de aquel niño holandés que tapando con el dedo el agujero del dique, impide que entre el mar de la razón. Allí se había quedado, en cuclillas, y satisfecho. Ahora se había incorporado, destapando el agujero. Y un mar de respuestas entraba en él.

La plaga se había extendido tan aprisa que se preguntaba si hubiese sido posible con la sola acción de los vampiros.

Se sintió hundido por la evidencia de la respuesta. Sólo las bacterias podían explicar la progresiva rapidez de la plaga, el aumento geométrico de las víctimas.

Apartó la taza de café, tenía el cerebro ocupado en una docena de ideas diferentes.

Las moscas y mosquitos también eran responsables. Extendiendo la enfermedad y haciéndola correr por el mundo.

Sí, las bacterias podían ser la explicación de muchas cosas: el encierro durante el día y el estado de coma provocado por los gérmenes para protegerse de la luz del sol.

Y se le había ocurrido una nueva idea: las bacterias podían ser la fuerza misma del vampiro.

Sintió que un escalofrío le recorría la espalda. ¿Era posible que el mismo germen que mataba a los vivos animara a los muertos?

Era imprescindible averiguarlo. Dio un salto y salió corriendo de la sala. Cuando estaba a punto de abrir la puerta se detuvo bruscamente, con una risa nerviosa. Dios mío, pensó, ¿me estoy volviendo loco? Ya es de noche.

Sonrió conformándose y se paseó por la sala. Quizá la teoría no lo explicase todo. ¿Qué pasaba con las estacas? Trató de situarlas en un cuadro general infeccioso, pero sólo podían guardar relación con las hemorragias, y eso no explicaba el caso de aquella mujer. Y seguro que no era el corazón.

Parecía que su nueva teoría empezaba a tambalearse. Las bacterias no podían explicar tampoco el efecto de las cruces. El suelo. No, no había nada allí. El agua corriente, el espejo, los ajos…

Neville sintió que no podía dominar sus nervios y deseó gritar y frenar aquellas ideas desorbitadas. ¡Tenía que descubrir algo! ¡Maldita sea!, exclamó mentalmente. ¡Lo descubriré!

Se sentó, tembloroso y tenso, tratando de dejar en blanco la mente. Señor, pensó al fin, ¿qué me sucede? Tengo una idea, no puedo explicarlo todo en un minuto, y si tardo más de un minuto en explicármelo todo siento pánico. ¿Estaré volviéndome loco?

Tomó el vaso; ahora lo necesitaba. Alzó la mano hasta que el temblor cedió. Bueno, muchacho, cálmate. Santa Claus vendrá esta noche a traerte todas las respuestas. Ya no serás un solitario Robinson Crusoe en una isla desierta, rodeado por un océano de muerte.

Se rió de la idea y se calmó un poco. Me ha salido una frase genial, pensó. El último hombre en el mundo es Edgard Guest.

Bueno, dijo, ahora te vas a la cama. No vas a pensar en veinte cosas distintas. No puedes seguir así. Eres un desastre emocional.

Lo primero es conseguir un microscopio. Lo primero, repitió mientras se quitaba la ropa, ignorando aquel nudo en el estómago, el deseo de sumergirse sin más

preámbulos en la investigación.

No se sentía bien, acostado allí en la oscuridad y madurando una sola idea. Sabía que debía ser así. Un primer paso, maldita sea, un primer paso.

Sonrió con una mueca, en la oscuridad, consolándose con la idea de un trabajo bien definido.

Sin embargo, antes de dormir se permitió una nueva reflexión. Las picaduras, los insectos, la transmisión de hombre a hombre… ¿era eso suficiente para explicar la terrible rapidez con que se extendía la plaga?

Se durmió con el interrogante en la mente. Y a eso de las tres de la mañana despertó sintiendo que otra tormenta de arena caía sobre la ciudad. Y de pronto, en un segundo, encontró la relación.

11

El primero que encontró no servía.

Cualquier vibración perturbaba la imagen. Estaba desajustado. El espejo, de pivotes flojos, se desequilibraba fácilmente. Además, el microscopio carecía de condensadores y polarizadores. Tenía un solo portaobjetivo, y cada vez que quería variar los aumentos debía cambiar la lente.

Pero era previsible. No sabía nada de microscopios, y se había llevado a la casa el primero que había encontrado. Tres días más tarde lo lanzaba contra la pared y lo hacía pedazos.

Luego, más tranquilo, fue a la biblioteca y buscó documentación sobre microscopios.

La próxima vez no se lo llevó hasta asegurarse de que era un buen instrumento: tres portaobjetivos, condensador y polarizador, buena base, movimientos precisos, diafragma, buenas lentes. Una muestra más, se dijo a sí mismo, de la estupidez de trabajar atolondrado. Sí, sí, repitió del mal humor.

Se obligó a pasar varias horas estudiando el instrumento.

Trabajó con el espejo hasta conseguir dirigir un rayo de la luz sobre el objeto deseado en pocos segundos. Se familiarizó con las lentes, desde la de tres pulgadas a la de un doceavo de pulgada. Rompió trece platinas hasta que aprendió a colocar una gota de aceite de cedro en cada una y bajar luego la lente suavemente hasta tocar la gota.

Después de tres días de plena dedicación, aprendió a manipular los estriados tornillos de ajuste, a gobernar el diafragma y los condensadores e iluminar la platina con precisión. Pronto obtuvo así imágenes definidas y claras.

Luego chocó con el problema más arduo. A pesar de sus esfuerzos no podía evitar la presencia de alguna partícula de polvo. Por lo que a veces le parecía estar estudiando rocas.

Resolver esto era especialmente difícil, pues casi cada cuatro días estallaba una tormenta de arena. Finalmente instaló unos protectores de tul.

Aprendió a trabajar con método. Descubrió que el desorden (y el tiempo que empleaba en buscar las cosas) hacía que el polvo se acumulara en las platinas. Sin proponérselo, casi jugando, pronto destinó un lugar para cada cosa: platinas, placas, probetas, pinzas, platillos, agujas, productos químicos.

Descubrió, sorprendido, que el orden le producía un verdadero placer. La herencia del viejo Fritz, al fin y al cabo, se justificó, sonriendo.

Luego consiguió una muestra de sangre.

Dedicó varios días a preparar unas gotas y ponerlas en la platina. Durante un tiempo no confiaba en que lo lograria.

Pero al fin una mañana, por casualidad, como si fuese un asunto sin importancia, puso su trigésima séptima muestra de sangre bajo las lentes, concentró la luz, ajustó los espejos, y luego el diafragma y el condensador. Cada segundo parecía aumentar el ritmo de sus latidos, pues, de algún modo, intuía que ésta vez sí.

El momento llegó. Contuvo el aliento.

Allí, moviéndose delicadamente en la platina, había un germen.

Te nombro vampiríis. Las palabras se le ocurrieron mientras miraba por la lente ocular.

Consultó un texto de bacteriología y descubrió que una bacteria cilindrica era un bacilo, una varita protoplasmática que se movía en la sangre por medio de unos hilitos, proyecciones de la membrana celular. Estos flagelos agitaban vigorosamente el líquido ambiente y movían el bacilo.

Durante un rato permaneció mirando el microscopio, incapaz de pensar o seguir adelante.

Fuera lo que fuese lo que estaba allí, en la platina, era el origen del vampiro. Todos los siglos de superstición se desvanecían en aquel instante.

Los científicos tenían razón entonces; se trataba de bacterias. Le había tocado a él, Robert Neville, de treinta y seis años, superviviente, completar la encuesta y descubrir al asesino: un germen dentro del vampiro.

De pronto, una honda depresión le embargó. Allí estaba ahora la respuesta, pero era demasiado tarde. Trató ansiosamente de animarse a la vista de los resultados, pero no pudo. No sabía por dónde empezar. El problema parecía irresoluble. ¿Cómo podría curar a los que todavía vivían? No sabía nada sobre bacterias.

Bueno, ¡sabré!, prometió interiormente. Y se obligó a estudiar.

Algunas especies de bacilos, cuando las condiciones de vida se vuelven desfavorables, son capaces de crear en ellos mismos unos cuerpos llamados esporas.

Así, condensan los contenidos celulares en un cuerpo de forma oval y gruesas paredes. El cuerpo se separa luego del bacilo y la espora queda libre, y es resistente a los cambios químicos y físicos.

Más tarde, cuando las condiciones de vida mejoran, la espora germina, conservando todas las cualidades del bacilo original.

Neville, de pie, con los ojos cerrados, se agarraba con fuerza a los bordes del vertedero. Encontraría algo allí, se dijo a sí mismo, algo. ¿Pero qué?

Supongamos, continuó, que el vampiro no consiga sangre. Las condiciones estarían en contra el bacilo vampiríis.

Pero para protegerse a sí mismo, el bacilo crea la espora, poniendo en coma al vampiro. Luego, cuando las condiciones ambientes cambian, el vampiro se reanima.

¿Pero cómo puede saber el germen en dónde hay sangre? Neville dio un puñetazo en el vertedero. Releyó el capítulo. Había algo allí. Lo presentía.

Cuando las bacterias no se alimentan adecuadamente, su metabolismo se altera y producen bacteriófagos (proteínas inanimadas, autorreproductoras). Estos bacteriófagos destruyen las bacterias.

Cuando no hay sangre, el metabolismo será anormal, los bacilos absorberán agua y reventarán al fin destruyendo las células.

Otra vez aparecían las esporas. Había que incluirlas en el cuadro.

Bueno, suponiendo que el vampiro no entre en coma y suponiendo que su cuerpo se corrompa sin sangre, el germen puede crear aún sus esporas y… ¡Claro! ¡Las tormentas de arena!

Las esporas libres eran transportadas por las tormentas. El polvo lastimaba la piel, y las esporas se alojaban en esas pequeñas heridas. Una vez dentro, la espora podía germinar y multiplicarse por fisión, destruyendo los tejidos. El bacilo liberaba así los cuerpos descompuestos, venenosos, en tejidos sanos. Los venenos alcanzaban eventualmente la corriente sanguínea.

El proceso quedaba completado.

Y todo sin vampiros de ojos inyectados en sangre, inclinados sobre hermosas heroínas dormidas. Todo sin murciélagos que revolotean detrás de los cristales.

El vampiro era un ser real. Pero nadie había averiguado su verdadera historia. Neville recordó entonces algunas plagas.

La caída de Atenas fue similar a la plaga de 1975. Antes que pudieran reaccionar, la ciudad ya había caído. Los historiadores hablaban de la peste bubónica. Neville, sin embargo, creía que el culpable era el vampiro.

No, no precisamente el vampiro. Desde ahora, aquel espectro asesino sería sobre todo una herramienta del germen; su papel sería el del villano de la historia. El germen que había propagado su azote mientras la gente huía aterrorizada.

¿Y la peste negra, aquel mal espantoso que barrió Europa, destruyendo casi tres cuartos de la población?

¿Vampiros también?

Cuando eran las diez de la noche, a Neville le dolía la cabeza y sentía los ojos hinchados como globos. Se dio cuenta de que tenía hambre. Sacó carne de la nevera, la dejó en el horno y tomó una ducha.

Se sobresaltó al oír un golpe en un costado de la casa.

En seguida sonrió cansadamente. Había estado tan abstraído durante todo el día, que había olvidado la manada.

Mientras se secaba, trató de recordar. No distinguía, entre los vampiros de la calle, los vivos de los activados por los gérmenes. Extraño, pensó. Debía de haber alguna diferencia entre las dos clases, pues sus disparos sólo destruían a algunos, dejando incólumes a otros. Los muertos, presumiblemente, podían resistir las balas.

Y se le ocurrían otros problemas. ¿Por qué venían los vivos? ¿Y por qué sólo

unos cuantos y no todos los del barrio?

Neville tomó un vaso de vino con la carne y le sorprendió el buen sabor de todo. La comida habitual le sabía a madera. El trabajo me ha abierto el apetito, pensó.

Además, no estaba interesado en el whisky. Sacudió la cabeza. Era dolorosamente obvio qué buscaba en la bebida.

De la carne sólo dejó los huesos. Luego fue a la sala con el resto del vino, hizo sonar unos discos en el tocadiscos y se arrellanó en el sillón.

Se quedó allí escuchando las suites primera y segunda de Daphnis y Cleo, de Ravel, con las luces apagadas excepto las lámparas de la pared. Durante un rato se olvidó totalmente de los vampiros.

12

Al día siguiente todo se estancó.

La lámpara solar destruía los gérmenes de la platina, pero eso no explicaba gran cosa.

Neville hizo una mezcla de sulfuro de alilo con sangre contagiada y no ocurrió nada. El sulfuro fue absorbido por la sangre, y los gérmenes continuaron viviendo.

Se paseó inquieto por el dormitorio.

El ajo los alejaba, y la sangre era imprescindible para su existencia. Sin embargo, si se mezclaban estos dos elementos, nada ocurría. Neville apretó con furia los puños.

Un momento…, se dijo. Esa sangre era de un vampiro vivo.

Una hora más tarde trabajaba con otra muestra. La mezcló con sulfuro de elilo y miró atento por el microscopio. Nada.

El almuerzo se le atragantó.

¿Y las estacas, entonces? Las hemorragias, al parecer, no eran lo más importante. Aquella maldita mujer…

Pasó media tarde tratando de concentrarse en algo. Al fin, de un golpe tiró el microscopio y se dirigió a tropezones hacia la sala. Se arrojó en el sillón y se quedó allí, tamborileando con los dedos impacientemente.

Felicidades, Neville, eres imposible, dijo mordiéndose los nudillos. Afrontemos el problema, pensó, consecuentemente. Perdí la cabeza hace mucho tiempo. No puedo pensar más de dos días seguidos sin aturdirme. Soy un inútil, un estúpido, un guiñapo.

Bien, decidió encogiéndose de hombros. Volveré al problema.

Hay hechos indiscutibles. Hay un germen, contagioso, al que la luz solar lo mata; el ajo es un arma contundente. Algunos vampiros duermen en la tierra; las estacas clavadas en el corazón los destruyen. No se transforman en lobos o murciélagos, pero el contagio puede salpicar a ciertos animales, que se convierten también en vampiros.

De acuerdo.

Hizo una lista. Una columna empezaba con la palabra Bacilos; la otra, con signo de interrogación.

Comenzó.

La cruz. No, eso no podía guardar relación alguna con los bacilos. Era quizá algo psicológico.

La tierra. ¿Habría alguna sustancia en el suelo que afectaba a los gérmenes? No. ¿Cómo llegaba la tierra hasta el caudal sanguíneo? Además, sólo eran una minoría los que dormían en la tierra.

El agua. Podía ser absorbida por los poros y… No, eso era absurdo. Los vampiros salían también con lluvia. Otro concepto para la columna del interrogante. Neville

escribió con el pulso tembloroso.

El sol. Trató vanamente de alegrarse al poder incluirlo en la columna de la izquierda.

La estaca. No. Tragó saliva. Atención.

El espejo. En nombre de Dios, ¿cómo podía guardar relación un espejo con los gérmenes? La apresurada escritura en la columna de la derecha era ininteligible.

El ajo. Neville se detuvo, castañeando los dientes. Tenía que añadir más conceptos a la columna de los bacilos. Era casi una cuestión de honor. El ajo, el ajo. Cómo debía de afectar a los gérmenes.

Comenzó a escribir en la columna de la derecha, pero antes de terminar sintió que la ira crecía en su interior como la lava en un volcán.

¡Maldita sea!

Arrugó la hoja con rabia y la tiró a un rincón. Levantó la cabeza súbitamente, mirando a su alrededor. Quería romper algo, le daba igual lo que fuera. ¡Habías concluido, creías, el período congelado! se gritó a sí mismo corriendo hacia el bar.

Se detuvo. No, no voy a empezar de nuevo. Se pasó las manos por los cabellos. Un movimiento convulsivo le puso un nudo en la garganta. Se estremeció conteniendo su furia.

El gorgoteo del whisky le molestó. Puso la botella boca abajo y el whisky salió a borbotones golpeando las paredes del vaso y salpicando la mesa.

Neville bebió el whisky de un trago, echando la cabeza hacia atrás.

¿Soy un animal!, gritó. ¡Un estúpido y torpe zopenco!

Vació el vaso y lo echó al suelo. El vaso golpeó contra los libros y rodó por la alfombra. Neville saltó, pisoteándolo hasta hacerlo añicos.

Luego, guando sobre sus talones, volvió al bar y se sirvio otro vaso. Lo apuró rápidamente. Llenó otro. Demasiado lento, ¡maldita sea! Bebió directamente de la botella, atragantándose, quemándose la garganta y sintiendo desprecio de sí mismo.

Arrojó la botella, que fue a chocar contra el mural, haciéndose pedazos. El resto de whisky que quedaba corrió por los troncos de los árboles y el suelo.

Neville cruzó la sala, recogió un trozo de vidrio y desgarró el mural de arriba a abajo.

Dejó caer el trozo de vidrio. Sentía un dolor persistente en los dedos. Miró. Se había hecho un corte.

¡Bien! gritó alegremente, y apretó los bordes de la herida. La sangre cayó goteando sobre la alfombra.

Al cabo de una hora estaba totalmente borracho, acostado de espaldas en el suelo, sonriendo inexpresivamente.

El mundo se ha destruido, pensó. Nada de gérmenes, nada de ciencia. El mundo ha sido presa de lo sobrenatural, es ya un mundo sobrenatural. Harper's Bizarro, La

Revista del Sábado de las Brujas, El Hogar Siniestro, El joven doctor Jekyll, La otra mujer de Drácula, La muerte puede ser hermosa, No sea ensartado a medias, y Las Grandes Tiendas del Ataúd.

Neville siguió ebrio durante dos días, y había decidido seguir así hasta el fin del mundo, o hasta el fin del whisky. Y lo hubiera cumplido si no hubiese sido por una casualidad.

Ocurrió en la tercera mañana, cuando salió tambaleándose al porche para saber si el mundo se mantenía firme.

Había un perro vagabundeando en la acera.

Cuando oyó el ruido de la puerta de calle, dejó de husmear, alzó la cabeza y salió sacudiendo sus delgadas patas.

Por un momento Neville, sorprendido, quedó inmóvil, petrificado, con los ojos clavados en el perro. El animal se alejaba con el rabo entre las piernas.

¡Estaba vivo! ¡A la luz del sol! Neville saltó hacia adelante, ahogando un grito y trastabillando. Recuperó el equilibrio y echó a correr detrás del perro.

–¡Eh! – gritó, y su ronca voz rompió el silencio de la calle-. ¡Ven aquí!

Cruzó la acera.

–¡Eh! – llamó de nuevo-. Ven aquí, criatura.

El perro, por la otra acera, corría con la pata izquierda en el aire y las negras garras arañando las losas.

–¡Ven, criatura, no te haré daño! – llamó Neville.

Sintió dolor en el costado y la cabeza le estallaba. El perro se detuvo un instante y miró hacia atrás. Luego se metió entre unas casas y Neville lo pudo ver bien. Era castaño y blanco, mestizo, con la oreja izquierda desgarrada y caída.

–¡No te escapes!

Neville no registró el estremecido grito de histeria que le salía de la garganta. El perro desapareció entre las casas. Gimiendo, Neville corrió más de prisa, sin tener en cuenta los efectos de la resaca.

Pero cuando llegó al patio el animal había desaparecido.

Corrió hasta la cerca y miró al otro lado. Nada. Se volvió. Quizá el perro estaba en la calle.

La calle aparecía desierta.

Durante una hora vagó por el barrio, buscando en vano y llamando de cuando en cuando.

Al fin volvió a la casa seriamente deprimido. Cruzarse con un ser vivo, encontrar un compañero después de tanto tiempo, y perderlo tan aprisa. Aunque sólo se tratase de un perro. ¿Sólo un perro? Para Neville era el colmo de la evolución planetaria.

No pudo tomar nada. Se sentía tan débil y enfermo que tuvo que acostarse. Pero no durmió. Permaneció tendido, temblando febrilmente, agitando la cabeza a un lado

y a otro, sobre la almohada.

–Ven, criatura -murmuraba en el delirio-. Ven, no te haré daño.

Por la tarde volvió a buscarlo. En dos manzanas a la redonda examinó todos los patios, todas las calles, todas las viviendas.

Cuando volvió, hacia las cinco, dejó un plato de leche y una salchicha en la acera, y los rodeó con un collar de ajos, con la idea de que los vampiros no se acercasen.

Más tarde se le ocurrió que si el perro estaba contagiado el ajo lo alejaría también. Pero, entonces, ¿cómo vagaba por las calles a la luz del día? Quizá aún no estaba enfermo. Pero ¿cómo había sobrevivido a los ataques nocturnos?

De pronto, se le ocurrió: ¿y si viene esta noche atraído por la leche y ellos le atacan? No podría soportarlo. Se suicidaría, pensó.

Otra vez el inexplicable enigma de sus ganas de vivir. Ahora se entretenía con algunos experimentos, pero la vida era aún un viaje estéril y sin sentido. A pesar de lo que le rodeaba o podía conseguir (excepto compañía humana), aquella vida no podía mejorar, ni siquiera cambiar. Siempre viviría como hasta ahora. ¿Durante cuántos años? Treinta, quizá cuarenta, si no se destruía antes bebiendo.

La idea de aguantar cuarenta años más en estas condiciones lo estremeció.

Y sin embargo aún no se había suicidado. En verdad, si seguía sin comer, ni beber, ni dormir adecuadamente, la salud no le iba a durar mucho tiempo. Estaba haciendo trampa con los porcentajes, sospechó.

Pero descuidar la salud no era suicidio. ¿Por qué no había intentado suicidarse?

No sabía qué responder. No se había resignado aún, ni había aceptado aquella vida. Sin embargo, seguía allí, ocho meses después de que la plaga hubiera aniquilado a su última víctima, nueve meses desde que había hablado por última vez con un ser humano, diez desde que acaeció la muerte de Virginia. Allí estaba, sin futuro y sin presente, pero todavía se mantenía en la brecha.

¿Instinto de conservación? ¿Estupidez? ¿Exceso de imaginación? ¿Por qué no se había suicidado al principio, cuando estaba absolutamente hundido? ¿Qué le había llevado a atrincherarse en la casa, instalar un refrigerador, un generador, una cocina eléctrica, un depósito de agua, construir un invernadero, un banco de trabajo, destruir las casas aledañas, coleccionar discos y libros, y almacenar montañas de latas de conserva, y aun -parecía increíble- colocar un mural?

¿Era la vida algo más que palabras, una fuerza incontrolable que gobernaba la conciencia? ¿Intentaba la naturaleza sobrevivir a pesar suyo?

Cerró los ojos. ¿Por qué tratar de razonar? No había respuesta. Su supervivencia era un mero accidente. Demasiado obtuso, sencillamente, para terminar de repente.

Más tarde reparó las partes rotas del mural. Los cortes quedaban disimulados, si no se miraba de cerca.

Intentó por un instante volver a pensar en el problema de los bacilos, pero advirtió

que sólo tenía a su imaginación el perro. Asombrado, se descubrió deseando humildemente que el animal no sufriese ningún daño. En ese momento sentía la desesperada necesidad de creer en un Dios protector. Aunque, de un momento a otro, comenzaría a burlarse de sí mismo.

Sin embargo, logró ignorar su mente iconoclasta y siguió rezando. Porque quería el perro, lo necesitaba.

13

A la mañana siguiente, la leche y la salchicha habían desaparecido.

Neville miró arriba y abajo de la acera. Había dos mujeres, pero no el perro. Suspiró aliviado. Gracias a Dios, pensó. En seguida, hizo una mueca. Si fuese una persona religiosa, pensó, diría que han atendido mi plegaría.

¿Pero cómo era que no había vigilado la venida del perro? Debía de haber sido al alba, cuando no quedaba nadie en las calles. Se conformó pensando que estaba atrayendo al animal, aunque sólo fuese por la comida. Pero quizá se la habían llevado los vampiros. Una rápida ojeada disipó sus temores. La salchicha había pasado por encima del collar de ajos y habían quedado restos en el cemento. Y la saliva del animal había salpicado alrededor del plato.

Antes de desayunar preparó un poco más de leche y otra salchicha, y llevó todo a la sombra para que la leche no se estropease. Pensó un momento, y añadió un tazón con agua fresca.

Luego, después de comer, cargó a las dos mujeres y las llevó al fuego; de vuelta, se detuvo en un supermercado y recogió dos docenas de latas de la mejor comida para perro, cajas de bizcochos para perro, polvos antiparásitos y un cepillo de alambre.

Señor, cualquiera diría que voy a tener un bebé o algo parecido, pensó mientras volvía al coche con la carga. Una débil sonrisa le asomó a la cara. ¿Por qué engañarse?, reflexionó. El descubrimiento del germen no le había entusiasmado demasiado.

Regresó a toda prisa y no pudo evitar expresar su desilusión. La carne y la leche estaban en el mismo sitio. Bueno, ¿qué te creías? se preguntó. El perro no va a comer continuamente. Ya volverá cuando tenga hambre.

Dejó los bultos en la cocina y miró el reloj. Las diez y cuarto. Calma, se dijo a sí mismo. Conserva por lo menos esta virtud.

Salió a revisar las ventanas y el invernadero. Había que clavar un tablón suelto y arreglar el techo de vidrio.

Mientras recogía los ajos se preguntaba, una vez más, por qué los vampiros no le habían incendiado la casa. ¿Temerían el fuego? ¿O simplemente no se les había ocurrido? Al fin y al cabo, sus cerebros no podían razonar como antes. El paso de la vida normal a una muerte animada debía dañar los tejidos.

No, la teoría no era exactamente ésta, pues de noche venían también algunos vampiros a los que nada les había dañado sus cerebros, probablemente.

Dejó el asunto. No estaba inspirado para problemas. Pasó parte de la mañana preparando nuevos collares de ajos. En una ocasión recordó la leyenda: sólo los capullos de la planta eran eficaces. Se encogió de hombros. ¿En dónde estaba la diferencia?

Después del almuerzo se instaló en la mirilla espiando el tazón y el plato. No se oía ningún sonido, salvo el zumbido apenas perceptible del acondicionador de aire.

El perro llegó alrededor de las cuatro. Neville, medio endormiscado, parpadeó y vio que cruzaba lentamente la calle, vigilando la casa con ojos precavidos. Se preguntó qué le pasaba en la pata izquierda. Si conseguía curarlo quizá se ganaría su afecto. Sombras de Androcles, pensó en la penumbra.

Se obligó a permanecer inmóvil y mirar. Era increíble. La vista del perro alimentándose, castañeteando las mandíbulas y chasqueando la lengua satisfecho, le devolvía una cálida impresión de normalidad. Una amplia sonrisa se le dibujó en la cara, una sonrisa inconsciente. Era un perro encantador.

Sintió un nudo en el estómago. El perro terminó de comer y se alejaba. Saltó de la banqueta y cogió el pestillo.

En seguida se contuvo. No, así no, decidió de mala gana. Lo asustaré si salgo. Ahora tengo que dejarlo ir.

Regresó a la mirilla y lo siguió mientras cruzaba la calle y se escondía de nuevo entre las casas. Está bien, se conformó. Volverá.

Se apartó de la mirilla y se preparó un whisky con agua. Sentado en el sillón y saboreando los sorbos se preguntó dónde pasaría el perro las noches. El día anterior ya le había intrigado y pensaba que el animal debía de esconderse muy hábilmente.

Era quizá, pensó, una de esas excepciones que confirman la regla. De algún modo, por suerte, casualidad o cierta inteligencia, el perro había sobrevivido a la plaga y a sus espantosas víctimas.

Entonces, si un perro, con todas sus limitaciones, había logrado subsistir, quizá un ser humano… Trató de cambiar de idea. Era peligroso alentar esperanzas. Había asumido, hacía tiempo, su soledad.

A la mañana siguiente el perro apareció de nuevo. Neville abrió la puerta sigilosamente y salió. En seguida, el animal se apartó de un salto y echó a correr calle abajo.

Neville pensó en perseguirlo, pero se frenó. Aparentemente relajado, se sentó en los escalones del porche.

El perro desapareció otra vez entre las casas. Neville esperó un cuarto de hora y volvió a entrar.

Después de tomar un ligero desayuno puso afuera más comida.

Esta vez vino a las cuatro. Neville salió cuando el perro terminaba su comida.

Se le escapó también. Pero advirtiendo que Neville no lo perseguía, se detuvo en medio de la calle y se giró a mirarlo.

–Ven, no tengas miedo -dijo Neville, pero al oír su voz el animal se asustó y salió corriendo.

Neville se quedó sentado en el porche, rígido, apretando los dientes con fuerza.

Maldita sea, ¿por qué huirá?, se preguntó. ¡Condenado cuzco!

Pensó entonces en las penurias del perro, acurrucado en las sombras,

Dios sabía dónde, durante noches interminables, escondiéndose de los vampiros, que pasaban muy cerca de él. Hambriento y sediento, luchando por la supervivencia en un mundo sin dueños cariñosos y protectores.

Pobre bestia, pensó. Seré bueno contigo.

Quizá los perros podían sobrevivir más fácilmente que los seres humanos, se dijo. Eran más pequeños y podían esconderse en lugares inaccesibles. También eran capaces, quizá, de advertir la naturaleza extraña del vampiro, quizá la descubrían con el olfato.

No le sirvió de consuelo. Pues siempre, a pesar de todo, había deseado encontrar a un semejante: hombre, mujer, niño, no importaba. Sin la incesante influencia de las masas, el sexo perdía rápidamente importancia. En cambio, la soledad seguía en primera línea.

Muchas veces había imaginado que se encontraba con alguien, se había concedido esa licencia. Pero a menudo intentaba resignarse a la inevitable realidad. El, Robert Neville, era el único superviviente del mundo. Por lo menos, del mundo que conocía.

–¡Neville!

Vio a Ben Cortman, que atravesaba la calle corriendo, y se incorporó de un salto. Pensando en el perro había olvidado el crepúsculo.

Entró rápidamente en la casa y cerró con llave. Luego atrancó la puerta con manos débiles.

Durante unos días Neville salió al porche cuando el perro terminaba de comer. Se le escapaba siempre, pero a medida que pasaban los días, se detenía, más confiado, en medio de la calle para mirar hacia atrás. Neville no lo perseguía nunca. Sentado en el porche, lo miraba y esperaba. Aquello parecía un juego.

Un día, Neville se sentó en el porche antes de que el perro llegase. Y cuando apareció en la acera de enfrente, siguió sentado.

Durante casi un cuarto de hora el perro se paseó por la acera, arriba y abajo, sin acercarse a la comida. Neville se alejó del plato, y el perro pareció animarse. Pero, de pronto, cuando Neville cruzó las piernas inconscientemente, retrocedió con rapidez. Luego caminó de un lado a otro, por la calle, sin saber qué hacer: miraba a Neville, la comida, y otra vez a Neville.

–Vamos, criatura -dijo Neville-, acércate al plato. Demuestra que eres un perro bueno.

Pasaron diez minutos más. El perro estaba ahora en la misma acera de la casa, moviéndose en círculos cada vez más pequeños.

–Así se hace -dijo Neville suavemente.

Esta vez el perro no parecía asustado ni se apartó al oír la voz. Neville esperó, sin moverse.

El animal se acercó todavía más, con el cuerpo tenso y vigilándole. – Está bien -le dijo Neville.

De pronto el perro corrió, arrebató la comida y salió a toda prisa. Las carcajadas de Neville lo siguieron a través de la calle.

–Mal bicho -comentó cariñosamente.

Contempló al perro mientras comía. Se había tendido en el césped amarillo que había enfrente de la casa, con los ojos clavados en Neville. Disfruta, pensó Neville. De hoy en adelante tendrás comida de perro. Se acabó la carne fresca.

Cuando el perro terminó de comer, se incorporó y cruzó la calle con menos miedo. Neville sintió que el corazón le latía con fuerza. El perro empezaba a confiar en él, y eso, de algún modo, le emocionaba.

–Adelante -se oyó decir a sí mismo en voz alta-. Toma el agua ahora.

En su rostro apareció una repentina sonrisa de deleite. El perro alzaba la oreja sana. ¡Está escuchando!, pensó Neville excitado. ¡Entiende lo que digo, el granuja!

–Adelante, criatura -siguió diciendo-. Toma el agua y la leche. No te haré daño.

El perro se acercó al agua y bebió ávidamente, alzando de cuando en cuando la cabeza para vigilar.

–No hago nada -le dijo Neville.

Qué rara le sonaba su propia voz.

Un año era mucho tiempo para vivir solo y silencioso.

Cuando estés conmigo, le dijo al perro mentalmente, hablaré hasta romperte los tímpanos.

El perro acabó el agua.

–Ven, criatura -invitó Neville, golpeándose la rodilla-. Ven aquí.

El perro lo miró con curiosidad, alzando otra vez la oreja sana. Esos ojos, pensó Neville. Qué mundo de emociones revelan esos ojos. Desconfianza, miedo, esperanza, soledad… todo ahí dentro. Pobre bicho.

–Vamos, ven. No te haré daño -dijo dulcemente.

Se incorporó y el perro echó a correr esta vez también. Neville se quedó allí, viendo cómo huía, sacudiendo la cabeza contrariado.

Pasaron unos días. Neville continuaba sentándose en el porche a las horas de las comidas, y no pasó mucho tiempo antes que el perro volviera de nuevo a acercarse al plato y al tazón sin titubeos, casi con audacia, con la seguridad de quien tiene conciencia de sus conquistas.

Y durante todo ese tiempo, Neville le hablaba dulcemente.

–Eso es, criatura. Come. Es buena comida, ¿verdad? Claro que lo es. Soy tu amigo y te doy comida. Come, bicho, come. Así está bien. Eres un perro bueno.

Neville hablaba sin cesar, halagando, vertiendo palabras cariñosas en la mente temerosa del animal.

Cada día se sentaba un poco más cerca. Hasta que al fin hubiese podido tocarlo, quizá estirándose un poco. Sin embargo, no lo hizo. No me arriesgaré, se dijo a sí mismo.

Pero era difícil mantener las manos quietas. Casi podía sentir cómo se le escapaban, deseando tocar aquella cabeza. Sentía tanta necesidad de amar a alguien, y el perro era un candidato tan hermosamente feo.

Siguió hablándole hasta acostumbrarlo despacio al sonido de su voz. El animal casi nunca lo miraba. Iba y venía sin titubeos, comiendo y ladrando. Pronto, pensó Neville, podré acariciarle la cabeza. Los días se convirtieron en semanas, y cada hora hacía menos lejana aquella amistad.

Un día, el perro no apareció.

Neville estaba desencajado. Se había acostumbrado tanto a sus idas y venidas que había llegado a organizarse su vida alrededor de las comidas del perro. Todo se reducía al deseo de verlo y tocarlo.

Pasó nervioso la tarde, recorriendo el barrio, llamando en voz alta al animal. Pero no lo vio por ninguna parte. El perro no volvió al atardecer, ni a la mañana siguiente. Neville lo buscó de nuevo, pero esta vez con menos esperanza. Lo encontraron, pensó, los sucios bastardos. Pero no podía creerlo realmente. No quería creerlo.

El tercer día, por la tarde, estaba en el garaje cuando oyó el ruido del tazón. Corrió afuera, conteniendo el aliento.

–¡Has vuelto! – gritó.

El perro se asustó y dejó el plato bruscamente, con el hocico chorreando agua.

El corazón de Neville dio un salto. El perro jadeaba con la lengua fuera. Los ojos le brillaban.

–No -dijo Neville con la voz rota-. Oh, no.

El perro seguía retrocediendo por el césped, con las patas flacas y temblorosas. Neville se sentó en seguida en los escalones del porche y permaneció allí, estremeciéndose. Oh, no, pensó angustiado; oh, Dios, no.

Miró al perro, que relamía el agua. No. No. No.

–No puede ser cierto -murmuró sin pensarlo. Luego, instintivamente, extendió la mano. El perro se echó atrás enseñando un poco los dientes.

–Está bien, criatura -dijo Neville en voz baja-. No te haré daño.

No pudo impedir que el perro desapareciese, y no vio dónde se escondía.

Dentro de alguna casa, probablemente, pero eso no era una buena indicación.

Neville no durmió aquella noche. Se paseó arriba y abajo de la sala, tomando café y maldiciendo la lentitud con que pasaban las horas. Tenía que atraer el perro. Y pronto. Aún estaba a tiempo de curarlo.

¿Pero cómo? Debía de haber una forma. Aún con lo poco que sabía, debía encontrar la forma.

A la mañana siguiente se sentó junto al tazón y observó estremeciéndose que el perro cruzaba la calle despacio. Sus ojos estaban más opacos que el día anterior. Pensó en saltar y, cogiéndolo por la fuerza, meterlo en la casa.

Pero sabía que si fracasaba lo perdería todo y el perro no volvería.

Durante la comida intentó acariciarle, pero el perro se apartó gruñendo. Intentó dominarlo.

–¡No te muevas! – dijo con voz firme, pero el perro se asustó aún más, y se alejó. Neville tuvo que convencerle durante quince minutos, con su voz ronca y temblorosa, antes de que el animal volviera al agua.

Esta vez lo siguió y por fin vio el escondite. Podía poner una cortina metálica para protegerle, pero no lo hizo. No quería asustarlo. Y, además, no habría sistema de llegar a él sino a través del suelo, y eso llevaría tiempo. Tenía que apresarlo rápidamente.

El perro no volvió por la tarde y Neville llevó un tazón de leche y lo dejó debajo de aquella casa. A la mañana siguiente, el tazón estaba vacío. Iba a llenarlo de nuevo, pero se dio cuenta de que de ese modo el perro no dejaría su madriguera. Puso otra vez el tazón en el porche de su casa y confió en que el animal tuviese fuerzas para llegar hasta él. Estaba demasiado preocupado para reparar en otra cosa.

Pasó la noche muy inquieto. Por la mañana, el perro no apareció. Neville fue otra vez hasta la casa de enfrente. Escuchó atento, pero no oyó ningún sonido. El animal estaba muy lejos, o…

Volvió a su casa y se sentó en el porche a esperar. No desayunó ni almorzó.

Por la tarde, el perro salió de entre las casas, moviéndose lentamente sobre sus flacas patas. Neville esperó inmóvil a que alcanzase la comida. Luego, rápidamente, se inclinó y lo tomó por el lomo.

El perro trató de morderlo, pero Neville le apretó la boca con la otra mano. El cuerpo flaco y casi sin pelo opuso resistencia. Unos gemidos de terror le estremecieron la garganta.

–Bueno, bueno -repitió Neville-. No pasa nada, perrito.

Entró rápidamente en la casa, se dirigió al dormitorio y puso al perro sobre un lecho de mantas que había preparado por si acaso. Tan pronto como soltó las mandíbulas, el perro intentó morder, pero Neville apartó rápidamente la mano. El animal salió corriendo hacia la puerta y resbaló por el linóleo. Neville dio un salto y le cerró el paso. El perro se escondió debajo de la cama.

Neville se agachó y miró. Vio los ojos, brillantes como tizones, y oyó el entrecortado jadeo.

–Vamos, sal de ahí, criatura -rogó lastimosamente-. No te haré daño. Estás

enfermo. Te curaré.

El perro no se movió. Neville se incorporó suspirando y salió del cuarto, cerrando la puerta. Recogió el tazón y el plato y los llenó con agua y leche. Los puso en el dormitorio, cerca de las mantas.

Al pasar junto a la cama, escuchó los jadeos del animal.

–Oh -murmuró, lamentándose-, ¿por qué no confías en mí?

Estaba cenando cuando oyó aquel terrible lamento.

Con el corazón en la boca, se apartó de la mesa de un salto y corrió hasta el dormitorio. Abrió la puerta y encendió la luz.

En el rincón, bajo la mesa de trabajo, el perro arañaba el suelo, tratando de abrir un agujero.

–¡Vamos, vamos! – dijo Neville rápidamente.

El perro se volvió bruscamente y reculó hacia la pared, mostrando los dientes amarillos, con un rugido en la garganta.

De pronto Neville comprendió qué sucedía. Era de noche, y el animal, aterrorizado, trataba de cavar un escondrijo.

Neville le miró sin saber qué hacer. Estaba desanimado. El perro se escurrió debajo de la mesa.

A Neville se le ocurrió al fin una idea. Se acercó a la cama y tiró de la colcha. Volvió a la mesa y se agachó para mirarlo.

El perro estaba casi pegado contra la pared. Temblaba como una hoja, y unos gruñidos guturales le sacudían la garganta.

–Bueno, bueno -dijo Neville.

Echó la colcha debajo de la mesa y el perro intentó retroceder todavía más. Neville se incorporó y aguardó unos momentos. Si pudiese hacer algo, se dijo. Pero ni siquiera consigo acercarme.

Bueno, decidió al fin, si no confía en mí, recurriré al cloroformo. Así, por lo menos, podría examinarle la pata e intentaría curarlo.

Fue a la cocina, pero no pudo cenar. Al fin tiró la comida al cubo de la basura y volvió el café a la cafetera. Ya en la sala se sirvió un whisky y bebió un buen trago. No le supo a nada. Dejó el vaso y entró en la habitación con el rostro sombrío.

El perro se había escondido debajo de la colcha. Seguía temblando y gimiendo incesantemente. Imposible intentar nada, pensó Neville. Está demasiado asustado.

Se acercó a la cama y se sentó. Se mesó los cabellos y se cubrió el rostro. Cúralo, cúralo, decía para sí, y dio un débil puñetazo contra la manta.

Se volvió de repente, apagó la luz y se tendió de espaldas sin desvestirse.

En la misma posición, se sacó los zapatos y los dejó caer.

Silencio. Clavó los ojos en el cielo raso oscuro y empezó a pensar: ¿Por qué no me levanto? ¿Por qué no hago algo?

Se dio vuelta. Trata de dormir, se dijo automáticamente. Sabía que no iba a dormir. Escuchó en la oscuridad los gemidos del perro. Se está muriendo, se va a morir, no puedo hacer nada.

No pudo resistir más y estiró un brazo para encender la lámpara de la mesilla de noche. Mientras paseaba por el cuarto oyó que el perro trataba de librarse de la colcha. Pero se había enredado y comenzó a aullar, poseído por el terror.

Neville se arrodilló y le puso las manos sobre el lomo para calmarlo. Lanzó un ladrido entrecortado, y las mandíbulas castañetearon bajo la colcha.

–Bueno -dijo Neville-. Basta.

El perro trató de librarse, sin dejar de emitir aquel agudo gemido. Neville le acarició el cuerpo suavemente, hablándole con voz calma y dulce.

–Bueno, bueno, animal. Nadie va a hacerte daño. Tranquilízate. Vamos, tranquilízate. Eso es. Descansa. Nadie te hará daño. Te cuidaré.

Siguió hablándole así, ininterrumpidamente, durante cerca de una hora, con una voz baja y monocorde. Y lentamente, aquellos temblores fueron cediendo. Una sonrisa animó el rostro de Neville.

–Muy bien, criatura. Cálmate. Te cuidaré.

El perro dejó de agitarse. Neville le acarició desde la cabeza hasta la cola.

–Eres un perro bueno. Un perro bueno -dijo con dulzura-. Voy a cuidarte. Nadie podrá hacerte daño. ¿Comprendes? Claro que sí. Claro. Serás mi perro, ¿vale?

Se sentó con cuidado en el suelo sin parar de acariciar al animal. – Eres un perro bueno, un perro bueno.

La voz de Neville era tranquila, relajada.

Pasó cerca de una hora más y levantó al perro, que durante unos instantes se resistió y empezó a gemir. Pero Neville le habló de nuevo y lo calmó.

Se sentó en la cama y puso al perro, aún envuelto en la colcha, sobre sus rodillas. Se quedó así durante horas, acariciando y hablando. El perro quedó inmóvil, respirando con más facilidad.

A eso de las once Neville fue sacando lentamente la colcha y la cabeza del perro quedó descubierta.

Durante un rato el animal trató de zafarse de las caricias. Pero Neville le sujetó con una mano en el cuello y con la otra lo rascó y acarició suavemente.

–Pronto estarás bien -murmuró-. Muy pronto.

El perro lo miró con ojos tristes y enfermos, y luego sacó la lengua y lamió la palma de Neville.

Neville sintió un nudo en la garganta. Miró al perro silenciosamente. Las lágrimas le corrieron por las mejillas.

Una semana después, murió el perro.

14

No bebía exageradamente. Al contrario. En realidad bebía menos. Neville estaba convencido de que las últimas copas lo habían llevado a la sima, lo habían hundido en una desesperada frustración. Ahora sólo podía subir.

Después de las últimas semanas, se daba cuenta de que la esperanza no era la respuesta. Nunca lo había sentido así. En aquel mundo de horror real no había escapatoria en los sueños. Podía adaptarse al horror. Pero la monotonía era el peor obstáculo, comprendía ahora. Y ese descubriminto lo tranquilizaba; era como poner todas las cartas sobre su mesa mental y, repasándolas, ordenar definitivamente el juego.

La muerte del perro no había supuesto la desesperación que temía. En cierto modo sintió morir esperanzas y excitaciones vanas. Aceptando así su cárcel, sin intentar imposibles fugas ni golpear inútilmente los muros.

Y así, conformado, volvió al trabajo.

Sucedió casi un año antes, al cabo de unos días de haber llevado a Virginia a su segunda y última morada.

Débil, con el pensamiento vacío, con la impresión de una pérdida irreparable, deambulaba por las calles, poco después del mediodía, con las manos caídas a los costados, arrastrando los pies. Su rostro no expresaba nada.

Había vagado por las calles durante varias horas, sin fijarse por dónde pasaba. Sabía que no podía volver a las habitaciones vacías de la casa, que no podía mirar las cosas que ambos habían tocado, poseído y disfrutado juntos. No podía mirar la cama vacía de Kathy, las ropas colgadas todavía en las perchas, las joyas y los perfumes de la cómoda.

Y caminaba así, sin saber dónde estaba, cuando vio aquellos grupos de gente y al hombre que le tironeó de la manga echándole a la cara un fétido aliento a ajo.

–Ven, hermano, ven -dijo el hombre con voz ronca. Neville observó al hombre: la garganta de rosada piel de pavo, las mejillas con manchas rojas, los ojos febriles, el traje oscuro, sucio y arrugado-. Ven y sálvate, hermano, sálvate.

Neville le miró fijamente. No entendía nada. El hombre le tironeaba de la manga, con dedos esqueléticos.

–Nunca es demasiado tarde para arrepentirse -dijo el hombre-. La salvación llega a todos los que…

El resto de la frase se ahogó en el murmullo de la tienda a donde se acercaban. Era como el sonido de un océano que quisiera salir. Neville trató de deshacerse del hombre.

–No quiero…

El hombre no escuchaba. Le arrastró. – Pero yo no…

La tienda ya lo había engullido, hundiéndolo en un mar de gritos, pataleos y aplausos. Neville retrocedió por instinto y sintió que el corazón le latía aceleradamente. Estaba rodeado por centenares de personas, que se cerraban como una oleada sobre él, y aullaban, y gritaban palabras ininteligibles.

Por fin cesaron los gritos y se oyó una voz que salía de la penumbra, como un látigo del destino, chirriando en los altavoces.

–¿Queréis retroceder ante la sagrada cruz de Dios? ¿Queréis miraros al espejo y no ver la imagen de esa cara que Dios os ha dado? ¿Queréis salir de las tumbas arrastrándoos como monstruos surgidos del infierno?

Hablaba en un tono de voz imperativo, vibrante, apremiante.

–¿Queréis transformaros en bestias negras e impías? ¿Queréis estropear el cielo de la noche con demoníacos aleteos de murciélago? ¿Queréis, digo, ser una de esas criaturas eternamente condenadas, monstruos nocturnos dejados de la mano de Dios?

–¡No! – estalló la muchedumbre, sacudida por el miedo-. ¡No, sálvanos!

Neville dio un paso atrás, chocando con adeptos que alzaban las manos y clamaban piedad a los cielos.

–Pues bien, ¡escuchad! ¡Oíd la palabra de Dios! ¡El mal azotará todas las naciones, el castigo del Señor alcanzará todo el mundo! En verdad os digo que si dejamos de ser niños, inocentes y puros a los ojos de Dios, si no cantamos la gloria del Señor Todopoderoso y de su único hijo, Jesucristo Nuestro Señor, si no nos hincamos de rodillas y pedimos perdón por nuestras ofensas, ¡estamos condenados! ¡Oíd, oíd! ¡Estamos condenados, condenados, condenados!

–¡Amén!

–¡Sálvanos!

La gente se retorcía y gemía, golpeándose el pecho, y gritaba aterrorizada, profiriendo espantados aleluyas.

Neville era transportado de un lado a otro, sacudido por una tormenta de plegarias y abandonado al fuego cruzado de fanáticas devociones.

–¡Dios ha castigado nuestros múltiples pecados! ¡Dios ha dejado caer sobre nosotros el peso de su ira! ¡Dios nos ha enviado el diluvio en forma de torrente de criaturas infernales! Ha abierto las tumbas, ha descubierto las criptas, ha levantado a los muertos de sus negros sepulcros, ¡y los ha lanzado contra nosotros! La muerte y el infierno nos envían sus cadáveres. ¡Esta es la palabra de Dios! Oh, Dios, nos has castigado. Oh Dios, has desenmascarado nuestras faltas, nos has flagelado con tu ira todopoderosa!

Los aplausos sonaron como una descarga de fusilería, los cuerpos iban de un lado a otro como empujados por el viento. Eran los gemidos de los que pronto morirían, de los que luchaban aún por la vida. Neville se abrió paso entre los asistentes, las manos extendidas hacia delante como manos de ciego que tantean el camino.

Consiguió salir, débil y tembloroso. Dentro de la tienda, la gente seguía gritando. La noche ya había caído.

Sentado en la sala, tomando un whisky suave, con un libro de psicología sobre las rodillas, Neville recordó aquella tarde.

"La condición conocida como ceguera histérica -leyó- puede ser parcial o total, e incluir uno o varios objetos".

Esto era un nuevo descubrimiento. Hasta el momento, había intentado atribuir a los gérmenes todas las características del vampiro. Si algunas de esas características no coincidían con los gérmenes, Neville las atribuía a la superstición. Alguna vez había buscado explicaciones psicológicas, pero sin darles demasiada importancia.

No había motivos, pensaba ahora, para negar que en algunos fenómenos se dieran causas físicas y causas psicológicas. Parecía una de esas evidencias que ni un ciego dejaría de lado. Bueno, siempre me he resistido a la evidencia, reflexionó.

Si se prestase atención a la reacción que habían experimentado algunas víctimas, todo era fácil de entender. En los últimos días de la plaga algunos diarios habían extendido el pánico a los vampiros a todos los lugares del país. Neville mismo recordaba la interminable sucesión de artículos pseudocientíficos: todo formaba parte de una desesperada campaña para vender más periódicos.

Había sido algo realmente grotesco. Un frenético deseo de vender mientras el mundo agonizaba.

La prensa escrita había mostrado sus entrañas en aquellos días. Y a esto se sumaba una búsqueda desesperada de respuestas que mucha gente trataba de hallar en los cultos primitivos. Con poco éxito. No sólo morían tan rápidamente como los otros, sino que además lo hacían aterrorizados.

Luego, aquel espantoso horror que suponía la resurrección. Recuperar la conciencia bajo tierra, una tierra húmeda y pesada, y advertir que la muerte no significaba el descanso. Abrirse paso con manos como garras a través de la tierra, impulsados por una extraña e irresistible fuerza.

Hechos como estos podían destruir lo que quedase de la mente. Y así muchas cosas empezaban a tener explicación. Por ejemplo, la cruz.

El temor a ser repelidos por un símbolo adorado resucitaba, extendiéndose así el miedo a dicho símbolo. Los vampiros arrastrados por antiguos temores se repugnaban a sí mismas, corriendo un tupido velo en la mente. Se convertían, pues, en esclavos solitarios de la noche, almas perdidas y agobiadas, que buscaban descanso en la tierra nativa para sentirse unidos a algo, a cualquier cosa.

¿El agua? Sólo era la aceptación de una leyenda. Según la historia de Tam O'Shanter, las brujas rehuían el agua. Y, por consiguiente… todas aquellas criaturas que se relacionaban de algún modo, quedaban confundidas en leyendas y supersticiones.

¿Y cómo explicar los vampiros vivos? Eso también era simple.

En vida habían sido los desquiciados, los locos. ¿Cómo el vampirismo no iba a atraerlos? Neville se atrevía a decir que todos los vivos que venían a su casa, de noche, estaban locos. Se creían verdaderos vampiros, pero sólo eran dementes. Y por eso no le habían quemado la casa. No podían pensar.

Recordó al hombre que una noche se había subido a un farol, frente a la casa. Y mientras él espiaba por la mirilla, se había arrojado al vacío, moviendo los brazos frenéticamente. Neville no lo entendió entonces, pero ahora la respuesta era obvia: el hombre se identificaba con un murciélago.

Neville observó el vaso casi vacío, y se quedó con los labios fijos en una sonrisa.

Así que, pensó, lentamente, puede que al fin haya descubierto algo. He descubierto que no son una especie invencible. Muy al contrario. Son una especie extremadamente débil y vulnerable.

Dejó el vaso sobre la mesa.

No lo necesito, pensó. No necesito ya excitar mi imaginación. No necesito beber para olvidar, o esconderme en otro mundo. No hay nada que olvidar. No por ahora.

Era la primera vez, desde la muerte del perro, que sonreía casi satisfecho. Quedaba mucho por aprender, pero ya no tanto. Curiosamente, la vida ahora se había vuelto soportable. Vestiré los hábitos del eremita sin llantos, pensó.

En el tocadiscos sonaba la música, serena y tranquila.

Afuera, los vampiros esperaban.

III - Junio de 1978

15

Había salido a cazar a Cortman. Este era ahora su principal entretenimiento, una de las pocas diversiones. En los días en que podía dejar el barrio, y no había reparaciones urgentes en la casa, Neville buscaba desesperadamente. Debajo de los coches, en los matorrales, en las chimeneas, los armarios, bajo las camas, en las neveras. En cualquier lugar donde un hombre pudiera esconderse.

Ben Cortman podía ser hallado en cualquiera de esos sitios, en un momento u otro. Neville creía que Cortman cambiaba de escondite continuamente. Sentía, también, que amaba el peligro. Si la frase no hubiese sido un contrasentido hubiese dicho que Cortman gozaba de la vida. Hasta había llegado a pensar que ahora era más feliz que nunca.

Neville se dirigió pausadamente hacia una casa del bulevar Compton. Era una mañana como otra cualquiera. Cortman no aparecía, aunque no podía esconderse demasiado lejos. Pues siempre era el primero en llegar.

Mientras avanzaba con paso rápido, pensó otra vez qué haría si lo encontraba. Su plan era el de siempre: eliminación inmediata. Pero no sería fácil. Oh, no sentía el más mínimo afecto por Cortman. Ni siquiera representaba, para él, una parte del pasado. Porque el pasado estaba muerto, y él, Neville, había asumido esa muerte.

No, no se trataba de eso. Quizá, pensó, no deseaba terminar aquella actividad recreativa. Los demás eran criaturas inanimadas. Ben, por lo menos, tenía más imaginación. Podía ser, aventuraba Neville, que Cortman hubiera nacido para ser vampiro y seguir vivo después de muerto. Con estos pensamientos se quedó sonriendo.

En un porche próximo se sentó emitiendo un gruñido. Luego sacó lentamente la pipa, y perezosamente la llenó de tabaco. Poco después unos hilillos de humo flotaban en el aire cálido y tranquilo.

En esta época Neville se había convertido en un hombre más corpulento y más sereno. La reposada vida de ermitaño le había hecho ganar algunos kilos, y ahora pesaba más de noventa. Se le había redondeado la cara; el cuerpo – bajo las ropas anchas- era fuerte y musculoso. Desde hacía un tiempo había dejado de afeitarse. Sólo de vez en cuando se recortaba la barba espesa y rubia. Llevaba el pelo largo y suelto. Contrastando con el oscuro color moreno de la cara, sus ojos azules parecían más serenos y claros.

Apoyó la espalda en el escalón de ladrillos, echando unas lentas bocanadas de humo. En aquel campo de enfrente, en el otro lado, todavía se conservaba una depresión donde había enterrado a Virginia, y en donde Virginia se había desenterrado. Pero este recuerdo no entristecía a Neville. Se había curtido. El tiempo había perdido su proyeccción de pasado y futuro. Había sólo un presente. Una lucha

cotidiana sin cimas de alegría ni profundidades de desesperación. Soy fundamentalmente vegetativo, pensaba a menudo de sí mismo. Y por eso luchaba.

Permaneció allí un rato, mirando una mancha blanca en medio del campo. De pronto, advirtió que se movía.

Parpadeó. Los músculos se pusieron rígidos. Un sonido de duda le salió de la garganta. Luego, incorporándose, alzó la mano izquierda para evitar el deslumbramiento del sol.

Mordió convulsivamente el extremo de la pipa. Una mujer.

Abrió la boca y la pipa cayó al suelo, pero no se molestó en recogerla. Durante largo rato se quedó allí, de pie en el porche, mirando.

Cerró los ojos, los volvió a abrir. Todavía seguía allí. Sintió que el corazón le golpeaba el pecho.

La mujer no lo había visto. Cruzaba el campo con la cabeza baja. Neville alcanzaba a distinguir el pelo rojizo, que se movía con la brisa, los brazos que caían flojamente a los lados. Parpadeó otra vez, inmóvil. Era una visión tan increíble, después de tres años. No podía creerlo.

Una mujer. Viva. Bajo la luz del sol.

La miró, boquiabierto. Estaba más cerca y se veía que era joven. No tendría mucho más de veinte años. Llevaba un vestido blanco, arrugado y sucio. La piel era morena, el pelo rojizo.

Me he vuelto loco. Las palabras surgieron espontáneamente.

Llevaba tiempo preparándose para una alucinación semejante. El hombre que muere de sed ve un lago en un espejismo. ¿Por qué un hombre que desea desesperadamente una compañía no ha de ver una mujer que camina bajo el sol?

Neville movió la cabeza de un lado a otro. No, no era eso. Podía oír hasta sus pisadas. La mujer no era un espejismo. El movimiento de su pelo, el de los brazos. Seguía mirando al suelo. ¿Quién era? ¿A dónde iba? ¿Dónde había estado?

Dejó de hacer preguntas. Algún instinto saltó por un instante las barreras defensivas levantadas por el tiempo.

Alzó el brazo izquierdo.

–¡Eh! – gritó, dando un salto hacia la acera-. ¡Eh! ¡Eh!

Un instante de silencio, repentino y absoluto. La mujer levantó la cabeza y ambos se miraron.

Neville quería gritar otra vez, pero no le salía la voz, se quedó con la mente en blanco. Una mujer viva. La palabra se repetía a sí misma como un eco. Viva, viva, viva…

Girando rápidamente, la mujer echó a correr a través del campo.

Durante un instante, Neville no supo qué hacer. Al fin sintió que el corazón le ahogaba y se lanzó a la calle. Sus pesadas botas golpearon el pavimento.

–¡Espere! – gritó.

La mujer siguió corriendo. Neville vio cómo saltaba alejándose por el terreno irregular. Y de pronto se dio cuenta, comprendió que no podría detenerla con palabras. Pensó en su propia estupefacción al verla. ¿Cómo debía de haberse sorprendido ella al oír aquella llamada en el silencio y al ver a aquel hombre barbudo gesticulando!

Neville saltó a la otra acera y corrió. ¡Estaba viva! No podía creerlo. Viva. ¡Una mujer viva!

La mujer no podía correr tan aprisa como él. Neville pronto estuvo cerca. Ella lo miró aterrorizada.

–¡No le haré daño! – gritó Neville, corriendo. De pronto la mujer tropezó y cayó de rodillas. Volvió la cara y Neville vio una vez más aquella expresión de terror.

–¡No le haré daño! – gritó de nuevo.

La mujer se incorporó de un salto y corrió.

No se oía más sonido que el de los zapatos de ella y las botas de Neville. Éste comenzó a saltar sobre las hierbas, ganando terreno. El vestido de la mujer se enredaba entre las plantas.

–¡Párese! – gritó Neville, aunque temía que ella no lo escucharía.

No lo escuchó. Corrió más aprisa aún, apretando los labios. Neville hizo un esfuerzo y corrió todavía más, en línea recta. La mujer corría en zig-zag, con el cabello al viento.

Neville estaba ya tan cerca que podía oír la respiración agitada de la mujer. No quería asustarla, pero tampoco podía perderla. No había nada en el mundo, excepto ella. Tenía que alcanzarla.

Otra vez el campo abierto. Los dos jadeaban. La mujer se volvió y Neville vio el terror dibujado en su rostro: un hombre alto y barbudo, de ojos decididos, persiguiéndola.

Pero al fin le dio alcance. Estiró la mano y la agarró por el hombro.

Ahogando un grito, la mujer se retorció y se tambaleó, perdió el equilibrio y cayó de lado. Neville dio un salto e intentó ayudarla. Ella retrocedió, arrastrándose, y trató de ponerse de pie, pero esta vez cayó de espaldas.

–Tome -jadeó Neville, alargándole una mano. La mujer apartó la mano de Neville bruscamente y luchó por levantarse. Neville la cogió por el brazo, pero la otra mano cayó sobre él y sus afiladas uñas le cruzaron toda la frente y la sien derecha. Neville gimió y soltó el brazo y ella se volvió rápidamente y echó a correr de nuevo.

Neville saltó y la agarró por los hombros. – No tema nada, por favor…

No pudo terminar la frase. La mano de la mujer le tapó la boca, y se oyó solo un jadeo y una lucha y los pies que resbalaban en el suelo, sobre las hierbas.

–¡Basta! – gritó Neville enfurecido, pero ella no le hizo caso.

Saltó hacia atrás, y la mano cerrada de Neville le desgarró el vestido, dejando al descubierto un hombro. La mujer quiso arañarlo de nuevo, pero Neville la sujetó por las muñecas, mientras recibía un puntapié en el tobillo.

–¡Maldita sea!

Furioso, la abofeteó. La mujer bajó la cabeza y lo miró aturdida. De pronto rompió a llorar. Se hincó de rodillas y se cubrió la cabeza con los brazos, como protegiéndose de otros golpes.

Neville miró jadeando la postura retorcida. Parpadeó y suspiró. – Levántese -dijo-. No le haré daño.

La mujer no levantó ni la cabeza. Neville la miró confundido. No sabía cómo hablarle.

–Dije que no le haré daño -repitió.

Ella lo miró entonces, pero se echó hacia atrás, como si el rostro de Neville la asustara. Se quedó así, mirándolo atemorizada.

–¿Por qué tiene miedo?

Neville no reparó en que la suya era la voz dura y estéril de un hombre que ha perdido todo contacto humano. No emanaba amabilidad de ninguna clase.

Dio un paso adelante y la mujer volvió a retroceder, gimiendo. Neville le volvió a ofrecer la mano.

–Tome, levántese.

La muchacha se incorporó lentamente, pero sin su ayuda. De pronto advirtió la desnudez de su pecho y se cubrió con la tela rota.

Pasaron un rato mirándose, recuperando el aliento con dificultad. Y ahora que había superado el primer contacto, Neville no sabía qué decir. Había soñado esta escena durante años. Pero sus sueños no se parecían a esto.

–¿Cómo… cómo se llama? – preguntó.

La muchacha no podía hablar. Miraba fijamente a Neville, temblándole los labios.

–¿Y bien? – exclamó Neville, y ella se estremeció. – R-Ruth -titubeó.

Neville sintió una descarga que le corría por todo el cuerpo. La voz de la mujer lo había aflojado. Cualquier pregunta ahora era inútil. Sentía ganas de llorar.

Extendió una mano, casi sin darse cuenta. El hombro tembló bajo su palma.

–Ruth -dijo Neville con una voz inexpresiva. Sintió un nudo en la garganta.

–Ruth -repitió.

Los dos se miraron en medio del campo, abierto y cálido.

16

La muchacha dormía. Eran las cuatro de la tarde. Neville había entrado por lo menos una veintena de veces en el dormitorio para controlar si se despertaba. Ahora, en la cocina, tomaba café y pensaba.

¿Y si está enferma?, se preguntaba a sí mismo.

Empezó a preocuparse unas pocas horas antes y ahora no podía dejar de pensar en ello. No importaban las razones. Tenía la piel quemada por el sol. La había visto a la luz del día. También el perro había andado a la luz del día.

Los dedos de Neville no cesaban de tamborilear sobre la mesa.

La simplicidad del principio había desaparecido. El sueño se había convertido en una compleja historia. No había habido abrazos efusivos ni dulces palabras. Darle alcance en el campo había sido un triunfo. Conseguir que entrara en la casa, algo más difícil todavía. Ella se había resistido suplicándole que no la matase. No escuchaba lo que Neville le decía; sólo lloraba e imploraba. Neville había imaginado una escena propia de Hollywood: los dos entrarían abrazados, mirándose a los ojos, y las imágenes se difuminaban en las sombras. En vez de eso, había tenido que pelear, y discutir, y forcejear.

Una vez dentro, la mujer había adoptado la misma actitud que el perro; acurrucada en un rincón. No había querido comer ni beber nada. Finalmente, Neville decidió arrastrarla al dormitorio y encerrarla bajo llave.

Suspiró desanimado, jugueteando con el asa de la taza.

En todo este tiempo, pensó, he soñado con tener una compañera. Y ahora, lo primero que hago es desconfiar y la trato con impaciencia y crueldad.

Y sin embargo, no estaba preparado para tener otro comportamiento.

Había vivido demasiado solo durante este último tiempo. No importaba que ella tuviese una apariencia normal. Había visto a muchos en estado de coma, y aparentemente parecían tan sanos como ella. Aquella caminata bajo el sol no era suficiente. Había dudado demasiado. No podía creer que hubiese más personas normales. Y tras la primera impresión, el dogma aceptado durante años había vuelto a imponerse.

Neville se incorporó con evidente cansancio y volvió al dormitorio. La mujer seguía como antes. Quizá ha entrado en coma, pensó.

Se detuvo junto a la cama, observándola. Ruth. Había tantas cosas que él desearía saber… Y sin embargo casi temía saberlas. Pues si era como los otros, sólo había una solución. Y de la gente que uno debe eliminar es mejor ignorar su vida.

Neville se retorció las manos, observando inexpresivamente a la mujer. ¿Y si había salido del coma por un tiempo y había echado a caminar? Parecía posible. Y sin embargo, había estudiado que los gérmenes resistían cualquier cosa excepto la luz del

sol. ¿Por qué eso no era suficiente para convencerlo?

Bueno, podía hacer algo para resolver la duda.

Se inclinó hacia ella y le puso una mano en el hombro. – Despierte -dijo zarandeándola.

La mujer siguió inmóvil. A Neville se le quedaron rígidas las mandíbulas y los dedos se le agarrotaron sobre el hombro.

Y de pronto advirtió la cadenita de oro que la muchacha lucía en el cuello. Neville la cogió con pulso inseguro y la sacó de debajo del vestido.

Miraba todavía la cruz cuando la mujer abrió los ojos, moviendo lentamente la cabeza sobre la almohada. No está en coma, pensó Neville.

–¿Qué hace? – preguntó la mujer con un hilo de voz. Se hacía más difícil desconfiar de ella cuando hablaba. El timbre de una voz humana era algo tan especial que Neville no podía resistirse.

–Estaba… Nada -dijo.

Neville retrocedió torpemente y se apoyó en la pared. Miró a la mujer durante un rato. Luego le preguntó:

–¿De dónde viene?

La joven clavó en él una mirada inexpresiva.

–Le he preguntado de dónde viene -repitió Neville.

Tampoco ahora hubo respuesta. Neville se retiró de la pared con una mirada dura.

–Inglewood -se apresuró a decir la mujer.

–Ya -dijo Neville-. ¿Vivía… sola?

–Con mi marido.

–¿Y dónde está el ahora?

–Ha… muerto -susurró ella entrecortadamente.

–¿Cuándo?

–Hace una semana.

–¿Y qué hizo usted entonces?

–Escapar. – La mujer se mordió el labio inferior-. Escapar.

–¿Quiere decir que ha ido de un lado a otro desde entonces?

–S-sí.

Neville la miró sin hacer más preguntas. Luego se volvió y fue hacia la cocina. Abrió la puerta de un armario y cogió un puñado de dientes de ajo. Los puso en un plato, los cortó y los machacó. Un olor acre brotó del interior.

Cuando Neville volvió, la mujer estaba medio incorporada, apoyándose en un codo. Sin titubear, Neville le acercó el plato a la nariz.

La mujer volvió la cabeza protestando.

–¿Qué hace? – preguntó, y tosió una vez. – ¿Por qué vuelve la cabeza?

–Por favor…

–Dígame por qué vuelve la cabeza.

–¡El olor! – La voz de la joven se quebró en un sollozo-. ¡Es insoportable!

Neville le puso el plato aún más cerca. Con una visible náusea, la mujer se apartó, apretándose contra la pared y sacando las piernas de la cama.

–¡Basta! ¡Por favor!

Neville alejó el plato y observó que la mujer hablaba, llevándose las manos al estómago.

–Usted es uno de ellos -dijo con un frío desprecio.

La mujer se sentó de repente, se incorporó y corrió al baño. Dio un portazo y Neville oyó cómo vomitaba.

Apretando los labios con rabia, puso el plato en la mesilla de noche. Infectada. Seguro. Había estudiado hacía un año que los organismos infectados con el bacilo vampirus eran alérgicos al olor del ajo. Los tejidos estimulados por la planta sensibilizaban las células, provocando reacciones anormales. Si se les inyectaba sulfuro de alilo en las venas, la reacción era casi nula. No ocurría lo mismo cuando se les sometía a aspirar el olor.

Neville se sentó pesadamente en la cama. La mujer había reaccionado negativamente. Después de un rato, frunció el ceño. Si lo que ella había contado era cierto, si había vagabundeado durante una semana, naturalmente estaría débil y agotada, y en esas condiciones cualquier persona podía vomitar tan sólo con el olor del ajo.

Dejó caer el puño sobre la colcha. Entonces, no tenía ninguna certeza, nada definitivo. Y, objetivamente, sabía que no podía tomar decisión alguna. Las pruebas eran insuficientes. Lo había aprendido a fuerza de trabajo, y no lo podía ignorar.

Seguía sentado en la cama cuando la mujer salió del baño y se quedó en el pasillo, mirándole. Luego se volvió hacia la sala. Neville se levantó y la siguió. Cuando llegó a la sala ya la encontró sentada en el sofá.

–¿Está satisfecho? – le preguntó la mujer.

No importa -dijo Neville-. Es usted quien está en observación, no yo.

La mujer levantó la mirada airadamente como si fuese a decir algo. Luego se relajó y sacudió la cabeza de un lado a otro. Neville sintió un repentino impulso de simpatía. Parecía tan desamparada, con las manos reposando sobre el regazo, ignorando el vestido roto. Neville observó la ligera curva del pecho. Era una mujer muy delgada, nada que ver con la que había soñado en ocasiones. No importa, se dijo a sí mismo, eso ya no tiene la menor importancia.

Neville se sentó en una silla, contemplándola. La mujer miraba al suelo.

–Escuche -dijo Neville-. Hay indicios de que está infectada. Concretamente por su reacción ante el ajo.

La mujer siguió en silencio.

–¿No tiene nada que argumentar? – insistió Neville. La mujer alzó los ojos.

–Usted cree que soy uno de ellos -dijo.

–Puede ser.

–¿Y qué opina de esto? – preguntó la mujer mostrando la cruz.

–No significa nada -dijo Neville.

–Estoy despierta. No estoy en coma.

Neville no replicó. Era algo que no podía saber con certeza y no aliviaba sus dudas.

–He estado en Inglewood muchas veces -dijo al fin-. ¿Cómo no oyó el ruido del motor?

–Inglewood es muy grande -dijo ella.

Neville la miró con atención, golpeando con la mano el borde de la silla.

–Me… me encantaría creerle -dijo.

–¿Sí? – preguntó la mujer.

En seguida se dobló hacia delante, con los labios apretados, el vientre contraído. Neville no se inmutó. Durante mucho tiempo sólo había contado con la compañía de los muertos. Se sentía vacío y con las emociones bloqueadas.

Cuando se recuperó, la mujer alzó los ojos. Miró duramente a Neville.

–He tenido un estómago delicado durante toda la vida -dijo-. La semana pasada vi morir a mi marido, hecho pedazos. Ante mis propios ojos. Perdí dos niños a causa de la plaga. Y en estos últimos días he vagado de un lado a otro, escondiéndome durante la noche y sin comer apenas. Desquiciada por el miedo, durmiendo con intermitencias. De pronto oigo que alguien grita. Usted me persigue, me golpea, me arrastra. Y luego, porque no tolero el olor de un plato de ajos bajo mi nariz, ¡dice que estoy infectada! – La mujer retorció la manos-. ¿Qué espera? – preguntó, y se apoyó contra el respaldo del sofá, cerrando los ojos, tironeando nerviosamente del vestido. Por un momento intentó poner en su lugar el pedazo roto, pero la tela volvió a caer, y la joven dejó escapar un sollozo de impotencia.

Neville se inclinó hacia delante. Comenzaba a sentir mala conciencia ahora, a pesar de sus sospechas y dudas. No podía evitarlo. Había olvidado cómo sollozaban las mujeres. Alzó lentamente una mano y la miró acariciándose la barba.

–Permitiría… -comenzó y se detuvo. Tragó un poco de saliva y continuó -: ¿Permitiría que le sacase una muestra de sangre? Yo…

La mujer se incorporó ofendida y tambaleándose se dirigió hacia la puerta.

Neville se levantó también.

–¿Qué hace? – preguntó.

La mujer no respondió. Sus manos buscaban torpemente cómo abrir la cerradura.

–No puede salir -dijo Neville, alarmado-. Dentro de poco rato la calle estará llena de ellos.

–No voy a seguir aquí -sollozó ella-. ¿Qué le importa si me matan?

La mano de Neville se cerró sobre el brazo de la joven, que lo rechazó enojada.

–¡Déjeme sola! – exclamó-. No le pedí que me trajera aquí. ¿Por qué no me deja marchar?

Neville se quedó a su lado, sin saber qué decir. – No puede salir -repitió.

La convenció para que volviera al sofá. Luego le sirvió un poco de whisky. No importa si está infectada o no, pensó, no importa. Le alcanzó el vaso. La mujer movió la cabeza negativamente.

–Bébalo -dijo Neville-. La sosegará un poco. La joven lo miró con ira.

–¿Así podrá pasarme más ajo por la cara? Neville negó con un gesto.

–Beba -dijo.

Pasó un momento y al fin la mujer accedió. El whisky la hizo toser. Dejó el vaso en el brazo del sofá, estremeciéndose.

–¿Por qué quiere que me quede? – preguntó llorosa. Neville la miró sin saber qué responder. Al fin dijo:

–Aunque esté infectada no puedo dejarla salir. No se imagina qué le harían.

La mujer cerró los ojos.

–No me importa -dijo.

17

–No puedo entenderlo -dijo Neville después de la cena-. Han pasado casi tres años, y algunos todavía están vivos. Las reservas de alimentos se han terminado. Por lo que he podido observar, pasan las horas de sol en estado de coma. – Neville sacudió la cabeza-. Pero no están muertos. Tres años, y no están muertos. ¿Qué es lo que los mantiene vivos?

Ruth se había puesto la bata de Neville. A eso de las cinco había empezado a tranquilizarse, se había bañado y cambiado de ropa. Su cuerpo flaco se le perdía entre los anchos pliegues de la bata. Se había echado el pelo hacia atrás, atándoselo en la nuca con un lazo.

Ruth dio un golpecito en el platillo de café.

–Los veíamos a menudo -dijo-. Temíamos acercarnos. Pero creíamos que no eran peligrosos.

–¿No sabía usted que vuelven después de muertos? Ruth movió negativamente la cabeza.

–No.

–¿Y no se preguntaban quiénes eran los que atacaban de noche?

–Nunca pensamos que… -Ruth sacudió la cabeza lentamente-. Es difícil creer algo así.

–Supongo -dijo Neville.

Ruth comía en silencio, y Neville la contemplaba. Parecía increíble que fuese una mujer normal. Parecía mentira que después de tantos años tuviese por fin una compañera. No sólo dudaba de ella. Dudaba de que algo tan extraordinario pudiese ocurrir en aquel lugar perdido.

–Cuénteme más cosas sobre ellos -dijo Ruth. Neville se incorporó y sacó la cafetera del fuego. Le sirvió a Ruth otra taza, se sirvió él también, devolvió la cafetera a su sitio y se sentó.

–¿Cómo se encuentra ahora?

–Mejor. Gracias.

Neville hizo un gesto afirmativo y se sirvió una cucharadita de azúcar en su café. Sintió que ella lo observaba. ¿Qué pensará? Suspiró preguntándose cómo podría disipar sus dudas. Durante un rato había decidido que confiaba en ella. Ahora ya no estaba tan seguro.

–Todavía no confía en mí -dijo Ruth como si le leyera los pensamientos. Neville alzó rápidamente la cabeza. Luego se encogió de hombros.

–No… no es eso -dijo.

–Sí lo es -dijo Ruth pausadamente. Suspiró-. Oh, bueno. Si quiere analizarme la sangre, analícela.

Neville la miró perturbado, preguntándose si se trataría de un truco. Bebió un sorbo de café, tratando de reprimir el movimiento convulsivo de su garganta. Es absurdo, pensó, ser tan desconfiado.

Dejó la taza en la mesa.

–Bien -dijo-. Muy bien.

Miró a la joven, que tenía los ojos fijos en el café.

–Si está usted infectada -le dijo- trataré de curarla por todos los medios.

Ella le miró a los ojos.

–¿Y si no puede?

Se hizo un silencio.

–Bebamos primero -dijo al fin Neville.

Los dos bebieron. Luego Neville preguntó: -¿Lo intentamos ahora?

–Por favor -dijo la joven-. Mañana por la mañana. Me siento aún… Mañana por la mañana.

Terminaron el café en silencio. No sentía una gran satisfacción sabiendo que iba a analizarle la sangre. Temía descubrir que estuviera infectada. Mientras tanto pasarían una noche juntos. Intimarían, y quizá se sintiesen atraídos el uno por el otro. Cuando al día siguiente tuviera que…

Más tarde, en la sala, tomaron un poco de oporto mirando el mural y escuchando la cuarta sinfonía de Schubert.

–Nunca lo hubiese creído -dijo Ruth, más animada-. Nunca hubiese creído que volvería a escuchar música. Que bebería vino. – Miró a su alrededor -. Ha hecho un excelente trabajo.

–¿Cómo era su casa? – preguntó Neville.

–No se parecía en nada a esto -dijo Ruth-. No teníamos un…

–¿Cómo protegían la casa? – interrumpió Neville.

–Oh -La joven pensó un momento-. Habíamos atrancado las ventanas, por supuesto. Y usábamos cruces.

–No siempre da resultado -dijo Neville serenamente, después de mirarla un momento.

Ruth se quedó sorprendida.

–¿No?

–¿Por qué un judío ha de temer la cruz? – dijo Neville-. ¿Por qué un vampiro que ha sido judío ha de temerla? Casi todos temen convertirse en vampiros. La mayoría acusan ceguera histérica ante los espejos. Pero la cruz… Bueno, no creo que ni un judío, ni un hindú, ni un mahometano, ni un ateo temieran la cruz.

Ruth alzó el vaso de vino y siguió escuchando a Neville en silencio.

–Por eso las cruces no siempre dan resultado -continuó Neville.

–No me dejó terminar la frase -dijo Ruth-. Utilizábamos ajos también.

–Creí que eso le provocaba náuseas.

–Y me las provocaba. He perdido más de diez kilos en este último tiempo. Estaba enferma.

Neville movió la cabeza convencido. Pero mientras iba a la cocina en busca de otra botella de vino pensó que ella ya debía de estar habituada al ajo después de tanto tiempo.

También podía no haber conseguido acostumbrarse. ¿Por qué desconfiar ahora? A la mañana siguiente le examinaría la sangre. He estado solo demasiado tiempo, pensó. Me he vuelto tan incrédulo que dudo de todo, a no ser que lo vea en el microscopio. Soy un buen hijo de mi padre, maldita sea su estampa.

De pie en la oscuridad de la cocina, descorchando la botella, Neville miró hacia la sala. Ruth tenía el cuerpo de una adolescente. No parecía que hubiera tenido dos hijos.

Y lo más insólito en todo este asunto, pensó, es que no me provoca ninguna excitación.

Si nos hubiésemos encontrado dos años antes, quizá todo hubiera sido distinto. Había pasado momentos terribles en aquellos días, momentos que obligaban a aceptar cualquier solución, por espantosa que fuera.

Afortunadamente, había comenzado con los experimentos, y algo se había calmado en su interior. La salvación del monje, reflexionó Neville.

Ahora no sentía casi nada. Sólo un leve movimiento, bajo los abruptos estratos de la abstinencia. Estaba contento de que sucediera así. Y, además, no podía estar seguro de que Ruth fuese la compañera esperada. Ni sabía tampoco si a la mañana siguiente podría seguir viviendo.

¿Curarla? Era algo casi imposible.

Volvió a la sala con la botella abierta. Ruth le sonrió delicadamente mientras Neville le servía vino.

–He estado contemplando el mural -dijo la joven-. Uno creería que en vez de una pared hay un bosque.

Neville emitió un gruñido.

–Debe de haberle costado mucho acondicionar así la casa.

–Usted puede imaginárselo -dijo Neville-. Pasó por lo mismo.

–No teníamos nada semejante -dijo ella-. Era una casa pequeña. En nuestra nevera no cabía casi nada.

–Les debe de haber faltado la comida -dijo Neville mirándola atentamente.

–Comíamos conservas -dijo la joven.

Neville movió la cabeza. Era una respuesta lógica, debía reconocerlo. Pero no le gustaba. Era sólo una sospecha, lo sabía, pero no le gustaba.

–¿Y el agua? – preguntó.

Ruth lo miró en silencio durante un rato.

–No cree una sola palabra de lo que le cuento, ¿no es cierto?

–No es eso -dijo Neville-. Me interesa conocer su forma de vida.

–Es inútil, no puede disimular. Ha estado solo demasiado tiempo. Ha perdido la capacidad de mentir.

Neville gruñó. Tenía la impresión de que la joven vacilaba con él. Es ridículo, arguyó. Es sólo una muchacha. Seguramente tiene razón y la casa era un escondite oscuro y desgraciado.

–Háble me de su marido -dijo de pronto.

La sombra de un recuerdo cruzó la cara de la joven. Se acercó el vaso a los labios.

–No ahora -dijo-. Por favor.

Neville se recostó en el sillón, sin saber por qué se sentía irritado. Las palabras de la mujer podían ser ciertas. También podían ser mentira.

¿Pero qué sacaría con mentir? se preguntó. Mañana le analizaré la sangre.

¿De qué le serviría mentir ahora si enseguida conoceré la verdad?

–Sabe -dijo Neville tratando de distender aquella rigidez-, he estado pensando que si tres personas pudieron sobrevivir a la plaga, ¿por qué no más?

–¿Cree usted que puede ser? – preguntó la joven.

–¿Por qué no? Habrá otros como nosotros.

–Cuénteme cosas sobre el germen -dijo ella.

Neville titubeó un momento, luego dejó el vino sobre la mesa. ¿Y si le decía todo? ¿Y si ella escapaba y volvía de la muerte conociendo todo lo que él sabía?

–Es muy complicado.

–¿Qué dijo acerca de la cruz? – recordó la joven-. ¿Cómo sabe que es cierto?

–¿Recuerda lo que le conté de Ben Cortman? – preguntó Neville, contento de volver a algo que la mujer ya sabía, y esquivando su curiosidad.

–Este hombre que usted…

Neville hizo un signo afirmativo.

–Sí. Venga -digo incorporándose-. Se lo mostraré. Cuando estaba junto a ella, detrás de la mirilla, Neville sintió que el olor del pelo y la piel de la joven no le gustaba. ¿Por qué? se preguntó en seguida. Soy como Gulliver después de visitar a los caballos lógicos, el olor humano me ofende.

–Es el que está al lado del farol -dijo.

La joven asintió.

–¿Por qué son tan pocos?

–Los he matado a casi todos -dijo Neville-. Sólo faltan ésos.

–¿Cómo es que está encendido el farol? – preguntó Ruth-. Creí que habían destruido los circuitos eléctricos.

–Sí, pero conecté el farol con mi generador -dijo Neville-. Así puedo verlos bien.

–¿No rompen la bombilla?

–La he protegido bien con alambres.

–¿No se encaraman y tratan de romperla?

–He untado el poste con ajo.

Ruth sacudió la cabeza.

–No se le escapa un detalle.

Neville dio un paso atrás y la miró un momento. ¿Cómo puede mirarlos tan fríamente, se dijo, preguntar con tanta curiosidad, haciendo sólo una semana que vio cómo destrozaban a su marido? Más dudas. ¿Nunca cesarían?

Sabía que no, hasta saber definitivamente la verdad.

Ruth se apartó de la mirilla.

–¿Me perdona un momento? – dijo.

Neville la siguió con la mirada mientras ella iba hacia el baño, y oyó cómo cerraba la puerta con llave. Luego cerró la mirilla y volvió al sillón. Una sonrisa fatigada le apareció en los labios. Miró el fondo del vaso y se tironeó distraídamente la barba.

"¿Me perdona un momento?".

Las palabras de Ruth habían sonado grotescamente divertidas. Restos de una educación olvidada. Consejos de Emily Post para quienes vivían en la tumba. Etiqueta para vampiros adolescentes.

Se le truncó la sonrisa.

¿Y ahora qué? ¿Qué depararía el futuro? ¿Estaría ella todavía allí una semana después, o en el pozo de fuego?

Neville sabía que si ella estaba infectada trataría de curarla por todos los medios. Pero ¿y si no tenía el bacilo? En cierta forma esta posibilidad era aún más enervante. En el primer caso ya sabía a qué atenerse, sin abandonar esquemas y normas. Pero si la joven se quedaba, tendrían que establecer una relación determinada, quizá ser marido y mujer, tener hijos…

Sí, esto era más difícil.

De pronto comprendió que en estos años se había transformado en un solterón empedernido y malhumorado. No pensaba ya en su mujer, su hija, ni su pasado. Bastaba el presente. Y temía las responsabilidades y los sacrificios. Temía entregarse de nuevo. Temía amar de nuevo.

Cuando la joven salió del baño, Neville seguía en la sala, pensando. El tocadiscos dejaba oír solamente el ruido de la aguja.

Ruth dio la vuelta al disco. Comenzó el tercer movimiento de la sinfonía. – Bueno, ¿y qué pasa con Cortman? – preguntó sentándose.

Neville la miró sorprendido.

–¿Cortman?

–Me iba a contar algo de él y la cruz.

–Oh. Sí, una noche lo hice entrar y le mostré la cruz. – ¿Qué pasó?

¿La mataré ahora? ¿La mataré y quemaré sin esperar el análisis?

Neville sintió que le faltaba el aire. Pensamientos semejantes daban testimonio del mundo que había integrado; un mundo terrible donde era más fácil asesinar que esperar.

Bueno, no he ido tan lejos todavía, pensó. Soy un hombre, no un animal destructor.

–¿Pasa algo malo? – dijo la joven nerviosa. – ¿Por qué?

–Me clava la mirada.

–Lo siento -dijo Neville fríamente-. Estoy… pensando.

La joven no discutió. Alzó el vaso y Neville vio que temblaba. Debía tener cuidado. No quería que ella sospechara lo que él sentía.

–Cuando le mostré la cruz -continuó, Cortman estalló en risas. Ruth hizo un gesto de comprensión.

–Pero cuando le mostré una tora ante los ojos, reaccionó violentamente. – ¿Qué le puso ante los ojos?

–Una tora. El libro de la ley, creo que ese es su nombre.

–Y eso… ¿qué reacción le produjo?

–Lo había atado a la silla, pero cuando la vio se desató de golpe y me atacó.

La joven parecía haber recuperado la confianza. – ¿Qué pasó?

–Me golpeó en la cabeza con algún objeto contundente. No recuerdo con qué. Pero utilicé la tora para reducirlo y hacerle retroceder hasta la puerta.

–Oh.

–¿Entiende? La cruz no tiene el poder absoluto que le confiere la leyenda.

Cuando la leyenda apareció en Europa la cruz se convirtió naturalmente en un símbolo defensivo por tratarse de un continente católico. La cruz luchando contra el poder de las tinieblas.

–¿No podía haber disparado contra Cortman? – preguntó Ruth. – ¿Cómo sabe que yo tenía un arma?

–Bueno… lo imagino. Nosotros teníamos una pistola.

–Entonces, ya sabrá que las balas no surten efecto sobre los vampiros.

–No… no teníamos la certeza -dijo la joven, y añadió rápidamente-: ¿Usted sabe por qué? ¿Por qué las balas no los destruyen?

Neville negó con la cabeza.

Quedaron en silencio, escuchando la música.

En realidad lo sabía, pero prefería no decírselo.

Experimentando con vampiros muertos había averiguado que los bacilos provocaban la secreción de un líquido pegajoso que sellaba rápidamente las heridas

de bala. El líquido envolvía las balas, aislándolas, y los gérmenes seguían activando el cuerpo. Disparar contra los vampiros era como lanzar piedras al agua. El líquido pegajoso impedía que las balas destruyeran cualquier órgano vital.

Miró a la joven, que estaba arreglándose en ese momento los pliegues de la falda. Neville vislumbró un muslo moreno, pero en vez de excitarse se irritó. Era aquel un típico truco femenino, pensó, un movimiento forzado.

A medida que pasaba el tiempo, sentía cómo iba alejándose de ella. En cierto sentido, hasta deseaba no haberla conocido. Había alcanzado cierto equilibrio con los años, había asumido la soledad, se había acostumbrado a ella, y ahora…

Para calmar la ansiedad buscó su pipa y el tabaco. Preparó la pipa y la encendió. Por un instante, pensó: ¿le pregunto si le molesta el humo? No se lo pregunto.

El disco terminó. La joven se incorporó y Neville vio cómo miraba las fundas. Parecía una adolescente, tan delgada. ¿Quién es?, pensó. ¿Quién es realmente?

–¿Puedo poner esto? – preguntó la joven mostrando un álbum. Neville respondió sin mirar.

–Ponga lo que quiera.

La joven se sentó y empezaron a oír los primeros compases del segundo concierto de Rachmaninoff. Sus gustos no son notablemente atrevidos, pensó Neville mirándola expresivamente.

–Cuénteme algo sobre usted -dijo la mujer.

Otra frase típicamente femenina, pensó Neville. En seguida se acusó de quisquilloso. ¿Por qué su irritación iba en aumento?

–No tengo nada que decir.

La muchacha sonreía de nuevo. ¿Acaso se burlaba?

–Esta tarde me asustó terriblemente -dijo ella-. Con ese aspecto desaliñado. Y esa mirada salvaje.

Neville lanzó una bocanada de humo. ¿Mirada salvaje? Qué ridículo comentario. ¿Qué pretendía? ¿Reducir las distancias con ingenio?

–¿Qué aspecto esconde bajo esas barbas?

Neville trató de sonreír, pero no pudo. – Un rostro vulgar, simplemente.

–¿Qué edad tiene, Robert?

Neville sintió un nudo en la garganta. Era la primera vez que le llamaba por su nombre. Oírlo en labios de una mujer, después de tres años, era raro e inquietante. No me llame así, estuvo a punto de decir. No quería confianzas. Si la mujer estaba infectada y no podía curarla, se desharía de ella como de un extraño.

La joven volvió la cabeza.

–No tiene por qué contestar si no quiere -dijo serenamente-. No le molestaré más. Me iré mañana.

Neville se puso rígido.

–Pero… -dijo.

–No quiero alterar su vida -dijo ella-. No tiene por qué sentirse obligado… porque seamos… los únicos.

Neville la miró fijamente y sintió un escalofrío de culpa. ¿Por qué no me fío de ella?, se preguntó. Si está infectada, no saldrá de aquí con vida. ¿Qué puedo temer?

–Perdone -dijo-. He… pasado demasiado tiempo solo.

La mujer no levantó la vista.

–Si quiere saber algo sobre mí -continuó Neville- trataré de complacerla.

La mujer dudó. Luego miró a Neville con ojos profundos.

–Me gustaría saber algo sobre la enfermedad -dijo al fin-. Perdí a mis dos hijas. Y también a mi marido.

Neville la observó y luego dijo:

–Es un germen. Una bacteria cilíndrica. Introduce en la sangre una solución isotónica. La circulación de la sangre se ralentiza. El bacilo vive en la sangre. Sin ella los bacteriófagos lo matan, o pasa al estado de espora.

La muchacha lo miró asombrada. Neville advirtió que no se había enterado de nada.

–Bueno -continuó-, no importa. La espora es un cuerpo de forma oval, con los elementos básicos del bacilo común. Si el vampiro se descompone, las esporas, transportadas por el viento, germinan en otros cuerpos y lo infectan.

La mujer movió la cabeza, incrédula.

–Los bacteriófagos son proteínas inanimadas. En este caso el metabolismo anormal destruye las células.

Luego Neville explicó, simplificando, los daños que el germen causaba en el sistema linfático. Citó el ajo como elemento alérgico y otros síntomas de la enfermedad.

–¿Por qué cree que somos inmunes? – preguntó la joven.

Durante un rato Neville la miró sin responder. Al fin se encogió de hombros, y dijo:

–No sé nada sobre usted. En cuanto a mí, cuando estaba en Panamá, durante la guerra, me mordió un murciélago. Y aunque no puedo demostrarlo, creo que había mordido antes a algún vampiro, contrayendo así la enfermedad. El germen le obligó a consumir sangre humana. Pero, afortunadamente, era un germen débil, y aunque estuve terriblemente enfermo, no llegué a morir. Mi cuerpo entonces quedó inmunizado. Esta es mi teoría. Y por ahora no encuentro una explicación mejor.

–Pero… ¿no existirán otros seres que les ocurriera lo mismo?

–No sé -dijo Neville serenamente-. Maté al murciélago. – Se encogió de hombros-. Quizá no había atacado a nadie más.

La mujer lo miró sin decir palabra, y Neville se sintió incómodo. Comenzó a

hablar de nuevo, pero esta vez sin ganas.

Se refirió someramente a las dificultades con que había tropezado en sus estudios.

–Al principio creí que las estacas debían atravesar el corazón. Era la leyenda. Descubrí después que no era imprescindible. Les atravesaba cualquier parte del cuerpo y morían igual. Pensé entonces que los mataba la hemorragia, pero un día…

Y Neville le contó el caso de la mujer que se había desintegrado ante sus ojos.

–Entonces me di cuenta de que no era la hemorragia -continuó Neville recordando complacido su descubrimiento-. No sabía qué hacer. Al fin un día encontré la solución.

–¿Qué solución? – preguntó la joven.

–Experimenté con un vampiro muerto. Le puse un brazo en una cámara neumática y lo pinché en el vacío. Salió sangre. – Neville hizo una pausa-. Eso fue todo.

La mujer lo miró fijamente sin comprender.

–No entiende -dijo Neville.

–Yo… no -admitió ella.

–Cuando entró aire en la cámara, el brazo se descompuso. La muchacha siguió escuchando atentamente.

–El bacilo -dijo Neville- es un organismo saprofito y puede vivir con o sin oxígeno, pero en la sangre es anaeróbico y vive en simbiosis con el vampiro. El vampiro lo alimenta con su sangre, y el germen le proporciona energía.

–¿Sí? – dijo la joven.

–Cuando entra el aire -prosiguió Neville-, la situación del germen cambia: se transforma en aeróbico y la simbiosis se interrumpe. El bacilo queda en situación de parásito, y con su particular violencia, devora al huésped.

–Entonces la estaca… -comenzó a decir la mujer.

–Deja entrar aire, naturalmente. Y mantiene la abertura en la carne. El líquido pegajoso no cierra las heridas como en la caso de las balas. El corazón, pues, no es esencial. Basta con abrir las muñecas -Neville sonrió débilmente-. ¡Cuando pienso en el tiempo que invertí haciendo estacas!

Ella manifestó su comprensión. El vaso que tenía aún en la mano lo dejó en la mesa.

–Por eso aquella mujer -dijo Neville- se descompuso tan aprisa. Había estado muerta mucho tiempo, y cuando entró el aire, el germen provocó una desintegración inmediata.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de la joven. – Es horrible -dijo.

Neville la miró sorprendido. ¿Horrible? Era curioso. No se le había ocurrido pensarlo durante años. Para él la palabra 'horrible' carecía de significado. Un horror acumulado termina por convertirse en costumbre. Para Neville la situación se reducía

a simples hechos, nada más. No se calificaban.

–¿Y qué pasa con aquellos… que todavía siguen vivos? – preguntó ella.

–Bueno -dijo Neville-, cuando se les cortan las venas el germen actúa como le he explicado. Pero la mayoría muere simplemente por hemorragia.

–Simplemente por hemorragia -repitió la joven, y volvió la cabeza.

–¿Qué ocurre? – preguntó Neville.

–Nada. Nada.

Neville sonrió.

–Uno se acostumbra a estas cosas -dijo-. Es obligado. La joven volvió a estremecerse.

–Créame -dijo Neville-. No hay otro camino. ¿Sería mejor dejarlos morir de la enfermedad y que vuelvan luego convertidos en vampiros?

Ella se apretó las manos.

–Pero usted dijo que hay muchos todavía vivos -recordó nerviosamente -. ¿Cómo sabe que no seguirán así?

–Lo sé -dijo Neville-. He estudiado el germen. Sé cómo se reproduce. El organismo lucha, pero al fin el germen siempre gana. He empleado antibióticos, pero no sirven de nada. Es inevitable. Las vacunas no inmunizan tampoco en los casos avanzados. No se puede luchar contra los gérmenes y a la vez elaborar anticuerpos. Es así, créame. Si no los mato, tarde o temprano morirán, y entonces vendrán a buscarme. No hay más alternativa.

Neville y la joven callaron y en la sala sólo se oyó el sonido de la aguja rozando los surcos interiores del disco. Ella tenía la mirada fija en el suelo. Es curioso, pensó Neville, justificar ahora lo que ayer parecía necesario. Nunca había pensado que podía estar equivocado. La presencia de la mujer despertaba ahora otros pensamientos. Pensamientos extraños.

–¿Cree que estoy equivocado? – preguntó Neville con voz incrédula. La joven se mordió el labio inferior y evitó la respuesta.

–Ruth -dijo Neville.

–Yo no puedo juzgarlo -dijo al fin.

18

–¡Virginia!

El desgarrador grito de Neville rompió la silenciosa oscuridad y la silueta negra se apretó contra la pared.

Neville saltó de la cama y miró a su alrededor con ojos somnolientos. El corazón le latía en el pecho, como un prisionero golpea las paredes de un calabozo. De pie, aún en estado de somnolencia, no sabía qué hora era ni dónde estaba.

–¿Virginia? – preguntó débilmente, temblorosamente-. ¿Virginia? – Soy… soy yo -respondió la voz en la oscuridad.

Neville avanzó con paso inseguro hacia el débil rayo de luz que entraba por la mirilla abierta. Parpadeó despacio. Extendió una mano y oyó un jadear.

–Soy Ruth. Ruth -dijo la silueta en voz baja.

Neville se quedó allí, tambaleándose en la oscuridad, con la expresión del que no comprende.

–Soy Ruth -repitió la silueta en voz más alta.

Neville se despertó completamente. Algo frío se le retorció en el pecho y el estómago. No era Virginia. Sacudió la cabeza y se frotó los ojos con los dedos entumecidos.

Se quedó mirando a la joven durante un buen rato, sintiendo el gran peso de una repentina depresión que le aplastaba.

–Oh -murmuró débilmente-. Oh, yo…

La nebulosa que lo había envuelto se desvaneció. Observó la mirilla y luego a Ruth.

–¿Qué hacía? – preguntó con una voz dormida, y encendió la lámpara.

–Nada -dijo ella, nerviosa-. No podía dormir.

Neville parpadeó ante la luz. Luego su mano soltó el interruptor de la lámpara y se volvió. La mujer estaba apoyada contra la pared, con los brazos colgando y los puños apretados.

–¿Por qué se ha vestido? – preguntó Neville, sorprendido. La joven respiraba ruidosamente, mirando a Neville. Éste se frotó los ojos y se despejó las sienes.

–Estaba… estaba mirando -dijo ella. – ¿Pero por qué se ha vestido?

–No podía conciliar el sueño.

Neville la miró, todavía un poco chocado pero sintiendo que el corazón se le calmaba. A través de la mirilla se oían los aullidos de la calle, y por consiguiente escuchó el grito de Cortman:

–¡Sal, Neville!

Neville se acercó a la puerta y acabó de cerrar la mirilla. Luego se volvió hacia Ruth.

–Le he preguntado por qué se ha vestido.

–Me vestí, simplemente.

–¿Iba a marcharse mientras yo dormía? – No, yo… ¿Iba a irse?

La joven dejó escapar un gemido. Neville le había agarrado la muñeca apretándosela.

–No, no -se apresuró a decir-. ¿Cómo podría hacerlo, con ellos ahí fuera?

Neville miró el rostro aterrorizado de la joven. Se estremeció al recordar la sensación que le había invadido al despertar, creyendo que era Virginia.

Bruscamente, le soltó el brazo y se alejó. Estaba convencido de que el pasado había muerto. Pero se preguntaba: ¿Cuánto tarda en morir el pasado?

La joven no dijo ni una palabra. Neville se sirvió un poco de whisky y lo tomó de un trago. Virginia, Virginia, pensó desesperándose, todavía en mi mente. Cerró los ojos y apretó las mandíbulas.

–¿Se llamaba así? – preguntó ella.

Neville se puso tenso, pero cedió en seguida.

–Bueno -dijo con voz cansada-. Vuelva a la cama. La joven dio un paso atrás.

–Lo siento -dijo.

De pronto, Neville comprendió. En realidad, no quería que ella se acostase. Quería que se quedase con él haciéndole compañía. No sabía por qué, pero no quería estar solo.

–La confundí con mi mujer -se oyó decir-. Desperté de súbito y creí…

Bebió otro trago de whisky, se atragantó y comenzó a toser. Ruth lo miraba desde la penumbra.

–Ella volvió una vez -dijo Neville-. La enterré, pero una noche volvió.

Era como… como usted esta noche. Una sombra, un contorno. Estaba muerta.

Pero volvió. Traté de tenerla conmigo, pero no podía ser la de antes. Sólo quería…

Neville contuvo un sollozo.

–Mi propia mujer -dijo con voz temblorosa-, ¡volviendo sólo para beberme la sangre!

Golpeó con el vaso la barra del bar. Se volvió, caminó rápidamente hasta la mirilla y regresó otra vez al bar. Ruth no abrió la boca. Seguía en la oscuridad, escuchando.

–La llevé otra vez -dijo-. Tuve que tratarla como a los demás. Mi propia mujer. Una estaca -añadió con voz terrible-. Tuve que clavarle una estaca en el corazón. Entonces no sabía otro método. Yo…

No pudo terminar. Calló largo rato, temblando de pies a cabeza, apretando los párpados con fuerza.

Al fin habló otra vez:

–Sucedió hace casi tres años. Y aún lo recuerdo, es como si hubiera sucedido ayer -dio un puñetazo sobre el bar-. Todo esfuerzo es inútil. Y no puedo acostumbrarme, olvidarme.

Se mesó nerviosamente los cabellos y continuó:

–Sé lo que usted siente. Lo sé. Al principio no me di cuenta. No confié en usted. Me sentía protegido y tranquilo en mi refugio. Ahora… -sacudió la cabeza lentamente, derrotado-. En un segundo todo ha desaparecido. La costumbre, la seguridad, la paz…

–Robert. – La voz de la joven parecía tan angustiada y triste como la suya-. ¿Por qué nos han castigado así? – preguntó.

Neville suspiró entrecortadamente.

–No sé. No hay respuesta. No hay motivo aparente. Simplemente, es así.

La joven se había acercado. Y de pronto, sin titubeos, sin forcejeos,

Neville la apretó contra él y se transformaron en dos seres que se fundían en la profunda soledad de la noche.

–Robert. Robert.

Las manos de Ruth acariciaban los hombros de Neville, una y otra vez, y Neville la apretaba contra él con fuerza y cerrando los ojos se perdía en aquellos cabellos tibios y suaves.

Se besaron largo rato, y sus manos abrazaban con fuerza el cuello de Neville.

Se sentaron luego, a la tenue luz de la sala. – Lo siento, Ruth -dijo Neville.

–¿De veras lo sientes?

–Sí. Siento haber sido tan cruel cuando te encontré, no haber confiado en ti.

Ella calló.

–Oh, Robert -dijo luego-. Es todo tan injusto. ¡Tanto! ¿Por qué seguimos vivos? ¿Por qué no hemos muerto como los demás? Sería mejor que todos hubiésemos desaparecido.

–Calla, calla -dijo Neville, sintiendo que ya no podía controlar las emociones que lo invadían-. Todo se arreglará.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de la joven.

–Sí, sí. Todo se arreglará -repitió Neville. – ¿Y cómo?

–Se arreglará -dijo Neville, aunque no estaba seguro de nada y sabía que las palabras brotaban sólo gracias a aquella tensión liberada.

–No -dijo ella-. No.

–Sí, Ruth. Sí.

Neville allí, en el sofá, había perdido la noción del tiempo. Lo había olvidado todo, el tiempo y el lugar. Estaba con ella, estaban solos en el mundo y se necesitaban; eran los únicos supervivientes de un oscuro terror.

Y de pronto sintió la necesidad de ayudarla cuanto antes. – Ven -dijo-. Te

analizaré ahora.

El cuerpo de la joven se puso tenso.

–No, no -dijo Neville rápidamente-. No temas nada. Si encontramos algo, te curaré. Juro que te curaré, Ruth. Pero verás cómo no encontraremos nada.

Ruth lo miraba en la oscuridad, sin decir palabra. Neville se incorporó y la cogió de la mano. Sentía una excitación totalmente distinta. Quería curarla, ayudarla.

–Permíteme -dijo-. No te dolerá. Te lo prometo. Quiero que estemos seguros. Así podremos planear nuestra vida y trabajar. Te salvaré, Ruth. O moriré contigo.

La joven se resistía, con el cuerpo tenso.

–Ven, Ruth.

Ahora que había puesto al descubierto sus emociones, Neville no tenía en qué apoyarse y no podía controlar sus temblores.

La llevó al dormitorio. Y cuando vio plasmado el terror en aquel rostro, la acercó a él y le acarició el pelo.

–Todo irá bien. ¿No lo entiendes?

La ayudó a sentarse en la banqueta. La joven estaba pálida. Neville desinfectó la aguja quemándola con el mechero Bunsen. Luego se inclinó y la besó en la mejilla.

–Todo irá bien -dijo dulcemente-. Todo irá bien. No te preocupes.

Ruth cerró los ojos y Neville clavó la aguja, sintiendo el dolor como si hubiera pinchado su propio dedo. Extrajo la sangre y la extendió en la platina.

–Ya está -dijo, y pasó un algodón con alcohol por la yema del dedo, temblando. No lograba controlarse. Apenas podía preparar el microscopio, y miraba a Ruth y sonreía, tratando de borrarle del rostro aquel rictus de terror.

–No tengas miedo -dijo-. Por favor. Te curaré si estás enferma. Lo haré, Ruth, te lo prometo.

La muchacha se sentó en silencio, mirándolo trabajar con los ojos perdidos, moviendo nerviosamente las manos en el regazo.

–¿Y qué harás si… si estoy? – dijo al fin.

–No lo sé aún -dijo Neville-. No estoy seguro. Pero hay muchas cosas.

–¿Qué cosas?

–Vacunas, por ejemplo.

–Dijiste que las vacunas no dan resultado -comentó la joven con voz débil.

–Sí, pero… -Neville se interrumpió para meter la platina en el microscopio.

–Robert, ¿qué podrás hacer?

La joven se levantó de la banqueta y se acercó a Neville, que se inclinaba ya sobre el microscopio.

–¡Robert, no mires! – suplicó de pronto. Pero era tarde: Neville ya había visto.

Sin darse cuenta se le había entrecortado el aliento. Miró a la joven, confundido.

–Ruth -susurró apenas.

La maza le golpeó en plena frente.

Neville sintió que la cabeza le estallaba de dolor y cayó de costado, sobre el microscopio. Sorprendido, miró aquel rostro contraído por el miedo. La maza golpeó otra vez. Neville gritó y cayó de rodillas hacia delante. A mil kilómetros de distancia, oyó un sollozo contenido.

–Ruth -murmuró.

–¡Te supliqué para que no lo hicieras! – gritó la joven.

Neville la agarró por las piernas, y la joven dejó caer la maza por tercera vez, ahora en la nuca.

–¡Ruth!

Las manos de Neville perdieron fuerza. Cayó de bruces y cerró convulsivamente los dedos en el aire, hundiéndose en las sombras.

19

Cuando volvió en sí, el silencio reinaba en la casa.

Durante un rato siguió allí, tendido, mirando confusamente el suelo. Luego, con un lamento de dolor, se incorporó. Sintió como si un millón de agujas le atravesara la cabeza, y volvió a caer sobre el frío suelo, cogiéndose la cabeza con las manos.

Minutos después trató de levantarse lentamente agarrándose del borde de la mesa. El suelo se movía bajo sus pies, y Neville tuvo que cerrar los ojos. Esperó un momento.

Al fin consiguió llegar a rastras hasta el baño. Se lavó la cara con agua fría y se sentó en el borde de la bañera, con una toalla húmeda envuelta en la frente.

¿Qué había pasado? Miró parpadeando las blancas baldosas del suelo.

Se incorporó y llegó hasta la sala. Estaba vacía. La puerta de calle estaba abierta permitiendo la entrada a la luz gris de la mañana. La joven se había ido.

Empezaba a recordar. Regresó al dormitorio, apoyándose en las paredes.

Sobre la mesa, junto al volcado microscopio, había una carta. Cogió el papel con dedos entumecidos, y acercándose a la cama, se sentó. Alzó el papel hasta los ojos. Pero le bailaban las letras. Sacudió la cabeza suavemente y volvió a cerrar los ojos. Al cabo de un rato pudo leer:

Robert: Ahora ya lo sabes. Ya has descubierto que te espiaba y sabes que casi todo lo que dije era falso.

Te escribo esta carta porque quiero salvarte, en la medida de lo posible.

Cuando me pidieron que te espiara, no me interesaba tu vida. Porque yo tenía un marido, Robert, y tú lo mataste.

Pero ahora las cosas son distintas. Yo sé ahora que tú no elegiste este modo de vida, como nosotros no elegimos el nuestro. Estamos infectados. Pero a pesar de tus descubrimientos, seguiremos vivos. Descubrimos el modo, y vamos a crear una nueva sociedad, sin prisas pero sin pausas. Nos libraremos de esos miserables castigados por la muerte. Y aunque yo no lo quiera, hemos decidido matarte a ti y a tus semejantes.

–¿A mis semejantes?, pensó Neville, aturdido. Pero siguió leyendo.

Trataré de salvarte. Les explicaré que estás demasiado bien protegido para que te ataquemos ahora. Aprovecha el tiempo que te doy, Robert. Vete de la casa, escapa a las montañas y sálvate.

Ahora somos unos cuantos. Pero creceremos tarde o temprano, y entonces no podré impedir tu destrucción. Te lo repito Robert, ¡sálvate mientras puedas! Sé que te costará creerlo. No creerás que podemos vivir a la luz del sol, aunque sólo sea durante cortos periodos. No creerás que mi color fuera natural y no producto del maquillaje. No creerás que podemos vivir con el germen en la sangre.

Por eso te dejo una de mis pildoras.

Todo el tiempo que pasé aquí las estuve tomando. Las escondí en mi cinturón. Descubrirás que están compuestas por sangre defebrinada y una droga. No sé exactamente cuál. Pero sé que la sangre alimenta al germen y la droga impide su reproducción. El descubrimiento de esta pildora frenó nuestra eliminación, ayudándonos a reconstruir el mundo. Créeme, es cierto. ¡Y por favor, huye!

Perdóname también. No quería hacerte ningún daño. Pero me aterrorizaba pensar qué harías cuando supieses la verdad.

Perdóname por haberte engañado tanto. Pero, por favor, cree sólo una cosa: cuando estábamos abrazados, en la oscuridad, no estaba espiándote. Te quería.

Ruth.

Neville leyó otra vez la carta. Luego dejó caer la mano, abatido, y se quedó mirando el suelo. No podía creerlo. Movía la cabeza, tratando de comprender, pero era difícil.

Se acercó a la mesa con paso inseguro. Recogió la pildorita ambarina, la sostuvo en la palma, y la olió. Sentía que la seguridad lo estaba abandonando.

¿Cómo podía, sin embargo, negar la evidencia? La pildora, el encuentro a la luz del sol, su reacción ante el ajo.

Se sentó en la banqueta y miró la maza caída en el suelo. Lentamente, los recuerdos se iban agolpando en su mente.

Cuando se encontraron en el campo, la joven había huido asustada. ¿Lo estaba engañando? No, se asustó de veras. Su grito la había sorprendido sin duda, aunque ella estuviese esperándolo. Luego, más tarde, controlando más la situación, había argumentado que su reacción ante el ajo se debía a un estómago delicado. Y había mentido, fingiendo una aceptación sin esperanza, y le había sonsacado débilmente toda la información posible. Y cuando quería irse, no podía, por culpa de Cortman y los demás. Él había despertado en aquel momento y se habían abrazado, y…

Neville dio un puñetazo a la mesa. Te quería. Mentira. ¡Mentira! Arrugó la carta y la lanzó lejos.

El dolor creció con la ira y tuvo que agarrarse la cabeza entre las manos, cerrando los ojos.

Al cabo de un rato se recuperó y puso el microscopio en su sitio.

El resto de la carta no era mentira, debía reconocerlo. Aun sin la pildora, aun sin aquellos recuerdos, debía reconocerlo. Quedaba algo que Ruth y los suyos parecían ignorar.

Miró por el microscopio un largo rato. Sí, lo había encontrado. Y admitir lo que veía, cambió todo su mundo. ¡Qué estúpido e incapaz se sentía! ¿Cómo no lo había previsto? Y sin embargo, había leído la frase cien, mil veces. Y nunca se había detenido a entender todo su significado. Era una frase muy simple:

Las bacterias también pueden ser mutantes.

IV - Enero de 1979

20

Aparecieron de noche. Llegaron en coches oscuros, venían provistos de linternas, rifles, hachas y palos. Llegaron de la oscuridad con un rugir de motores, y los haces de luz largos y blancos de los faros doblaron la esquina buscando la calle.

Neville en ese momento estaba espiando por la mirilla. Había dejado de leer y miraba con curiosidad cuando los rayos de luz enfocaron las caras descoloridas. Los vampiros se volvieron asustados, con los oscuros ojos salvajes clavados en las luces.

Neville retrocedió bruscamente, alejándose de la mirilla. Durante un momento permaneció allí, en las sombras de la sala, temblando, indeciso. El rugido de los motores atravesó las paredes insonorizadas. Pensó en las pistolas de la cómoda, en el rifle ametralladora de la mesa de trabajo, pensó en atrincherar la casa.

Pero no. Lo tenía decidido. Lo había planeado todo, escrupulosamente, durante los últimos meses. No se enfrentaría. Se acercó otra vez a la puerta, y miró.

La calle era un continuo de escenas violentas y rápidas, iluminadas por el potente resplandor de los faros. Hombres que perseguían a otros hombres, ruidos de tacones sobre el pavimento. Luego un disparo, el eco del disparo, y luego más disparos.

Dos vampiros rodaron por el pavimento. Cuatro hombres los sujetaron con los brazos en cruz y otros dos les hundieron en el pecho las brillantes puntas de unas picas. La noche se llenó de aullidos. Neville sintió que se ahogaba.

Los hombres vestidos de oscuro tenían una clara idea de lo que hacían. Había siete vampiros en la calle; seis hombres y una mujer. Los rodearon a todos, los sujetaron por los brazos, y hundieron en su cuerpo las picas afiladas como cuchillos. La sangre corría a mares por la calle, y los vampiros fueron muriendo, uno a uno. Neville se estremeció. ¿Era ésta la nueva sociedad de la que Ruth le había hablado? ¿Y tenían que actuar así, ensañándose de un modo tan ciego y brutal? ¿Por qué venían de noche, cuando era mucho menos violento matarlos de día?

Apretó los puños. Aquella metódica carnicería no le gustaba. Esos hombres parecían asesinos, y no seres que defendían su existencia. Había advertido una expresión de maligno triunfo en los rostros iluminados por la luz de los faros. Eran rostros crueles, sin emoción. De pronto Neville se detuvo a pensar. ¿Dónde estaba Ben? Miró arriba y abajo de la calle, pero no vio ningún rastro de él. No quería que matasen a Ben Cortman, no quería que lo destruyesen de esa manera. Estupefacto, se dio cuenta de que sentía más simpatía por los vampiros que por esos seres.

Ahora los siete vampiros yacían inertes en sus charcos de sangre. Los faros, sin cesar de moverse, iluminaban la noche. Un rayo enceguecedor enfocó la mirilla. Neville se retiró. Luego la luz se alejó, y miró de nuevo.

Se oyó un grito. Los ojos de Neville siguieron la luz. Se puso tenso.

Cortman estaba en el tejado de la casa de enfrente. Trepaba lentamente tratando

de alcanzar la chimenea, con el cuerpo aplastado contra las tejas.

Neville comprendió de pronto que aquella alta chimenea había sido el escondite de Cortman durante este tiempo. Apretó las mandíbulas. Cortman no merecía morir en manos de aquellos desconocidos. Objetivamente, era un absurdo; pero así lo sentía. Aquellos seres no podían apropiarse del descanso de Cortman. Pero él, Neville, no podía intentar nada.

Con una mirada de desaliento, vio que los focos apuntaban hacia el cuerpo encogido de Cortman. Las manos pálidas buscaban lentamente algún asidero. Se movía lentamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo. ¡Apresúrate!, pensó Neville, pero no lo dijo en voz alta. Sintió que se le contraía el cuerpo, que luchaba junto con Cortman, imitando aquellos movimientos de agonía.

Los hombres, sin pronunciar orden alguna, alzaron de pronto sus rifles y el ruido de los disparos desgarraron la noche.

Neville sintió como si las balas entraran en su propia carne. Cortman se retorció bajo los impactos y Neville se estremeció convulsivamente.

Cortman siguió retorciéndose. Neville vio la cara blanca y tensa. Ha llegado el fin de Oliver Hardy, pensó, la muerte de las comedias y las risas. No oía ya el ruido de los disparos. Ni siquiera notaba cómo las lágrimas le corrían por la cara.

Ben Cortman estaba de rodillas ahora, y trataba de agarrarse a la chimenea con dedos inseguros. Se retorció aún más, alcanzado por otras balas. Sus ojos oscuros brillaban a la luz de los faros; su boca dejaba escapar un quejido silencioso.

Al fin se puso de pie, apoyado en la chimenea, y Neville, palideciendo, vio cómo alzaba la pierna derecha.

En ese instante se oyó el ruido de la ametralladora. Durante un momento, Cortman recibió de pie los impactos, con las manos en alto y con expresión de desafío en su cara blanca.

–Ben -murmuró Neville entrecortadamente.

El cuerpo de Cortman se dobló por la cintura y cayó hacia adelante. Perdió el equilibrio y rodó lentamente por el tejado inclinado, y por fin cayó al vacío. Siguió un silencio, y Neville oyó el cuerpo estrellándose contra la calle. Cerró los ojos. Los hombres se acercaban a Cortman esgrimiendo sus picas.

Otra vez el ruido de botas sobre el pavimento. Neville retrocedió a la oscuridad. De pie en medio de la sala, esperó que los hombres lo llamaran y le invitaran a salir. Trató de recuperar la calma. No voy a luchar, se dijo. Aunque quisiera hacerlo, aunque odio suficientemente a esos hombres con sus armas y sus ensangrentadas picas.

Pero no iba a luchar. Lo tenía bien decidido. Los hombres actuaban como les parecía necesario, a pesar de aquella violencia inútil y aquel ensañamiento. Él, Neville, había matado a muchos y ahora ellos tenían que capturarlo. No lucharía por

salvarse. Se entregaría a la justicia de aquel nuevo mundo. Cuando lo llamaran saldría y se rendiría. Lo tenía bien decidido.

Pero no lo llamaron. Neville retrocedió jadeando al oír ruido de hachas en la puerta de calle. ¿Qué hacían? ¿Por qué no lo llamaban y le invitaban a salir?

No era un vampiro, era un hombre. ¿Por qué se comportaban así?

Dio media vuelta y miró hacia la cocina. Derribaban también la puerta trasera. Se quedó nervioso en medio del pasillo. Miró alternativamente a una y otra puerta. ¡No entendía lo que estaba pasando! ¡No lo entendía!

Oyó unos disparos. Asustado, corrió al vestíbulo y comprobó que los hombres habían hecho saltar a balazos la cerradura de la puerta de calle. Un disparo más, con ecos que resonaran por la casa.

Y, de pronto, lo entendió. No iban a llevarlo ante sus tribunales para juzgarlo. Iban a acabar con él.

Aterrorizado, corrió al dormitorio y buscó, aturrullado, en el cajón de la cómoda.

Se volvió, temblando, con las pistolas en las manos. ¿Pero y si en realidad sólo querían apresarlo? No podía molestarse porque no lo hubieran llamado. La casa estaba a oscuras. Quizá pensaban que no estaba allí.

Se quedó en el dormitorio, sin encender la luz y sin saber qué hacer. ¿Por qué no había escapado? ¿Por qué no había escuchado los consejos de Ruth? ¡Qué inconsciente había sido!

La puerta de la calle cedió al fin, y una de las pistolas se le cayó a Neville de la mano. Un ruido de pies pesados cruzó la sala. Neville retrocedió, empuñando la otra pistola. ¡No iban a matarlo tan fácilmente! Lanzó una maldición. Había tropezado con su escritorio. En el vestíbulo un hombre decía algo que Neville no pudo entender. Luego resplandeció la luz de unas linternas. Neville contuvo la respiración. Sintió que todo a su alrededor empezaba a girar. Así que este es el fin. No podía dejar de pensar. Este es el fin.

Las pisadas resonaron en el pasillo. Los dedos de Neville apretaron con más fuerza la empuñadura de la pistola, los ojos seguían clavados en el umbral.

Dos hombres entraron.

Los rayos de las linternas bailaron por el cuarto hasta dar con la cara de Neville. Los hombres retrocedieron al instante.

–¡Tiene una pistola! – gritó uno de ellos, y disparó.

Neville oyó cómo la bala se incrustaba en la pared, por encima de su cabeza. En seguida la pistola comenzó a disparar, iluminándole la cara con breves resplandores. No apuntaba. Sólo apretaba el gatillo como un autómata. Un hombre lanzó un grito de dolor.

En seguida Neville sintió un golpe en el pecho. Se tambaleó, disparó una vez más y cayó de bruces soltando la pistola.

–¡Ya lo tenemos! – Oyó que alguien gritaba. Trató de recuperar la pistola, pero una bota le aplastó la mano. Neville la apartó gritando y se quedó mirando el suelo.

Unas manos lo agarraron con brusquedad por debajo de los brazos para levantarlo. Se preguntó por qué no lanzaban el último disparo. Virginia, pensó, Virginia, pronto estaré contigo. Sintió un terrible dolor en el pecho, como si alguien le rociara con plomo fundido. Oyó el taconeo de otras botas, y se dispuso a morir. Al menos, voy a morir en mi casa, pensó. Los hombres lo arrastraron hasta la calle. Neville trató de luchar casi sin fuerzas.

–No -dijo-. ¡No!

Otro golpe. Esta vez en la cabeza. Perdió el mundo de vista. – Virginia -murmuró Neville roncamente.

Y los hombres oscuros arrastraron el cuerpo inconsciente fuera de la casa. A la soledad de la noche. A aquel mundo que les pertenecía y que ya no sería nunca más el mundo de Neville.

21

Un confuso murmullo en el aire. Neville tosió débilmente, con una mueca de dolor. Movió la cabeza de un lado a otro de la almohada. El ruido se intensificó. Era como una suma de ruidos. Se llevó lentamente las manos al pecho. ¿Por qué no le apagaban aquel fuego que le ardía encima? Alguien continuaba metiéndole carbones encendidos en la carne. Otro gemido, de agonía esta vez. Luego abrió los ojos.

Contempló, sin parpadear, el cielo raso de yeso. El dolor crecía y disminuía intermitentemente. Neville volvió a contraer el rostro, resistiendo el dolor. Si se relajaba, estaba perdido. Durante unos minutos luchó contra el dolor. Luego, como una máquina que empieza a funcionar, jadeando, deteniéndose, moviéndose otra vez, sintió que empezaba a despertar.

¿Dónde estoy?, se preguntó. El dolor era espantoso. Se miró el pecho y y vio una amplia venda, con una mancha roja y húmeda. Cerró los ojos. Estoy herido, se dijo. Malherido. Sentía la boca y la garganta resecas. Dónde estoy, dónde estoy…

Entonces le vino a la memoria el ataque a la casa y los hombres oscuros.

Y supo dónde se encontraba antes de ver la ventanilla con barrotes que tenía a un costado. Miró por la abertura un buen rato. El confuso ruido venía de afuera.

Dejó balancear la cabeza sobre la almohada y continuó mirando el cielo raso. Era difícil comprender que no se trataba de una pesadilla. Tres años de soledad en la casa, para terminar así.

Pero ahí estaba ese terrible dolor en el pecho, y la mancha de sangre empapando la venda. Cerró los ojos. Voy a morir, pensó. Y sin embargo, no parecía que fuera a llegar el momento. A pesar de haber vivido con la muerte, de haber pasado tantas veces sobre ella, como por una maroma, no parecía real. La muerte propia escapaba de su capacidad de comprensión.

Estaba todavía tumbado de espaldas cuando se abrió una puerta.

No podía volverse. El dolor era insoportable. Oyó pasos que se acercaban a la cama y se detenían junto a ella. Alzó los ojos, pero no vio a nadie. Mi verdugo, pensó, la justicia de esta nueva sociedad. Cerró los ojos y esperó.

Oyó las pisadas otra vez. Neville trató de tragar saliva, pero tenía la garganta demasiado seca. Se pasó la lengua por los labios para humedecérselos.

–¿Tienes sed?

Abrió los ojos y miró, y el corazón aceleró sus latidos. El dolor aumentó. Gimió y dobló la cabeza sobre la almohada, mordiéndose los labios y apretando la manta con fuerza.

La mujer estaba a su lado, arrodillada, secándole la frente humedeciéndole los labios con un trapo frío y húmedo. El dolor se mitigó, y Neville vio al fin el rostro de la mujer. Se quedó mirándola, con ojos entrecerrados por el dolor.

–Vaya -dijo finalmente.

La joven no respondió. Se levantó del suelo y se sentó en el borde del camastro. Le secó otra vez la frente. Luego extendió un brazo y Neville oyó un ruido de agua.

La joven le sujetó la cabeza, ayudándole a beber. El dolor aumentaba y ahora era cortante y frío. Probablemente esto es lo que sentían ellos, pensó, cuando las picas les atravesaban el corazón. Esta agonía cortante y mordiente. La vida que se escapa con la sangre.

Dejó caer la cabeza en la almohada. – Gracias -murmuró.

La joven lo miró con una curiosa expresión mezcla de simpatía y desprendimiento a la vez. Se peinaba ahora hacia atrás, con el pelo recogido en una cola. Parecía mucho más segura de sí misma.

–¿No me creíste, verdad? – dijo.

La sequedad de la garganta le hizo toser. Abrió la boca y aspiró una bocanada de aire húmedo.

–Sí…, sí, te creí -dijo.

–¿Por qué no te fuiste entonces?

Neville trató de hablar, pero se le confundieron las palabras. Volvió a tomar aliento.

–No… no pude -murmuró al fin-. Quise irme… varias veces. Una vez… hasta recogí mis cosas y… dejé la casa. Pero volví… No podía… no podía irme… Estaba demasiado habituado… a la casa… Era realmente eso, un… hábito. Como el hábito de vivir. Estaba… acostumbrado.

Los ojos de la mujer miraron el rostro de Neville. Le secó otra vez la frente, apretando los labios.

–Ahora es demasiado tarde. Lo sabes, ¿no es cierto?

–Lo sé -dijo Neville.

Trató de sonreír, y dejó escapar una mueca.

–¿Por qué te resististe entonces? Dijo Ruth-. Tenían la orden de traerte aquí sin heridas. Si no te hubieras enfrentado a ellos, no te hubieran golpeado.

Un espasmo sacudió a Neville.

–Eso no cambiaría nada -dijo.

Cerró los ojos y apretó los dientes, luchando con el dolor. Cuando los abrió otra vez, estaba todavía allí. La expresión de su rostro era la misma.

Neville sonrió débilmente.

–Tu…,tu sociedad… es realmente algo fantástico -jadeó-. ¿Quiénes eran esos asesinos que destrozaron… mi casa? ¿El… consejo de justicia?

La mirada de la mujer era fría y serena. Ha cambiado, pensó Neville de pronto.

–Todas las sociedades nuevas son primitivas -replicó la joven-. Tú ya lo sabes. Son… como grupos terroristas que transforman la sociedad a base de violencia. Es

inevitable. Tú mismo utilizaste la violencia, Robert. Mataste. Muchas veces.

–Sólo para… sobrevivir.

–Nosotros tenemos las mismas razones -dijo Ruth tranquilamente-. Para sobrevivir. No podemos permitir que los muertos persigan a los vivos. Deben ser destruidos. Así como quien mata a los muertos y a los vivos.

Neville respiró hondo, y el dolor le mordió los costados. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Esto terminará pronto, pensó. No puedo resistir mucho más. No, no temía a la muerte. No entendía por qué, pero no lo asustaba.

El dolor disminuyó. Neville miró el rostro sereno de la joven.

–De acuerdo -dijo-. Pero… ¿has visto la expresión de su cara cuando matan? – Un movimiento compulsivo-. Alegría -murmuró-. Alegría pura.

La sonrisa de Ruth parecía irónica. Ha cambiado realmente, pensó Neville.

–¿Viste alguna vez tu cara? – preguntó la joven refrescándole la frente. Yo la vi, ¿recuerdas? Y ni siquiera matabas entonces. Simplemente me perseguías.

Neville cerró los ojos. ¿Por qué la escuchó?, pensó. Es un nuevo converso, un nuevo militante de esta religión de la violencia.

–Quizá viste alegría en sus caras -siguió ella-. No es de extrañar. Son muy jóvenes. Y son asesinos a sueldo, asesinos legales. Se los respeta porque asesinan, se los admira. ¿Qué esperas de ellos? Son hombres. Y los hombres llegan a gozar matando. Es una vieja historia, Robert. Tú la conoces bien.

Neville la miró. La sonrisa de Ruth era la sonrisa dura y tirante de la mujer que quiere seguir siéndolo en la abnegación y el sacrificio.

–Robert Neville -dijo-, el último representante de la vieja raza.

El rostro de Neville cambió.

–¿El último? – murmuró, sintiendo de pronto sobre él el peso de una profunda soledad.

–Así parece al menos -dijo ella indiferente-. Realmente eres el único. Cuando desaparezcas, no quedará nadie como tú en nuestro mundo.

Neville miró por la ventana.

–Hay… gente… afuera -dijo.

La mujer movió la cabeza afirmativamente.

–Están esperando.

–¿Mi muerte?

–Tu ejecución.

Neville levantó la mirada hacia ella sintiendo que se le ponían rígidos los músculos.

–Convendría que se dieran prisa -dijo, sin miedo, con voz desafiante.

Se miraron a los ojos. Luego algo pareció ceder en ella. Estaba muy pálida.

–Lo sabía -dijo-. Sabía que no tendrías miedo. Impulsivamente acarició la mano

de Neville.

–Cuando oí que iban a buscarte, pensé en prevenirte. Pero se me ocurrió que si todavía estabas allí, nada te haría cambiar de idea. Luego pensé en ayudarte a escapar. Pero me dijeron que estabas malherido, y una huida sería imposible. – Una sonrisa le cruzó el rostro-. Me alegra que no tengas miedo. Eres muy valiente, Robert -añadió con voz más suave.

Callaron, y Neville sintió la presión de su mano. – ¿Cómo… has podido venir? – preguntó.

–Soy oficial de rango en la nueva sociedad -dijo la joven. Neville movió la mano bajo sus dedos.

–No dejes… no dejes… -Tosió, y asomó un hilo de sangre-. No dejes que sean demasiado brutales… demasiado crueles.

–Qué puedo… -empezó Ruth, y calló. Sonrió en seguida-. Trataré de que así sea -dijo.

Neville no pudo responder. El dolor aumentaba. Se retorcía y convulsionaba como un animal dentro de su cuerpo.

Ruth se inclinó hacia él.

–Robert -dijo-. Escúchame. Quieren ejecutarte. Aunque estés herido. Tienen que hacerlo. La gente ha estado esperando afuera toda la noche. Te tienen miedo, Robert, te odian. Y quieren que pagues con tu vida.

Se desabrochó la blusa y buscó en el corpino. Sacó al fin un paquetito y lo puso en la mano derecha de Neville.–Es lo mejor que puedo hacer por ti, Robert -susurró- Para que sea más breve. Te lo advertí. Te dije que huyeras -la voz le tembló ligeramente-. No puedes luchar contra todos, Robert.

–Ya lo sé.

Las palabras de Neville se convirtieron en sonidos guturales. Ruth se inclinó y rozó con sus labios frescos los de Neville. Luego se incorporó y se abrochó la blusa.

–Tómalas pronto -dijo mirando la mano derecha de Neville.

Neville oyó sus pasos alejándose hacia la puerta y luego el ruido de llaves.

Cerró los ojos, y unas lágrimas ardientes corrieron por sus mejillas. Adiós,

Ruth.

Adiós al mundo.

Luego, de pronto, apoyándose en un brazo, se sentó en la cama. El dolor era espantoso, pero Neville no se hundió. Con las mandíbulas apretadas, sacó las piernas de la cama y se puso de pie. Sintiendo apenas el movimiento de sus piernas, y tambaleándose, cruzó el calabozo.

Cayó contra la ventana, y miró a la calle. Estaba llena de gente. Se agrupaban a la luz grisácea de la mañana. El sonido de sus voces llegaba a él como el zumbido de abejas. Neville los miró, agarrado con la mano izquierda de los barrotes y con los

ojos febriles.

Entonces alguien lo vio.

Durante un rato las voces se elevaron un poco. Se oyeron algunos gritos.

Pero luego el silencio se extendió sobre sus cabezas como una pesada capa. Todos volvieron hacia Neville sus rostros pálidos. Neville los observó serenamente. Y de pronto razonó: Yo soy el anormal. La normalidad es un concepto mayoritario. Norma de muchos, no de uno solo.

Y comprendió la expresión que reflejaban aquellos rostros: angustia, miedo, horror. Le tenían miedo. Ellos le veían como un monstruo terrible y desconocido, de una malignidad más odiosa que la de la plaga. Un espectro invisible que como prueba de su existencia sembraba el suelo con los cadáveres desangrados, de sus seres queridos. Y Neville los comprendió, y dejó de odiarlos. La mano derecha apretó el paquetito de píldoras. Por lo menos el fin no sería violento, por lo menos no habría una carnicería…

Neville observó a los nuevos habitantes de la tierra. No era uno de ellos.

Semejante a los vampiros, era un anatema y un terror oscuro que debían eliminar y destruir. Y de pronto nació la nueva idea, divirtiéndolo, a pesar del dolor.

Tosió carraspeando. Se dio vuelta y se apoyó en la pared mientras se tomaba las pildoras. Se estrecha el círculo. Un nuevo terror nacido de la muerte, una nueva superstición que invade la fortaleza del tiempo.

Soy leyenda.